

BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA



PÁGINAS GALDOSIANAS

Prólogo
Rodolfo Cardona

E_n PÁGINAS GALDOSIANAS

se reúnen una serie de trabajos relacionados con la personalidad y la obra de Benito Pérez Galdós, escritos por su autor a lo largo de muchos años de dedicación a la investigación literaria y publicados en diversos periódicos y revistas especializadas. Con esta recopilación, los editores pretenden poner al alcance del estudio galdosista todas las aportaciones de Benito Madariaga de la Campa, que el biógrafo del autor de los *Episodios Nacionales* ha venido efectuando en los últimos veinte años.

La semblanza de las relaciones mantenidas por Galdós con sus coetáneos y amigos José María de Pereda y Marcelino Menéndez Pelayo, estudios parciales como los dedicados a los personajes principales de la novela *Doña Perfecta*, el seguimiento del eco periodístico dejado por el estreno en Cantabria de la obra teatral *Electra*, pasando por un detenido análisis de la compleja personalidad de Concha Ruth Morell, uno de los amores de Galdós, hasta el relato de las andanzas revolucionarias del veterinario andaluz Rafael Pérez del Álamo y su influencia en el trabajo galdosiano, son algunos de los textos que se incluyen en esta selección, obra de un autor que ya había publicado en esta misma colección su antología titulada *Galdós en la hoguera* y una edición anotada de *Cuarenta leguas por Cantabria*.

*P*ÁGINA
GALDOSIANA *S*

© Benito Madariaga de la Campa

Foto de portada original de Pedro J. Carames

EDICIONES TANTÍN

Virgen de la Paloma, 3. Santander

I.S.B.N.: 84-95054-72-8

Déposito legal: SA-814-2001

Imprime: América Grafiprint
Virgen de la Paloma, 3. Santander

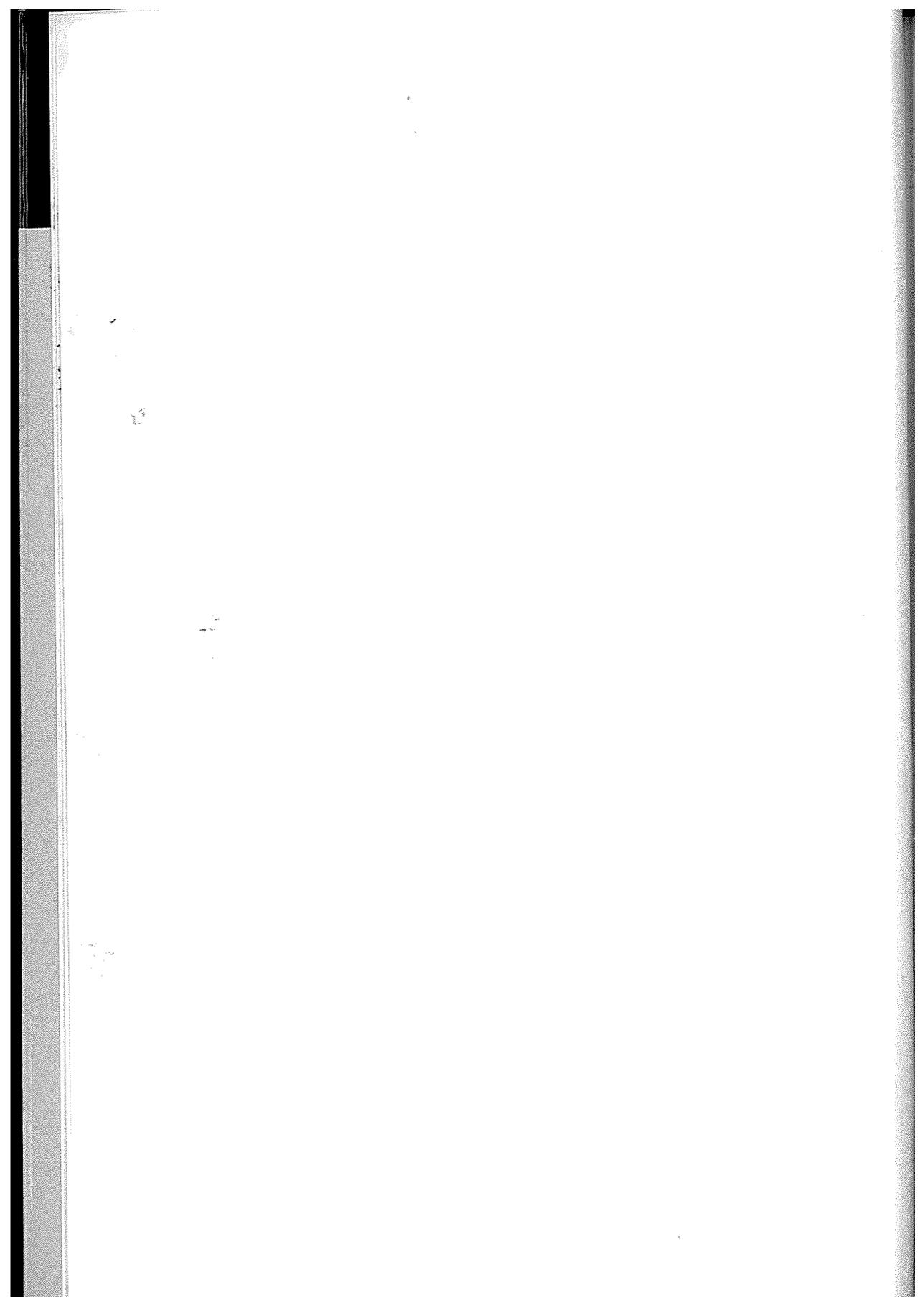
BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA

PÁGINA
GALDOSIANA S

Prólogo: Rodolfo Cardona



*A la memoria de mis amigos
Joaquín Casalduero, Lauro Olmo
y Román López Tamés.*



DIVAGACIONES A MANERA DE PRÓLOGO

I

La recepción de la obra de don Benito Pérez Galdós ha padecido más altibajos que una montaña rusa. En vida gozó de un gran éxito dentro y fuera de España, aunque en sus últimos años su fama se eclipsó bajo la luz naciente de los modernistas y de los escritores de la llamada «Generación del 98». Su entierro en 1920 fue, sin embargo, apoteósico y como una última llamarada antes del apagón final. O, lo que parecía un apagón final, porque a partir de 1920 Galdós sufrió un largo purgatorio, pero no una condena eterna.

El centenario de su nacimiento, en 1943, fue celebrado con una serie de estudios entre los que destaca el gran libro de Joaquín Casaldueiro *Vida y obra de Galdós*. Curiosamente, fueron los hispanistas que vivían en el exterior los que impulsaron, en ese momento, estudios importantes sobre su obra, como «La lengua de Galdós», del lingüista don Tomás Navarro Tomás, aparecido en *Revista Hispánica Moderna* de ese año. El núcleo de los importantes hispanistas residentes en Nueva York, como Casaldueiro, Federico de Onís, Ángel del Río, Francisco García Lorca, entre otros, publicaron artículos elogiosos y penetrantes en revistas neoyorkinas y bonaerenses. La importante revista *Nosotros*, de esta última ciudad, le dedicó un número monográfico.

En España hubo poca reacción durante este centenario, después de cuya celebración en el exterior se eclipsó de nuevo la estrella galdosiana hasta que en 1957 apareció, en San Juan de Puerto Rico, el importantísimo estudio prologal de Ricardo Gullón a la edición de *Miau*, que más tarde editó con el título de *Galdós, novelista moderna*. Enfocó su atención en aspectos de la obra del escritor canario que hasta entonces habían pasado desapercibidos. Además, por primera vez, se examinó la obra de Galdós en un contexto comparatista. El libro de Gullón despertó la curiosidad de muchos jóvenes que pronto nos dedicamos asiduamente a una relectura del novelista canario con resultados que sacaron definitivamente a Galdós de su inmerecido purgatorio.

II

Don Benito contaba en sus *Memorias* que su descubrimiento de la obra de Balzac le transformó, de un incipiente «enjaretador» de engendros teatrales, en novelista. No hay duda de que el joven Galdós recibió un primer impulso de la lectura del insigne novelista francés (aunque más tarde incorporará otras influencias igualmente decisivas en su desarrollo, como fueron Dickens, los autores de las novelas picarescas, Cervantes, etc.).

Menciono yo este dato porque fue este mismo autor, Balzac, quien me inspiró la idea de crear una revista dedicada exclusivamente al estudio de la obra de don Benito y su entorno, es decir, los novelistas realistas de su generación. Sucedió de la siguiente manera:

Estando yo en la inmensa biblioteca Widener de la Universidad de Harvard, aprovechando una beca que había conseguido con el propósito de dedicarme durante un año, sin interrupción, a la lectura de la obra galdosiana y de sus críticos fue cuando, caminando por los pasillos entre innumerables estantes donde el azar proporciona siempre al investigador sus mejores hallazgos, mis ojos se posaron sobre el lomo de una serie de libros en los que se leía *Annales balzaciennes*. Examiné algunos de esos tomos y, como un rayo, surgió en mi mente la siguiente pregunta: ¿Por qué unos «Anales balzacianos» y no unos «Anales galdosianos»? Para esa época ya estaba yo plenamente convencido de que la importancia y la calidad de la obra de Galdós era merecedora de un tratamiento serio y sistemático por parte de la crítica, que sólo podría conseguirse a través de una revista que sirviera de órgano receptor de los mejores estudios sobre esa obra de parte del cada vez más importante núcleo de galdosistas que empezaban a extenderse por Europa y las dos Américas, la hispanoparlante y la angloparlante.

La ayuda del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria obtenida por medio de los buenos oficios del entonces director-conservador de la recién abierta Casa Museo Benito Pérez Galdós, don Alfonso Armas Ayala, logró perpetuar, a partir del tercer tomo, el proyecto que yo había iniciado con escasísimos recursos económicos desde la Universidad de Pittsburgh. El resto de esta historia es harto conocido.

Lo que sí hay que recalcar es que, además de los *Anales galdosianos*, que dieron cabida a la mejor crítica europea y americana sobre la obra de Galdós, el Cabildo Insular de Gran Canaria acogió generosamente la excelente idea de don Alfonso Armas de patrocinar encuentros periódicos en Las Palmas, ya instituidos con el nombre de «Congresos Internacionales de Estudios Galdosianos».

III

Fue precisamente en el segundo de estos congresos donde tuve el gran placer de conocer al Dr. Benito Madariaga de la Campa. Me lo presentó Ricardo Gullón, asiduo visitante de Santander, ciudad a la que ambos estaban estrechamente vinculados. Muy pronto se congregó, en los momentos de descanso de las sesiones, un grupo de galdosistas integrado por Ricardo Gullón, Joaquín Casalduero, Stephen

Gilman, Benito Madariaga y yo, una especie de tertulia galdosiana, en la que manteníamos largas pláticas sobre nuestro común objeto de admiración. Benito Madariaga intervenía en estos coloquios demostrando siempre un profundo conocimiento sobre la persona y la obra de Galdós. Daba la impresión de que podía haber sido contertulio del propio novelista en Santander, si su edad no lo desmintiera. Yo sabía por Gullón que Benito vivía en esa hermosa ciudad y siempre supuse que era, por lo menos, catedrático de Instituto. ¡Cuál no sería mi sorpresa cuando un día, con la mayor naturalidad, nos reveló que era veterinario! Pues bien, desde entonces admiré aún más su labor de erudito, no sólo de la «cosa nostra», es decir, Galdós y su obra, sino también de una cantidad de personalidades y escritores de Cantabria.

En el número de *Anales galdosianos* de 1981 los profesores Peter A. Bly y Theodore A. Sackett reseñaron la aparición del libro que sobre la estancia de Galdós en Santander había escrito Madariaga en 1979. En el 94 apareció su *Galdós en la hoguera* y reeditó en 1989 y 1996 *Cuarenta leguas por Cantabria*, de este mismo autor.

El presente libro *Páginas galdosianas* recoge una serie de importantes estudios hasta ahora dispersos en revistas y periódicos, algunos de difícil adquisición fuera de Cantabria. Por eso nos complace ver aparecer este volumen porque así alcanzarán estos trabajos la difusión que se merecen entre todos sus «correligionarios» galdosistas.

Los ensayos aquí recogidos cubren un amplio espacio de la vida y obra de nuestro autor. Parte de la crónica de una entrañable amistad entre tres intelectuales de temperamentos e ideas tan dispares como fueron Menéndez Pelayo, Pereda y Galdós. Continúa con estudios de dos novelas primerizas de don Benito, la inédita *Rosalía* (descubierta y sacada a la luz por Alan Smith en 1983) y *Doña Perfecta*, una de las obras que más atención crítica ha recibido a pesar de pertenecer a su «primera época».

Algunas de las contribuciones más importantes de Benito Madariaga han sido sus descubrimientos en la prensa cántabra de temas galdosianos, como por ejemplo el capítulo en el que recoge la recepción en los periódicos de Cantabria del drama de teatro *Electra*, que en 1901 conmovería la sociedad española y hasta causó la crisis que ocasionó la caída del gobierno de Azcárraga. Otra labor importante de investigación documental nos da detalles sobre las relaciones que el novelista mantuvo durante varios años con Concha Ruth Morell. Desde la publicación de las cartas que ella le escribió y su evidente semejanza con las que leemos en *Tristana*, se había visto claramente la presencia de esta curiosa mujer en esa obra del escritor canario. Pero Madariaga sugiere la presencia de la Morell en otros personajes de la amplia obra galdosiana, como son su Nicéfora de los dos primeros tomos de la quinta serie de sus *Episodios Nacionales* y la misma *Electra*, la protagonista de ese drama al que antes nos referimos. Y en cuanto a la quinta serie, Madariaga destaca su presencia en el Episodio *Amadeo I*, momento en el que Galdós asume, una vez más, una nueva manera de novelar. «Episodio de ruptura», lo denomina Madariaga.

El estudio documental más importante de este volumen es el que dedica al caudillo Rafael Pérez del Álamo y sus relaciones con Galdós. La documentación aportada aquí sobre la vida y muerte de este revolucionario constituye una contribu-

ción importante que confirma, una vez más, la utilización de parte de don Benito de «informantes» que vivieron los lances históricos narrados por él en sus *Episodios*.

En el último y no menos interesante capítulo de este volumen incluye una curiosa carta dirigida a don José Ortega y Munilla, firmada con el pseudónimo de «Doña Paz», en la que esta señora cuenta con gran emoción la confesión que le hizo Galdós, ya muy anciano, sobre su último e intenso amor. El objeto de éste era Teodosia Gandarias, cuya relación con don Benito documenta Madariaga con referencia al epistolario que, después de varios avatares, fue a parar a la Casa-Museo Pérez Galdós y ha sido publicado en Santander por Sebastián de la Nuez Caballero en 1993.

En su conjunto, los diez capítulos de este volumen aportan nuevas perspectivas sobre dos obras conocidas de Galdós, documentan relaciones importantes del autor con personas, quienes o le inspiraron figuras novelescas o le informaron sobre hechos históricos presentados en sus *Episodios*, a la vez que proporciona datos sobre la recepción de tan importante obra, como lo fue *Electra* en su momento. Todo esmeradamente expresado, reflejando la devoción que por la figura y obra de Galdós siente Madariaga quien, con este volumen, se une a la ola, ya en creciente de los galdosistas que contribuyen hoy a la mayor gloria de este autor.

Rodolfo Cardona
Boston, EEUU.

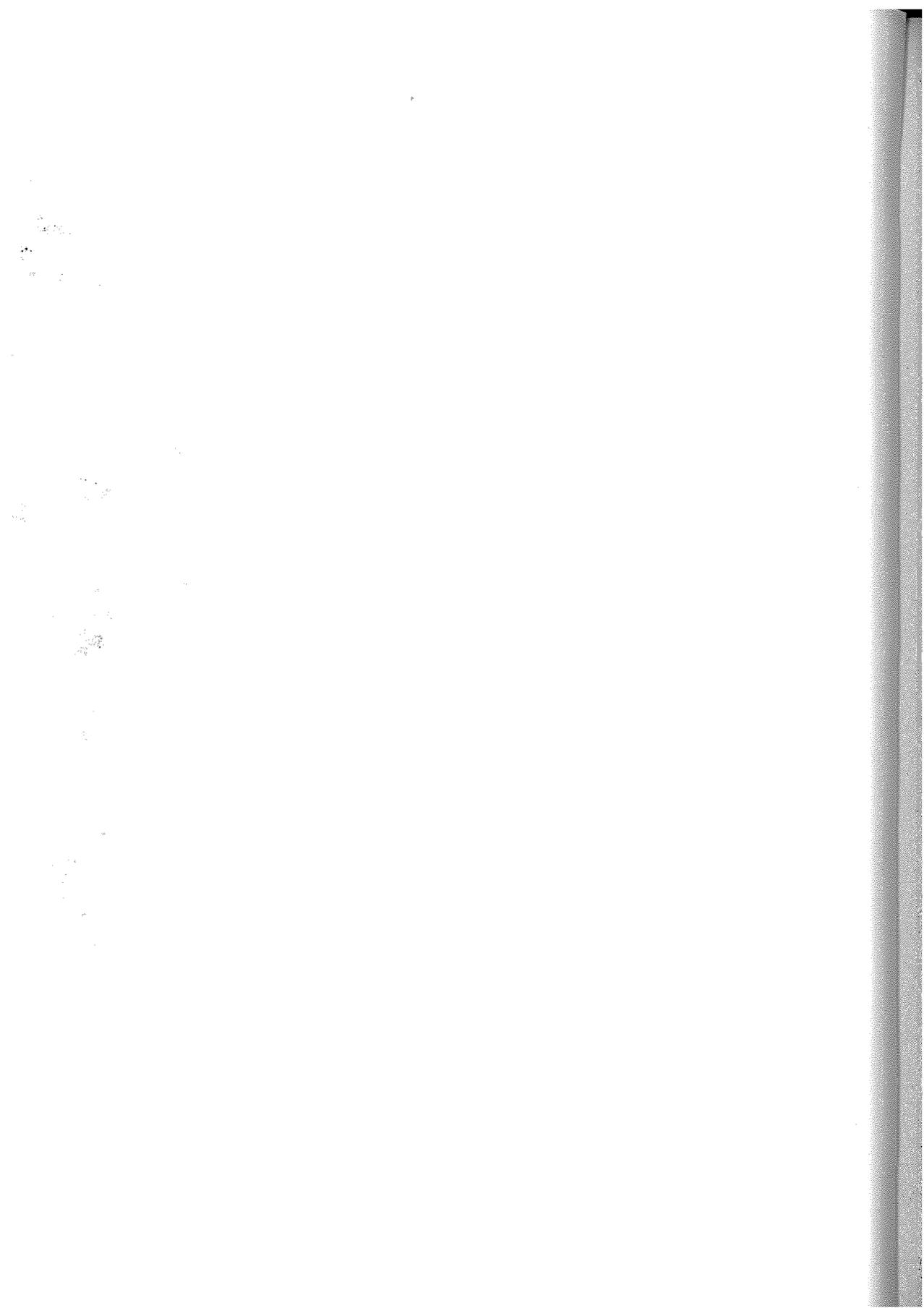
PÁGINA GALDOSIANA S



I

MENÉNDEZ PELAYO, PEREDA Y GALDÓS:

EJEMPLO DE UNA AMISTAD



A partir del tercer cuarto del siglo pasado, coinciden en Santander tres grandes figuras literarias de la Restauración: un erudito, forjador de los estudios histórico-literarios en su época, un costumbrista que llega a ser uno de los novelistas más representativos del país y otro escritor, polifacético, restaurador de la novela y el teatro de su tiempo. Pereda, el mayor de ellos, mantiene durante treinta y cinco años unos vínculos de amistad con otro escritor de muy diferente talante ideológico, Benito Pérez Galdós, veraneante primero en Cantabria, para terminar con el tiempo siendo vecino de Santander. Cuando ambos se conocen, el verano de 1871, el tercer componente de este triunvirato de la amistad, Marcelino Menéndez Pelayo, es un adolescente de quince años.

El atractivo que tenía entonces la ciudad como puerto de ultramar, con su comercio y edificaciones de vieja urbe cosmopolita, la bahía de la que habría de enamorarse este escritor viajero, la belleza del interior de la provincia, con un catálogo inmejorable de cuadros de paisaje, la dulzura de su clima y la hospitalidad de sus habitantes, decidieron a políticos e intelectuales a elegirla como sede permanente de sus vacaciones estivales.

«En aquel ambiente, sin Universidad, sin una gran prensa, formado casi exclusivamente por hidalgos, comerciantes y pescadores -escribe Gregorio Marañón-¹ cristaliza, de repente, y sin saber por qué, una generación de hombres afanosos de saber, llenos de espiritual inquietud, lectores incansables, discutidores de todos los temas de la literatura y de la ciencia».

Estas tres figuras coincidentes en los veraneos santanderinos van a dar un ejemplo de amistad y convivencia sin perder por ello sus respectivas posiciones ideológicas. En este sentido, existe también un escalonamiento en sus ideas políticas, que comprenden desde el tradicionalismo carlista, pasando por el conservadurismo, hasta la ideología liberal republicana, con lo que conllevan en cada caso de ads-

1.- Gregorio Marañón: *Tiempo viejo y tiempo nuevo*, novena edición, Madrid, Espasa-Calpe, 1965, p. 87.

cripción religiosa. En torno a ellos se agrupan otros escritores y artistas montañeses, científicos y periodistas, dando lugar en Santander al llamado por Marañón² «foco potente de espiritualidad». En este ambiente provinciano discurre una parte importante de la vida de tres figuras tan representativas de su generación y cuyas interrelaciones amistosas ofrecen, como veremos, unas características particulares en cada caso.

La aproximación entre Pereda y Menéndez Pelayo era antigua. Ya desde niño el segundo acudía llevado de la mano de su tío, el médico Juan Pelayo, a las tertulias que, con asistencia de Pereda, se celebraban en la librería de Fabián Hernández. El futuro historiador de los heterodoxos españoles confesaba, años después, que casi aprendió a leer en las *Escenas montañesas*, de este amigo de infancia, de las que sabía capítulos enteros de memoria.³ Así comenzó a tratar y a admirar a Pereda, quien era ya en Santander un hombre popular y conocido como escritor y costumbrista. De él dijo también, más tarde, que había sido amigo de los de su sangre antes de que él naciese.⁴ En efecto, aquella amistad familiar de los Menéndez y los Pelayo con José María de Pereda, se hizo personal con él a medida que el joven Marcelino se fue revelando como un caso de precocidad genial.

Ambos escritores eran, sin embargo, muy diferentes en edad, preparación y carácter. Pereda le llevaba veintitrés años de diferencia, por lo que don Marcelino le trató siempre de usted. Pero, además, se alejaban bastante por sus diferentes especialidades literarias. Por el contrario, se aproximaban en el espíritu religioso y en las ideas políticas, aunque Menéndez Pelayo evolucionó, con los años, desde el tradicionalismo al conservadurismo. Aún así, la influencia entre ellos fue mutua y persistente. Don Marcelino fue el alentador de la obra literaria de Pereda, en la que veía la mejor muestra de una literatura local y provinciana que a él le parecía lo más destacado de su producción literaria. Así, escribía en el prólogo a las obras completas del novelista de Polanco: «Para mí, Pereda, es antes que ninguna otra cosa, el compañero y el amigo de mi infancia; el Pereda de las *Escenas*; el que en 1864 imprimía en *La abeja montañesa* los diálogos del raquero; el Pereda sin trascendentalismos, ni filosofías, ni políticas; pintor insuperable de las tejidas nieblas de nuestras costas; de la tormenta que se rompe en las hoces; del alborozo de los prados después de la lluvia; de la vuelta de las cabañas desde los puertos; de la triste partida del mozo que va a las Indias; de la entrada triunfal y ostentosa del jándalo; de la alegría del hogar en Nochebuena, amenizada por el estudiante de Corbán; de los supersticiosos terrores, que vagan en torno de la pobre Rámila, y la traen a miserable muerte; de la salvaje independencia de los antiguos pobladores de la calle Alta y del Muelle de las Naos, últimos degenerados retoños de los que en la Edad Media daban caza a los balleneros ingleses en los mares del Norte y ajustaban tratados de paz y de comercio con sus reyes; y, finalmente, de la casa

2.- *Ibidem*, p. 86.

3.- Véase el prólogo de Menéndez Pelayo a las obras completas de José María de Pereda, en t. VI de *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, Santander, Aldus 1941, p. 360.

4.- Cfr. el discurso de Menéndez Pelayo el 23 de enero de 1911 con motivo de la inauguración del monumento a José María de Pereda en los jardines que llevan su nombre, en Santander. Vid. también «*La puchera*» en *El correo* del 10 de febrero de 1889.

solariega próxima a desplomarse, y apuntalada, si acaso, por los dineros del indiano; y del concejo de la aldea, donde a duras penas vegeta algún rastro de las antiguas costumbres municipales».⁵

Cuando en 1877 Pereda le confiesa al joven Marcelino que escribe poco y de mala gana, éste le anima a que continúe con los cuadros costumbristas que, a su juicio, eran lo mejor de su producción literaria hasta ese momento. Difícilmente Pereda acometía una empresa literaria sin someterla antes al criterio de su erudito amigo, en el que confiaba totalmente. Por ello, unas veces le pide información bibliográfica, como en el caso de *El buey suelto*, o le solicita su opinión sobre los libros suyos recién aparecidos y, en otras ocasiones, se atreve incluso a rogarle unas letras críticas sobre ellos. También fue don Marcelino quien, en 1897, preparó su entrada triunfal en la Real Academia Española. Pese a haber leído previamente el texto del *Discurso de entrada*, no se atrevió a refutar, o pasó por alto, las opiniones del escritor de Polanco sobre la novela regional, que tanto fueron después discutidas.

Pereda correspondió, a su vez, escribiendo algunos artículos sobre la obra de su joven amigo, como ocurrió a raíz de publicarse en 1876 las polémicas sobre la ciencia española.⁶ La aparición de *Tipos trashumantes* sería motivo de una de las más fuertes discusiones de Menéndez Pelayo con el periodista Juan Ángel Gavica al salir en defensa de Pereda, que ridiculizaba a los krausistas en el cuadro titulado «Un sabio». Por todo ello el novelista sentía hacia su paisano una inmensa admiración y confianza, como lo expresó en *El eco montañés* cuando refiriéndose a él y a Pérez Galdós escribía: «Menéndez Pelayo y Galdós son dos hidalgos vivientes que asombran por su labor inmensa, y más aún por los tesoros de saber y de arte que hay en sus libros. Su fecundidad maravilla; su fama está cimentada sólidamente; resiste la comparación con los más grandes escritores de otros países...»⁷

Menéndez Pelayo, por su parte, tuvo también numerosas ocasiones de expresar sus juicios sobre la obra del escritor de Polanco, en la que no pocas veces se dejó llevar por sus sentimientos de amistad. Por ello habría que diferenciar la mayor o menor parcialidad en sus juicios, según que las obras de Pereda fueran escritas bajo su advertencia, como en el caso de *Pedro Sánchez*, de otras, como *La puchera*, sobre la que no estaba iniciado en el argumento y desarrollo de la obra. Pero si bien estos condicionantes pudieron limitar la óptica de un juicio certero sobre la totalidad de la obra perediana, no es menos cierto que don Marcelino hace atinadas observaciones sobre el autor. El estudioso de la obra de Pereda debe leer entonces con cierta atención estas críticas y prólogos donde Menéndez Pelayo apunta las que fueron cualidades y defectos del novelista montañés: desde su preferencia por el carácter local de los temas, representados en sus primeros cuadros, a los que califica de admirables, hasta el lenguaje clásico y su respeto por la tradición española, junto a sus manías contra lo parlamentario, contra la moda y la política, así como su sensibilidad ante los temas amorosos que soslaya en *El buey suelto* o en el

5.- Prólogo a las obras completas de Pereda, ob. cit. pp. 373-74.

6.- J. M. de Pereda: «Bibliografía. Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la Ciencia Española», *El aviso*, n.º 156, Santander, 28 de diciembre de 1876, pp. 5-7.

7.- «Un rato de palique con el maestro Pereda», *El eco montañés*, Madrid, 15 de febrero de 1900.

caso de *Sotileza* con «señoril castidad». Pero es también Menéndez Pelayo el primero que alude a «lo extremado de su ultramontanismo», que después otros autores han corroborado, quizás no tan atinadamente, en la obra del novelista cántabro.⁸

Menos conocida es la influencia que tuvo Pereda en Menéndez Pelayo, quien en esos años de su etapa juvenil realizaba sus primeras investigaciones literarias y se preparaba para alcanzar un puesto adecuado, que sabía dependía del triunfo de sus oposiciones. No fue Marcelino Menéndez Pelayo un hombre proclive a ser manejado, pero su natural bondad y el cariño que sentía hacia los amigos de su provincia natal, hicieron que, a veces, extremara las alabanzas de sus juicios o se dejara llevar de las opiniones de éstos. Así, recibe consejos de Pereda, quien le pide que se tome descansos y conceda «lo necesario al cuerpo». Otras veces le amonesta por la vida desordenada que hace en Madrid o le incita a que continúe sus polémicas. En este sentido le dice, refiriéndose a la mantenida con Manuel de la Revilla: «Mira que todavía quedan muchos charlatanes a quienes vapulear, y, a lo que parece, esa empresa para ti estaba guardada».⁹

Miguel Artigas supone que existe cierta influencia del estilo de *Escenas montaÑesas* de Pereda en *La ciencia española*, escrita por don Marcelino, en la que encuentra frases de «sabor perediano».¹⁰

Otro carácter muy distinto tuvo la amistad entre Galdós y Menéndez Pelayo, que pasó por una serie de vicisitudes, con momentos de mayor o menor tensión y roce, a causa de sus diferentes ideologías, sin que existiera por ello un distanciamiento o quiebra de sus mutuos afectos.

La primera relación tuvo lugar de una manera indirecta al poco tiempo de llegar el novelista canario a Santander. Se debió al deseo de don Marcelino de publicar un poema en octavas reales titulado «Don Alonso de Aguilar en Sierra Bermeja». Pereda y la familia de don Marcelino se interesaron por la publicación, para lo que se dirigieron con esta pretensión a Pérez Galdós. La petición no era fácil dada la extensión del poema, por lo que se fue demorando su aparición para no llegar nunca a realizarse. Al no fructificar entonces la gestión, el joven Marcelino no quiso ya, después, que se publicara este primer trabajo de juventud.¹¹

Por la fecha que señala don Marcelino al contestar a Galdós en 1897, en el discurso de la Real Academia Española, parece que fue veintitrés años antes cuando nació esa amistad, es decir, en 1874, tres años después de la llegada del autor de *Marianela* a Santander en 1871. A partir de entonces habrían de verse con frecuencia en Madrid y, por supuesto, en Santander, donde solían pasear en fraternal compañía de Pereda. En 1875, Menéndez Pelayo ya conocía los escritos de Galdós, como

8.- Véase t. VI de «Escritores montaÑeses», en *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, ob. cit. pp. 325-397.

9.- Carta del 13 de noviembre de 1876. *Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo*, Santander, Sociedad de Menéndez Pelayo, 1953, p. 18.

10.- Miguel Artigas: «Pereda y Menéndez Pelayo», *BBMP*, 1933 (3), pp. 318-336. Se citará después abreviado B.B.M.P.

11.- Enrique Sánchez Reyes lo incluyó, sin embargo, después, en los números 1 y 2 de 1954, en el *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, y aparece en el t. 1 de «Poesías» en las *Obras Completas de Menéndez Pelayo*, pp. 227-278.

lo confirma en una carta a Laverde, al que informa también, en 1878, del regalo que le había hecho su amigo canario de una traducción de *La Eneida*, publicada en Canarias y de la que era autor Graciliano Afonso. También por unas cartas cruzadas con Pereda, sabemos que don Benito le había informado de los espectaculares ejercicios a cátedra de Menéndez Pelayo.¹² Quizá fue éste el momento en que el novelista canario reconoció, ya sin ninguna duda, la categoría intelectual de aquel muchacho superdotado.

El célebre escritor de los *Episodios* debió de sentirse previamente sorprendido al llegar a Santander por el carácter del grupo de amigos montañeses, hombres cultos, afables, hidalgos, tradicionalistas y católicos a machamartillo, como diría Menéndez Pelayo, pero contrarios a las nuevas corrientes filosóficas y evolucionistas, antikrausistas y xenófobos. Esto debió producir en el autor de *Doña Perfecta* un sentimiento contradictorio de aproximación y rechazo. Quizás entonces la figura del joven erudito santanderino, protegido por los neocatólicos, a los que tanto había atacado Galdós, le pareciera la representación de aquella corriente político-religiosa que no aceptaba el novelista, como buen liberal. Por ello sospecho que en *Doña Perfecta* y en *Gloria*, las dos primeras novelas llamadas por Salvador de Madariaga serie anticlerical, aparecen retratadas de manera más o menos criptográfica aquellas mentalidades neocatólicas y tradicionalistas del grupo santanderino. Es fácil advertir, como veremos en otro lugar, la coincidencia en el anti-madrileñismo de los habitantes de Orbajosa, hidalgos orgullosos que presumen de antecedentes guerreros, alusivos, según creemos, a las guerras cántabras, en las que combatió el emperador Augusto. Obsérvese que «Urbs augusta» llama don Cayetano a Orbajosa en *Doña Perfecta*. Pero, además, la crítica al krausismo de aquellos «buenos cristiano», según palabras de Galdós, incorruptibles, patriarcales y hospitalarios, que no saben de filosofía alemana, estimamos complementa la identificación de este grupo ideológico.

Tanto en *Doña Perfecta* como en *Gloria*, novelas en las que se censura la intolerancia, aparecen muy bien retratados los neocatólicos, que son siempre jóvenes y estudiosos, como el Jacintito de la primera novela, hombre de ideas sólidas y criterio sano, quien, según palabras de Galdós, «lo que sabe lo sabe a machamartillo».¹³ En *Gloria* aparece también un joven abogado, Rafael del Horro, del que dice su autor que era «un joven espada de la Iglesia, diputado, una especie de apóstol laico, defensor enérgico del catolicismo y de los derechos de la Iglesia»¹⁴ ¿Se vio inconscientemente retratado el joven Marcelino en estos personajes?

Por supuesto, ambas novelas no gustaron ni a Pereda ni a Menéndez Pelayo, sobre todo la segunda, a la que uno llamó «volteriana» y el otro calificó de «alegato librecultista». Pero en tanto Pereda le amonesta por carta a don Benito, Menéndez Pelayo no dudó en meter a Galdós en su libro de los *Heterodoxos*, dedicándole una página durísima en la que comenzaba diciendo: «Hoy en la novela el heterodoxo

12.- Véase el comentario de esta polémica en nuestro prólogo al libro de Enrique Menéndez, *Memorias de uno a quien no sucedió nada*, Santander, Ediciones Estvdio, 1983, pp. 46-47.

13.- Sobre este tema y con el título de «Resonancias santanderinas en *Doña Perfecta* de Galdós» vid. el siguiente capítulo.

14.- *Gloria (Primera Parte)*, Madrid, Sucesores de Hernando, 1920, p. 67

por excelencia, el enemigo implacable y frío del Catolicismo, no es ya un miliciano nacional, sino un narrador de altas dotes aunque las oscurezca el empeño de dar fin trascendental a sus obras. En Pérez Galdós vale, mucho más sin duda el novelista descriptivo de los *Episodios Nacionales*, el cantor del heroísmo de *Zaragoza* y de *Gerona*, que el infeliz teólogo de *Gloria* o de *La familia de León Roch*.

Ya en la revista santanderina *La tertulia* había aparecido con anterioridad, en 1876, una crítica, sin firma, del *Episodio Nacional* de Galdós *Los cien mil hijos de San Luis*,¹⁵ reseña bibliográfica que atribuimos por su estilo a Menéndez Pelayo, donde aludía éste a la prolificidad literaria de Galdós, al que llama artista en sus *Episodios*. Pero ¿por qué no firmó la crítica don Marcelino? No olvidemos que Galdós era considerado entonces un hombre de ideas avanzadas, liberal, abierto al europeísmo y a las nuevas corrientes innovadoras, tanto religiosas como culturales, al estilo de los hombres de Giner de los Ríos, a los que admiraba. Por eso parece que existió una cierta fricción entre Galdós y Menéndez Pelayo en esa época de «ímpetu agresivo» del joven autor de *La ciencia española*, en que éste rozó, como dice Marañón, los límites de la cortesía. Pero el tiempo y la madurez en la obra y en los criterios de ambos hombres iban a modificar estas relaciones gracias, precisamente, a la tolerancia. Menéndez Pelayo fue después el que gestionó la entrada de Galdós en la Academia en 1897, no sin grandes esfuerzos y discusiones. En el discurso de contestación al novelista en la recepción pública, rectificó don Marcelino los juicios que antaño había vertido en su libro de los *Heterodoxos*, al juzgar entonces las novelas contemporáneas. Tuvo que emocionar profundamente a Galdós cuando al hablar don Marcelino de sus libros *Gloria* y *La familia de León Roch*, considerados por él antaño como anticlericales, dijo: «Yo mismo, en los hervores de mi juventud, los atacué con violenta saña, sin que por eso mi íntima amistad con el señor Galdós sufriese la menor quiebra. Más de una vez ha sido recordada, con intención poco benévola para el uno ni para el otro, aquella página mía. Con decir que no está en un libro de estética, sino en un libro de historia religiosa, creo haber dado bastante satisfacción al argumento. Aquello no es mi juicio literario sobre *Gloria*, sino la reprobación de su tendencia».¹⁶

La contestación de Menéndez Pelayo al discurso de recepción de Galdós iba a promover la censura de los grupos integristas¹⁷ que no le perdonaron tampoco a don Marcelino que asistiera en 1901 al estreno de *Electra*, la obra de teatro que promovió un movimiento anticlerical en toda España. Al otro día del estreno, *El siglo futuro* fustigaba duramente al autor de los *Heterodoxos* con estas palabras: «Y Menéndez Pelayo, representación del liberalismo conservador, se va a aplaudir cuantos desatinos se le ocurren a don Benito contra el espíritu católico, y el mayor de todos ellos, que es suponer que los católicos liberales, condenados por la Iglesia, y cuantos vicios condena la moral cristiana, son la representación genuina del espíritu católico».¹⁸

15.- *La tertulia*. Segunda época, Santander, 1876, p. 575.

16.- Menéndez y Pelayo, Pereda, Pérez Galdós: *Discursos leídos ante la Real Academia Española*, Madrid, Vda. e Hijos de Tello, 1897, p. 72.

17.- Vid. «Mercado literario». *La lectura dominical* (Órgano del apostolado de la prensa) n° 165 del 28/2/1897, p. 185.

18.- *El siglo futuro*, 31 de enero de 1901.

Todavía Menéndez Pelayo y Galdós se verían, unos años después, implicados, sin ellos proponérselo, en una contienda como candidatos opositores al Premio Nobel.

En 1905 algunos académicos propusieron al erudito montañés como candidato al Premio, para lo que suscribieron una petición enviada a la Academia Sueca. En 1906 se suscita la campaña en favor de Galdós, que cobra actualidad para ambos hombres y salta la polémica a la calle en 1912. Las dos Españas, representadas por cada uno de los candidatos, se enfrentarán con este motivo en una polémica en la que intervinieron las Academias, la prensa y las organizaciones políticas y religiosas que tomaron parte, según sus ideologías, por cada uno de los contendientes. A Galdós le apoyaron las izquierdas y a Menéndez Pelayo, las derechas. Por supuesto, la ciudad de Santander se puso a favor de su ilustre paisano y sólo *El Cantábrico* se atrevió a defender al autor de *Marianela*. La Academia sueca recibió tarjetas y telegramas en favor de Menéndez Pelayo, pero, con muy mal gusto, en algunos periódicos se oponían al otorgamiento del Premio a Galdós, al que calificaban de revolucionario, sectario y anticatólico. En esta estúpida polémica los dos únicos que mantuvieron la serenidad y la cordura fueron los protagonistas, que no contendieron personalmente ni se quejaron jamás en sus escritos. Una vez más, pues, se enfrentaban las dos Españas representadas por dos personas igualmente grandes y positivas. Pero la competencia y divergencia de los criterios españoles no podía beneficiar a ninguno de los dos candidatos y al fin perderían ambos el Premio Nobel. Si los españoles no se ponían de acuerdo, la Academia sueca no quiso ya tomar luego partido en favor del novelista canario, incluso después de la muerte de Menéndez Pelayo, ocurrida en ese mismo año en que no pudo ser presentado. De esta manera Galdós y España se quedaron sin un claro Premio Nobel de Literatura.

También en este caso podemos descubrir unas relaciones literarias entre los dos escritores. La correspondencia entre Galdós y Menéndez Pelayo no es muy abundante y se refiere a la noticia de regalos de libros que le hace don Benito, a la propuesta para académico de éste, que con tanto empeño defendió don Marcelino, o a diversos encargos y recomendaciones.

Entre los libros que en varias ocasiones le regaló Galdós para su biblioteca figuran unas traducciones de Virgilio y de *La Eneida*, un *Diccionario de Historia Natural* de autor canario, Flavio Josefo en inglés y una *Vida de Santo Tomás de Aquino* en este mismo idioma, los discursos de Calhoun, *El joven don Eduardo*, *El amigo Manso*, en alemán, así como numerosas comedias antiguas.

Galdós tenía muy en cuenta las opiniones de Pereda y Menéndez Pelayo sobre sus obras y no le agradaban, aunque dijera otra cosa, aquellas críticas de sus amigos que llamaban heterodoxas a sus novelas. Cuando en 1880 don Marcelino escribe sobre *De tal palo, tal astilla*, de Pereda, aludirá a *Gloria*, «aborto de un talento narrativo lastimosamente extraviado» y al que llama «libro de propaganda impía», juicios en consonancia con la citada página que le dedicó en los *Heterodoxos*.

A su vez, estima J. F. Montesinos que para algunos personajes del novelista canario, como el celtibérico Juan Ruiz Hondón o Juanondón, el arcipreste de Ulledecona, pudo inspirarse en el tipo descrito por Menéndez Pelayo al estudiar el Arcipreste de Hita.

Debido a haber fallecido primero, no figuran en la biblioteca del polígrafo todas las obras de Galdós y la mayor parte de los últimos *Episodios*. Entre ellos falta *Amadeo I*, donde su autor menciona a don Marcelino cuando vivía en la Academia de la Historia, detalle naturalmente que no corresponde a la cronología de la época.¹⁹

De forma bien distinta se desarrolló la historia de la amistad entre Pereda y Galdós. En principio, difícilmente se podían encontrar dos hombres más opuestos. Pereda fue un hidalgo que escribía libros, un «aficionado», como él diría, católico ferviente, tradicionalista y diputado carlista en la legislatura de don Amadeo de Saboya. Hombre nervioso, impaciente, apasionado e inflexible ante los principios morales, al decir de Galdós, necesitaba del consejo y apoyo de sus amigos y contertulios. Empezó siendo un escritor costumbrista para terminar figurando entre los novelistas más populares y leídos de la Restauración. A él se debe el descubrimiento de las costumbres y del paisaje de Cantabria al resto de España.

Buen polemista y conversador ingenioso, su pluma pintaba y caricaturizaba como ninguna. Rodrigo Soriano, que conocía al novelista, nos ha descrito así el temperamento del escritor: «Nervios, puros nervios... éste era el temperamento de Pereda. Apenas hablaba dos palabras, cabalgaban sus lentes, como en desbordada carrera, sobre el lomo de la nariz, las manos se movían en espasmo, chispeaban sus ojos, se revolvía inquieto en la silla como el árabe jinete... Describía con una frase, pintaba con un rasgo, censuraba y burlaba dando testarazos y bofetones... Sus juicios eran secos, rápidos, sincerísimos...».²⁰ Casi el mismo retrato nos hace en 1890 Juan R. Treceño cuando escribía en *De Cantabria*:²¹ «Pereda es un hombre todavía joven, representa cuarenta y pico a cincuenta años; tiene la color cenecia, gasta perilla y bigote a la usanza española, sombrero gacho ladeado sobre una ceja y el cuerpo nervioso se revuelve bajo un amplio traje que está pidiendo a gritos que lo releven por jubón y calzas y gregüescos; porque Pereda es un rezagado de los tercios flamencos, de los soldados que sirvieron de modelo a D. Diego Velázquez de Silva. Tiene los ojos muy vivos y penetrantes y habla mucho con las manos, dando tormento sin cesar a los lentes que están constantemente bailando sobre su nariz aguilena»

Como contertulio gozó de un gran prestigio por su conversación amena y graciosa y trato encantador. Bien fuera en la guantería de Juan Alonso, en casa de Sinforoso Quintanilla, en la librería de Mazón, en la sastrería de Vázquez o en el Suizo, su presencia se hacía necesaria para que se animara la tertulia.

19.- Véase el epistolario Galdós-Menéndez Pelayo, en *La sociedad española del siglo XIX en la obra de Pérez Galdós*, de Pilar Faus, Valencia, Nacher, 1972, pp. 271-283.

La crítica de Menéndez Pelayo sobre *De tal palo...* se publicó en *La ilustración española* de Madrid el 8 de abril de 1880.

Para la opinión de José F. Montesinos, *Galdós*, segunda edición, Madrid, Castalia, 1980, III, p. 133.

20.- Rodrigo Soriano. «Al pasar. El hombre de la Montaña para los montañeses de América», *Cantabria* n.º 31, Buenos Aires, marzo de 1926, p. 12.

21.- Juan R. Treceño: «Diario de un viajero», *De Cantabria*, Santander, Imp. El Atlántico, 1890, pp. 252-253.

Galdós, por el contrario, fue un escritor de talla europea y de un amplio espectro literario que abarcó el periodismo, la novela y el teatro. Su oficio único fue el de escritor, al que necesitó echar mano para poder vivir. Personalmente era un hombre tímido y callado, parco en palabras y buen observador; perseverante, metódico, manso y conciliador. Desde el punto de vista religioso fue un cristiano liberal, escéptico y abierto, con mucho de post-conciliar en su dimensión religiosa, según opinión de Francisco Pérez,²² postura a la que no le faltaron los resabios anticlericales propios de los liberales de la época. Él mismo nos confiesa su doloroso peregrinar en busca de la verdad. Por eso en el discurso de contestación a Pereda, al comparar las diferentes posiciones religiosas de cada uno de ellos, afirma: «Él es un espíritu sereno, yo un espíritu turbado, inquieto. Él sabe a dónde va, parte de una base fija. Los que dudamos mientras él afirma, buscamos la verdad, y sin cesar corremos hacia donde creemos verla, hermosa y fugitiva».²³

Sin embargo, tuvo que dejar claro, en más de una ocasión, cómo su actitud en materia religiosa no fue nunca extremista. Por eso añadió: «En verdad, ni don José María de Pereda era tan clerical como alguien cree, ni yo tan furibundo librepensador como suponen otros».²⁴

En política evolucionó desde el reformismo liberal al republicanismo, teniendo una participación intensa en la política a partir de su militancia en el partido republicano, figurando como presidente de la coalición republicano-socialista.

A raíz del primer encuentro de ambos novelistas en 1871, Pereda se convierte en el guía turístico de don Benito, al que lleva en su coche de caballos a diversas poblaciones de la provincia: Santillana, Suances, Comillas, Torrelavega, San Vicente de la Barquera, etc. De esas visiones van a surgir los escenarios de algunas de sus más importantes novelas: Castro Urdiales en la primera parte de *Rosalía*, las minas de Mercadal en *Marianela*, el cementerio de Comillas en *Gloria*, donde también utiliza elementos del entorno de Santander y de San Vicente de la Barquera. Las batallas de Ramales y Guardamino aparecen en *Vergara* y El Sardinero en *Amadeo I*. Pero además es en Santander donde escribe una gran parte de su obra literaria empezando por aquel precioso libro de viaje titulado *Cuarenta leguas por Cantabria*.²⁵ Juntos realizaron también un viaje a Portugal y Galicia en mayo de 1885, y se separaron en León para continuar su recorrido: Galdós a Madrid y Pereda a Asturias, donde saludó a «Clarín» y le fue ofrecido un acto académico de homenaje en la Universidad de Oviedo.

No deja de ser curioso comprobar la diferente opinión que les mereció el viaje a cada uno de ellos. Pereda, en una carta a su cuñado Aurelio de la Revilla, le contaba las impresiones de su paso por Lisboa, Cintra, donde vieron el Palacio de Penna, Oporto, etc, pero en tanto el santanderino se sintió defraudado por

22.- Francisco Pérez Gutiérrez: *El problema religioso en la generación de 1868*, Madrid, Taurus, 1975, pp. 182 y 186.

23.- *Discursos leídos...*, ob. cit., pp. 154-55.

24.- «Pereda y yo», en t. 3 de *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1973, p. 1437.

25.- Vid. la reciente edición de B. Madariaga: *Cuarenta leguas por Cantabria y otras páginas*, en esta misma colección, n° 4, Santander, 1996.

el país vecino que le pareció vulgar y atrasado, el escritor grancanario ofrece una visión muy distinta de su recorrido fijándose, con admiración, en sus monumentos y paisaje. Entre las personas que visitaron figuró el escritor Oliveira Martins, que les obsequió con un ejemplar de su libro *Historia de la civilización ibérica*.

A partir de estos primeros viajes la presencia de don Benito se hace ya habitual en Santander y mucho más cuando en 1879 un hermano suyo, el brigadier Ignacio Pérez Galdós, es nombrado gobernador militar de la plaza, donde permanece hasta 1881.

Pereda y Galdós, aunque tuvieran cada uno su tertulia con personas afines a sus respectivas ideologías, se veían a menudo durante los veranos. En aquellos encuentros surgían polémicas en las que se hablaba de lo divino y lo humano. Ambos se admiraban como escritores y se complementaban en el carácter. Pereda, excelente conversador y, a su lado, don Benito, reposado y silencioso acompañante; el uno ingenioso y, a veces, sarcástico, el otro irónico. «Charlando con el maestro, de cosas humanas y divinas -escribiría Galdós- pasaba un buen rato de la tarde, hasta que apuntando la noche, me volvía a mi casa».²⁶

Va a ser precisamente en las tertulias donde se van a confrontar los diferentes estados de opinión. Pereda no faltaba nunca a estos encuentros, a causa de ser una persona sumamente metódica en su vida. Ya se sabía que al mediodía extendía su paseo hasta la Alameda, no sin antes recalar en alguna de las tiendas donde florecían las tertulias. Eran los tiempos en que, como decía Galdós en *Fortunata y Jacinta*, «no había tienda sin tertulia».

Pereda, tanto por la mañana como por la tarde, dedicaba algún tiempo a escribir o a la lectura, aunque sólo fuera de la prensa, o a contestar la correspondencia. Sin embargo, como escritor o literato se comportaba de una manera cíclica. Gran parte de esta obra se efectuó en su casa de Polanco. Cuando le entraba la fiebre de escribir, porque había encontrado argumento adecuado, no paraba hasta dar por finalizada la obra. Los contertulios sabían que terminaba agotado y con los nervios desequilibrado después de cada esfuerzo de creación.

Fumaba muchísimo, pero debido a su enfermedad no probaba el café ni el alcohol, lo que quizá influyó en su oposición a las tabernas pueblerinas, a las que tanto combatió en su obra.

Galdós, a su vez, era un hombre curioso, observador, tenaz, disciplinado, del que destacó Menéndez Pelayo su «laboriosidad igual y constante». Ni aún ciego dejó de escribir, dictando, entonces, las obras a un amanuense.

Sus aficiones fueron la música y la pintura y gustó también de las aventuras amorosas de tapadillo, como buen solterón.

Con mayor razón es fácil observar entre ambos amigos una mutua influencia literaria. A Galdós le sorprendieron las *Escenas montañosas* (1864) como pequeñas obras maestras, en las que vio un modelo de la literatura costumbrista. La excelente copia de las diferentes formas de vida y la facultad para la caricatura en el retra-

26.- Carta del 18 de noviembre de 1893 en William Shoemaker: *Las cartas desconocidas de Galdós en «La Prensa» de Buenos Aires*, Madrid, Edic. Cultura Hispánica, 1973, p. 504.

to de algunos personajes hizo que Pereda fuera considerado con admiración por su colega canario, quien no dudaba en declararle «porta-estandarte del realismo literario en España».²⁷

En la crítica que hizo de *Bocetos al temple* (1876), en el prólogo después a *El sabor de la tierruca* (1882) y en un artículo publicado en el diario *La Prensa* (1888) de Buenos Aires, Galdós expresó el juicio que le merecía su compañero de letras, al que incluso mencionó de pasada como personaje en su novela *Gloria*.²⁸

El novelista canario nos transmite así su opinión sobre el escritor de Polanco: «Como, tratándose de los artistas afamados, la noticia biográfica no puede circunscribirse a la vida literaria, sino que es preciso extenderla a la fisonomía moral y a lo que es y representa la persona en la vida social, empezaré por decir que este querido compañero de letras es uno de los hombres cuya amistad es orgullo de quien la posee, un hombre de cualidades excepcionales, tan inflexible en los principios que no conozco a nadie que en esto se le iguale, y al propio tiempo amenísimo en su trato, sencillo en sus costumbres, cariñoso con sus amigos, consagrado exclusivamente a su familia y al cultivo de las letras, por devoción sincera, más que por lucro, hombre, en fin, como hay pocos, y seguramente no es nuestra época la más abundante en personas de esta calidad».²⁹

Se advierte una influencia de Pereda en *Rosalía*, una de las primeras novelas de Galdós, de reciente publicación póstuma. La descripción caricaturesca, por ejemplo, de Pedro Picio, como luego se dirá, es típicamente perediana, así como el talante del hidalgo tradicionalista don Juan Crisóstomo, recuerda un tanto, por lo extemporáneo, al don Robustiano de *Blasones y talegas*.

La segunda serie de las *Escenas, Tipos y paisajes*, produjo en don Benito, como él mismo confesó, «verdadero estupor y esas vagas inquietudes del espíritu que se resuelven luego en punzantes estímulos o en el cosquilleo de la vocación».³⁰ De idéntico modo, los primeros capítulos de *Nazarín* y el personaje de la «tía Chanfaina», parecen sacados de las páginas de las *Escenas montañesas*.

Por el contrario, la influencia de Galdós se hace notar en *Pedro Sánchez*, de Pereda, obra en la línea de los *Episodios Nacionales*, aunque la similitud sólo sea en algunos aspectos.

Laureano Bonet encuentra también puntos de contacto entre *Pedro Sánchez* y *La Fontana de Oro* y sugiere igualmente un estudio comparativo de la citada novela del escritor de Polanco con los *Episodios La revolución de julio* y *O'Donnell*.³¹

López Morillas opinaba, a su vez, que *Los hombres de pro* «surge como derivación de *La Fontana de Oro*, primera novela moderna española».

27.- Prólogo a *El sabor de la tierruca*, de José María de Pereda, Barcelona, 1882, en *Ensayos de crítica literaria*, de Benito Pérez Galdós. Selección, introducción y notas de Laureano Bonet, Barcelona, Península, 1971, p. 166.

28.- Véase la alusión a Pereda en el cap. de la segunda parte titulado «El Salvador en la calle», ob. cit. p. 80.

29.- *Las cartas desconocidas de Galdós...*, ob. cit. p. 301.

30.- Prólogo a *El sabor de la tierruca*, ob. cit. p. 164.

31.- Introducción a *Ensayos de crítica literaria*, ob. cit. pp. 91-92 nota 25.

Como luego diremos, en la novela *De tal palo, tal astilla*, Pereda presentó una tesis moralista de intención contraria a las expuestas por Galdós en *Gloria* y en *La familia de León Roch*.³²

En justa correspondencia, también menciona a Galdós en su libro *Tipos trashumantes* en un gracioso diálogo del cuadro titulado «Un artista».

Durante la estancia de Galdós en Madrid, se carteaba con Pereda y ambos se intercambiaban opiniones, datos y peticiones. La única disensión entre ellos apareció cuando el primero comenzó a novelar temas de tesis o de conciencia, como él los llama, en los que censuraba la mojigatería, el fanatismo y la intolerancia.

A partir de la aparición de la serie de estas novelas de tesis religiosa, Pereda amonesta por carta a su amigo, le da su opinión sincera y le dice que está haciendo novela volteriana.

A la crítica de la intolerancia de *Doña Perfecta*, Pereda contesta, en cierto modo, con el cuadro costumbrista titulado «Un sabio» de *Tipos trashumantes* y a la novela *Gloria* responde desde sus posiciones ideológicas con *De tal palo, tal astilla*.

Cuando Galdós le contesta a su viejo amigo en la Academia, resume así aquel sorprendente caso de una amistad discrepante: «Cuando presentaba yo, en mis novelas de los años 75 y 76, casos de conciencia que no eran de su agrado o desdicián de sus ideas, me reñía con sincero enojo, y a mí me agradaba que me riñese. Conservo como oro en paño, entre los papeles de nuestra larga correspondencia, sus acerbas críticas de algunas obras mías que no necesito nombrar; juicios de gran severidad que son la mejor prueba de la consistencia de sus doctrinas y del afecto que me profesaba, el cual ni por éstas ni por otras divergencias menos importantes se ha enfriado en los años sucesivos».³³

Pereda, con su mejor intención, le amonesta por caer dentro de la novela volteriana que tendría su puesto en los «índices expurgatorios» de Roma. Pereda, para poder admitir la obra le pide, al menos, una *Gloria* con menos dudas sobre el dogma, un obispo con más talento y un «neo» menos hipócrita. Respecto a *Doña Perfecta* también le ofrece, en sus cartas, la opinión que le merece esta novela donde se ponía en evidencia la mojigatería y el fanatismo.

Por segunda vez se reanuda la polémica con motivo del que llama «disloque patriotero» de *Electra* y le vuelve a reprender haciéndole saber cómo es presidiable el caso de Pantoja sin que ello justifique «el frenesí de las gentes que alzaron la bandera de muerte y de exterminio contra ciertas cosas que nada tienen que ver con lo que sucede en el drama».³⁴

El bondadoso don Benito le respondía con sus puntos de vista, sin llegar a convencer, por supuesto, a Pereda. Sin embargo, aquellas discrepancias no empañaron una antigua amistad, que supieron ofrecer, como modelo, a la gente del oficio, ni

32.- José Manuel González Herrán, *La obra de Pereda ante la crítica literaria de su tiempo*, Santander, Edic. Ayuntamiento de Santander/Librería Estvdio, 1983. Véanse los capítulos sobre *Bocetos al temple*, *Pedro Sánchez* y *De tal palo...*

33.- *Discursos leídos*, ob. cit. pp. 160-161

34.- Para conocer la polémica entre ambas partes véase de Soledad Ortega *Cartas a Galdós*, Madrid, Revista de Occidente, 1964, y de Carmen Bravo-Villasante «Veintiocho cartas de Galdós a Pereda», *Cuadernos Hispanoamericanos* núms. 250-252, oct. 1970-enero 1971, pp. 1-43.

afectaron al mutuo afecto que se profesaban. «Amistad que no ha sucumbido ni sucumbirá nunca ante divergencias de criterio en cosas muy substanciales, porque estas mismas discordias -dirá Galdós³⁵ han sido para el afecto que nos liga como la forja consistente que da al metal mayor dureza y temple más fino».

Una de las polémicas más sonadas que protagonizó Galdós en Santander, sin que él interviniera personalmente, se originó en 1893 al serle ofrecido un homenaje por el grupo de amigos santanderinos. Los recientes éxitos teatrales de este escritor y el hecho de haber fijado en Santander su residencia y figurar ya como vecino, motivó este acto al que se sumaron Pereda, Amós de Escalante, Estrañi, José María Quintanilla, Enrique Menéndez y, en general, cuantos representaban el mundo de las letras locales. Para el banquete se dieron cita el 9 de marzo en el Hotel Continental y, al final del mismo, Pereda leyó un texto cariñoso y alusivo al novelista canario titulado «Va de cuento», al que respondió Galdós con unas palabras en las que llamó a Cantabria su segunda patria.

Terminado el acto, los más íntimos visitaron por primera vez «San Quintín», la residencia recién construida por Galdós. Al otro día, un artículo de José María Quintanilla en el diario local *El Atlántico* donde se aludía a la presencia en la casa de una mascarilla de Voltaire y entre los libros de lectura a un ejemplar de *Le Socialisme contemporain* (1881), de Emile Laveleye, suscitó un comentario del diario ultramontano *La atalaya* en el que se atacaba a Galdós con los calificativos de impío y masón y se recomendaba la no lectura de sus obras «porque son impías, escépticas y contrarias a la Religión». ³⁶ Una vez más se utilizó contra Galdós, en este caso, el texto de los *Heterodoxos* de Menéndez Pelayo.

La polémica entre *La atalaya* y *El Atlántico* duró varios días. La campaña del primer diario resultó, en cualquier caso, inoportuna e injusta, mucho más cuando la ciudad le ofrecía al novelista un homenaje. Pereda, disgustado por el talante de aquella polémica, le escribía pocos días después a Marcelino Menéndez Pelayo -que no había podido acudir-, y le informaba así de la desagradable polémica: «No te hablo del cisco armado aquí con motivo de nuestro banquete a Galdós, porque te supongo enterado de él y principalmente porque ya apesta». ³⁷

Aparte de lo que el incidente tenga de anecdótico, interesa consignar lo que significaba como agresión ideológica. Amós de Escalante, en carta a Enrique Menéndez, le haría ver, con mucha lógica, antes del acto, que el homenaje se hacía al escritor y vecino de Santander y que, consecuentemente, se ratificaba en su adhesión. ³⁸

Galdós se mantuvo en silencio y no varió su conducta ni tampoco demostró ningún resentimiento. A los pocos días invitaba a sus amigos santanderinos a la inauguración de su finca, donde entre comentarios y buen vino se haría todo lo posible por olvidar o minimizar el incidente.

35.- *Discursos leídos ante la Real Academia Española*, p. 152.

36.- Véase la polémica con más detalle en Benito Madariaga: *Pérez Galdós. Biografía santanderina*, Santander, Institución Cultural de Cantabria, 1979, pp. 161-167. Igualmente del mismo autor: *Galdós en la hoguera*, nº 1 de esta colección, Santander 1994.

37.- *Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo*, p. 139.

38.- Carta del 6 de marzo de 1893. Original depositado en la Biblioteca de Menéndez Pelayo, entre la correspondencia de Enrique Menéndez Pelayo.

La correspondencia cruzada entre los tres amigos escritores, Menéndez Pelayo, Pereda y Galdós, vale tanto como la mejor biografía para conocer el pensamiento de estos personajes que se intercambian ideas, se mandan libros o datos en la correspondencia. El análisis de estas cartas permite conocer la psicología de sus autores, sus problemas y estado de ánimo cuando fueron escritas.

Con los años, como era de esperar, dejan de verse con asiduidad a causa de sus achaques y se escriben de tarde en tarde, llamándose «mi queridísimo D. José» y «mi señor don Benito». Éste será también quien diseñe al hidalgo de Polanco el panteón familiar donde reposan sus restos en el cementerio de su pueblo natal de Polanco. En diciembre de 1905, el año anterior a su muerte, Pereda, ya inmóvil y enfermo, le dice a su amigo canario que anda «desgobernado físicamente». Tampoco Galdós goza de buena salud, ciego y arterioesclerótico y Menéndez Pelayo presenta ya los síntomas de la enfermedad mortal que le conduciría al sepulcro.

También los tres cesan de una manera definitiva en sus actividades políticas, que representaban justamente las tres tendencias: la derecha, el centro y la izquierda. Cada uno de ellos, desde sus diferentes posiciones habían dado una muestra de profundo patriotismo buscando el mismo resultado, el de continuar la Historia de España o, mejor aún, renovarla.

Pereda fue el representante más genuino del mantenimiento de la tendencia tradicional y Menéndez Pelayo y Galdós significaron la defensa equilibrada del espíritu renovador español, intentado en aquellos momentos, desde el centro y la izquierda españoles. Y esto lo practicaron con sinceridad y honradez en sus aciertos y equivocaciones. Eran tres puntos de mira con un mismo objetivo, y debido a que creían en el diálogo y en la tolerancia, se vieron acosados por los defensores radicales de los extremismos. Por eso su tentativa quedó plasmada sólo en su obra literaria y en una lección o ejemplo para los intelectuales y políticos de su tiempo.

Esta postura les ocasionó la malévola animadversión de los que, en algún momento, dejaron de ser tolerantes. Galdós fue acusado a la vez de religioso y de heterodoxo. Menéndez Pelayo de ultramontano y liberal y Pereda de ser siempre rígido e intransigente. Sin embargo, cuánta verdad había en las tesis moralistas de Galdós en sus novelas, no menos que en muchas de las soflamas de Pereda a los desatinos de los movimientos revolucionarios de aquel siglo.

Si la tentativa dialogante de estos hombres de la Restauración de Santander sólo fue, por desgracia, una lección, quedaba la esperanza de que su ejemplo cundiera en las futuras generaciones para que al fin fuera una realidad el respeto mutuo y la colaboración entre las dos Españas, sintetizado por «Clarín» en estas palabras de respuesta a Menéndez Pelayo, cuando éste le escribe deseándole que Dios le lleve a sus ideas: «Las mías me hacen creer que en lo que más importa, pensamos lo mismo y amamos lo mismo».

A este triunvirato de la amistad, habría que añadir un cuarto personaje: el escritor Amós de Escalante (1831-1902), conocido literariamente con el pseudónimo de «Juan García». Su amigo entrañable Menéndez Pelayo escribió sobre su vida y obra, desde el recuerdo, ya fallecido, una precisa fisonomía moral y literaria.³⁹

39.- M. Menéndez Pelayo: «Estudio crítico» a la edición de *Poesías*, de don Amós de Escalante, Madrid, Tello, 1907.

Fue Amós de Escalante el clásico caballero montañés, hidalgo, culto y profundamente piadoso. Don Marcelino se refirió a su temperamento aristocrático, «el mejor educado de los hombres», en palabras de don Juan Valera. El carácter reservado y discreto de Escalante y el hecho de que no se hayan publicado todos sus epistolarios y documentos personales ha impedido que su personalidad sea más conocida.

Debido a su forma de ser independiente, no participó en tertulias ni mentideros locales y prefirió refugiarse en la lectura, a la que se entregó con pasión, alternándola con su afición viajera por Europa, que le permitió conocer de primera mano las obras de Lord Byron, Dante, Walter Scott, Shakespeare, Balzac, Víctor Hugo o Lamartine y, según nos cuenta Menéndez, de novelistas como Fielding o Smollet. Lector de estas obras en su lengua original pudo traducir autores ingleses como Scott y a los poetas alemanes Koerner, Rückert y Uhland, nada conocidos entonces en España.

En Santander actuó como uno de los protagonistas de su cultura y estaba considerado el poeta más popular y conocido de su generación. Escribió también libros de viaje, *Del Manzanares al Darro* (1863) y *Del Ebro al Tíber* (1864), novelas del estilo de *Ave Maris Stella* (1877), una historia montañesa del siglo XVII y estudios y ensayos de los que son una buena muestra el informe que presentó en 1881 sobre la Colegiata de Santillana, *Antigüedades montañesas*, publicado en 1899, y, sobre todo, su libro *Costas y montañas* (1871), diario de un caminante por la provincia de Santander, con la descripción de sus monumentos, leyendas y blasones.

Cursó estudios de Ciencias físico-químicas, aunque le atrajeron más la Literatura y la Historia, a cuyas dos Academias perteneció en calidad de Correspondiente. Fue crítico literario y experto en genealogías y, en especial, sobre el solar y ascendencia de Francisco de Quevedo. Colaboró asiduamente en *La época* y en *La ilustración española y americana*, así como en la prensa local con artículos y poemas.

Con Menéndez Pelayo tuvo una gran relación y, después del polígrafo santanderino, fue el hombre más erudito de Cantabria en arte, literatura e historia. Amós de Escalante redactó la dedicatoria con que iba firmada la colección de clásicos griegos que le regalaron sus amigos y admiradores y que decía: «A Marcelino Menéndez Pelayo, en aplauso y memoria de las oposiciones a cátedra de la *Historia crítica de la Literatura española*, gloriosamente vencidas por su ingenio asombroso y erudición incomparable (diciembre 1878)». En él se apoyó don Marcelino para su proyecto sobre «La Sociedad de bibliófilos cántabros», y le eligió para que formara parte de la Junta directiva.

Entre sus discípulos poéticos e imitadores habría que mencionar a Enrique Menéndez Pelayo y a Ricardo León.

Con Pereda su relación fue la normal entre escritores contemporáneos, pero no asistía a sus tertulias, como lo hacía su hermano Agabio. La publicación de *La Montálvez*, obra que le pareció presentaba ribetes inmorales, les llevó a cierto distanciamiento. Sin embargo, le admiró siempre como novelista y celoso conservador de las costumbres y personajes de Cantabria.

A Galdós ya le conocía Escalante de la época en que ambos frecuentaban el viejo Ateneo de Madrid y fue una de las primeras personas que saludó don Benito cuando llegó a Santander. Precisamente aquel encuentro le facilitó su conocimiento del

calafate Pedro Galán, que había sido grumete a bordo del «Santísima Trinidad» y participe en la batalla de Trafalgar. Gracias a su conocimiento pudo recoger muchos detalles sobre la batalla cuando en 1872 preparaba el primero de los *Episodios Nacionales*.

No tuvo Escalante después de su muerte numerosos lectores debido a su estilo un tanto arcáico, defecto que intuyó Menéndez Pelayo a causa, como dice, de su «arte complicado y laborioso», ajeno al gusto popular incluso entre sus contemporáneos.

Apenas llegado don Benito a Santander, comenzó a conocer personas y rincones pintorescos de esta ciudad decimonónica elegida para sus veraneos. En su casa de "San Quintín" se organizaba por las tardes una animada tertulia a la que asistían, no siempre y no todos a la vez, José Estrañi, el teniente coronel Ricardo Aroca, Barrio y Bravo, Esteban Polidura, José Ferrer, Atilano Lamera y Policarpo Alemán.

En el verano se completaba la reunión con la presencia de visitantes amigos, viajeros o conocidos que se acercaban hasta la casa por razones literarias, comerciales o simplemente para saludarle.⁴⁰

Otra cosa diferente fue la relación mantenida por razones políticas o de vinculación ideológica con algunas de las personas que constituían el grupo liberal y progresista formado por republicanos, krausistas y librepensadores de Cantabria.

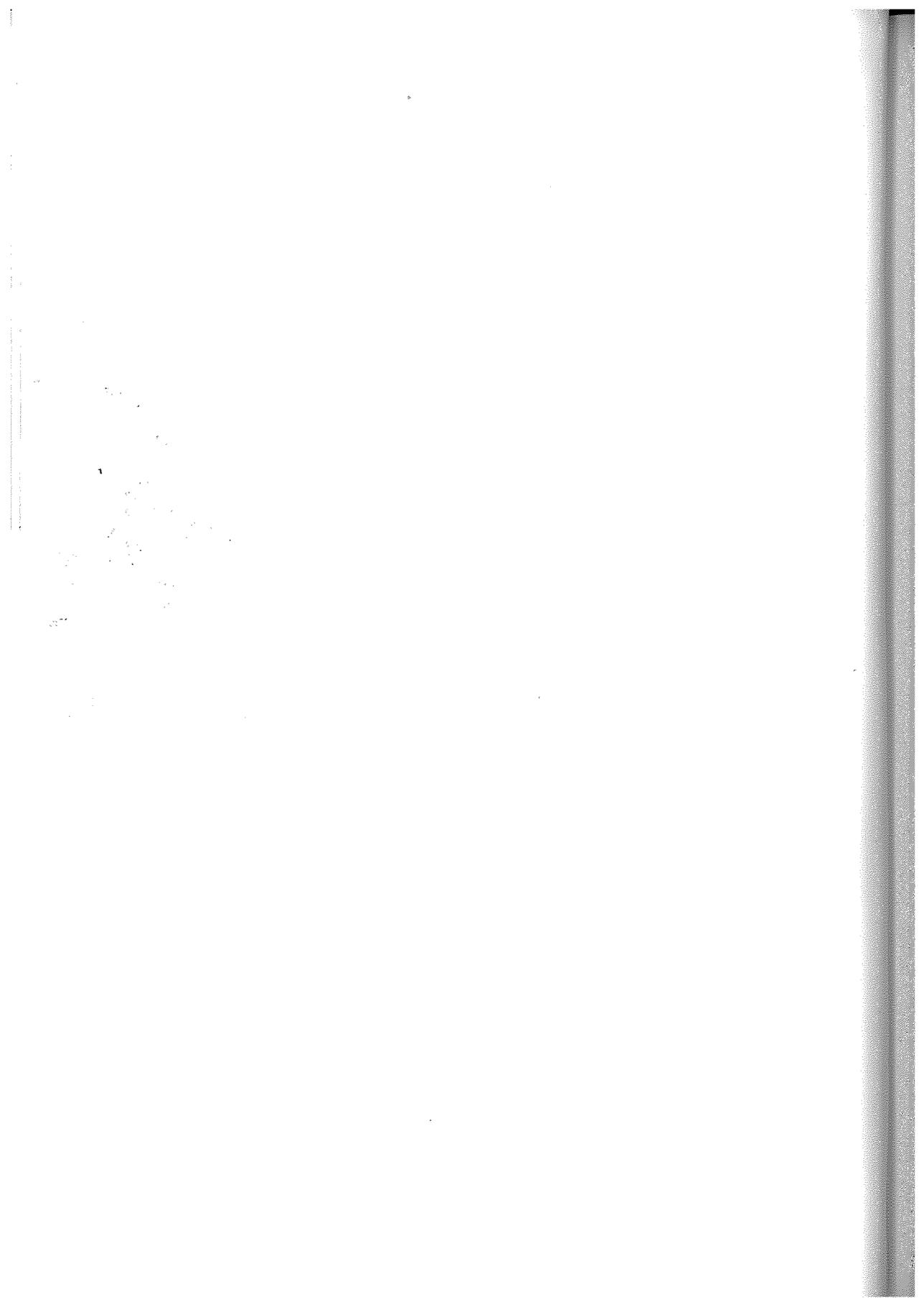
40.- J. R. Saiz Viadero: *Los visitantes de "San Quintín"*, nº 2 de esta misma colección, Santander, Ediciones Tantín 1994.

PÁGINA
GALDOSIANA S



II

ROSALÍA, UNA NOVELA DE BÚSQUEDA



En el verano de 1981, el hispanista Alan E. Smith presentaba una comunicación en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, dentro de los encuentros del Primer Coloquio Internacional de Literatura Hispánica, acerca del borrador inédito de una novela de Benito Pérez Galdós, a la que el profesor Smith tituló *Rosalía*.¹

El descubrimiento había tenido lugar en 1979, al estudiar el citado profesor algunos manuscritos del novelista, escritos precisamente en la cara de unas cuartillas utilizadas después por la otra para la segunda serie de los *Episodios Nacionales*, páginas a las que habría de unir, para completar la mayor parte del texto, las halladas por Walter Pattison.

La novela se supone que está escrita hacia 1872, es decir, al año siguiente de la llegada de Galdós por primera vez a Santander. Lo que opinaba entonces el escritor canario sobre lo que debiera ser la novelística española, sus fines y los defectos de que adolecía al depender del folletín y estar en competencia con las traducciones de novelas francesas, se puede ver en una noticia literaria suya escrita en 1870 comentando el libro *Proverbios ejemplares y proverbios cómicos*, de Ventura Ruiz Aguilera.

Galdós, en esos momentos, participaba de una ideología liberal, bastante conservadora, aunque abierta a las nuevas corrientes sociales y religiosas. Ya en sus artículos aparecidos en *La nación* se había declarado refractario a la política de presión de los neocatólicos.

La primera pregunta que se hace uno ante esta novela es ¿por qué no quiso Galdós publicarla? Cuando no se publica un libro, generalmente se debe a que la obra le parece mala al propio autor. En efecto, *Rosalía* tenía demasiado de folletín y bastante poco del carácter que Galdós exigía a las novelas españolas contemporáneas que

1.- Benito Pérez Galdós: *Rosalía*. Edición de Alan Smith, Madrid, Ediciones Cátedra, 1983. Colección Letras Hispánicas, 440 págs. más 3 facsímiles de las cuartillas del manuscrito. Sobre esta novela preparó el profesor Smith en 1981 su tesis doctoral, presentada en la Universidad de Harvard. Para un conocimiento de la novela, ver de Patrocinio Ríos Sánchez, «Galdós y un clérigo protestante en el Sexenio revolucionario. Las claves de *Rosalía*, una novela inédita», en *Actas de las Jornadas sobre el sexenio revolucionario y el cantón murciano*, Murcia, Cátedra de Historia Contemporánea, 1993-1994, pp. 251-274. Ver también de Félix Rebollo Sánchez, «Estructura de una novela de Galdós: *Rosalía*», *Miguel de Cervantes*, nº 5, Ciudad Real, abril-setiembre de 1987, pp. 26-33.

deseaba escribir. *Rosalía* poseía además no pocas imperfecciones en el lenguaje, lo que le hizo desistir de publicarla. Sin embargo, aquellas páginas venían a ser un ensayo de sus posibilidades, un borrador, algo así como una tentativa de las novelas en las que pensaba desarrollar los temas de la intolerancia. Stephen Miller (1983) dice que Galdós, entre 1867 y 1871, se encontraba «en plena época de experimentos literarios».²

Lo importante de la obra está, a mi juicio, en que en ella se encuentra el germen de otras dos novelas: *Doña Perfecta* (1876) y *Gloria* (1877), aunque se parezca más por su argumento a la segunda. En esta última el lugar donde se desarrolla la acción, Ficóbriga, «es al mismo tiempo -según le confesó a Pereda- Simancas, Santillana, Comillas, San Vicente, sin ser ninguno de ellos en particular».³ En cambio, en *Rosalía* transcurre su primera parte en Castro Urdiales, villa de donde procede el anacrónico hidalgo don Juan Crisóstomo, padre de Rosalía. También se cita de pasada en la novela al Valle de Toranzo, a Laredo, a Santoña y al ferrocarril Santander-Torrelavega.

Menéndez Pelayo debió conocer que Galdós estaba haciendo una novela que transcurría en Castro Urdiales, ya que cuando alude a *Gloria* en *Historia de los heterodoxos españoles*⁴ se preguntaba qué tenía que ver un judío en Castro Urdiales, creyendo que tal lugar era Ficóbriga. En *Rosalía* el conflicto argumental radica en el amor dificultado, a causa del celibato, de un pastor protestante, Horacio Reynolds, que llega en un naufragio, y se enamora de la católica Rosalía. «En mi religión -dirá éste- la práctica del sacerdocio no está reñida con la familia, y por tanto no lo está con el amor que la forma y la sostiene».⁵ En *Gloria* la diferente religión del judío Daniel Morton y de la también católica Gloria es lo que hace este amor imposible por la intolerancia de ambos.

El pastor protestante, nos dice Galdós, había nacido en Cádiz. En esta ciudad proliferaron, a partir de 1871, las capillas protestantes que, incluso, llegaron hasta Santander, donde cuenta Menéndez Pelayo que había dos escuelas dirigidas por un pastor norteamericano. Gumersindo Laverde, en carta de 5 de octubre de 1875, le propuso a don Marcelino metiera en su libro de los *Heterodoxos* a Sanz del Río, a Fernando de Castro «y alguno de los protestantes de esta última era, como el pastor (no sé cuántos), que naufragó, poco ha, viniendo de América».⁶

¿Se inspiró Galdós en este pastor protestante para crear el personaje de Horacio Reynolds? Menéndez Pelayo, al estudiar la propaganda protestante en España, alude al pastor Antonio Carrasco, quien después de ejercer su ministerio en Valladolid partió para América y murió en el naufragio.

En 1766, Goldsmith había publicado *El vicario de Wakefield*, encantador cuadro de una familia protestante que logra la felicidad a pesar de numerosos contratiempos,

2.- Stephen Miller: *El mundo de Galdós*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1983, p. 87.

3.- Carmen Bravo-Villasante, ob. cit., pp. 12-13.

4.- Marcelino Menéndez Pelayo: *Historia de los heterodoxos españoles*. Edición preparada por Enrique Sánchez Reyes, VI, 1965, p. 480.

5.- *Rosalía*, p. 134.

6.- *Epistolario de Laverde Ruiz y Menéndez Pelayo, 1874-1890*. Edición y notas de Ignacio Aguilera, prólogo de Sergio Fernández Larrain, Santander, Diputación Provincial, 1967, I, p. 256.

obra inglesa que conocía bien Galdós. En 1870 el krausista franciscano Fernando de Castro se había separado de la Iglesia católica al secularizarse. En esos momentos está de actualidad el catolicismo liberal. Frecuentaba entonces el autor de *Rosalía* el Ateneo de Madrid, donde se estaban sometiendo a debate temas tan importantes como la libertad religiosa y la valoración de la ciencia española.

Cuando apareció *Gloria*, novela polémica que tan mal sentó a sus amigos santanderinos, se pensó que podía haber sido sugerida por *Minuta de un testamento*, de Gumersindo de Azcárate, donde se trataba el problema de la unión entre individuos de diferentes religiones. Pero ahora se ha visto que este libro no inspiró el tema a Galdós, ya que mucho antes lo había llevado a la novela al escribir *Rosalía*. En carta a Pereda le diría más tarde: «Creo sinceramente que si en España existiera la libertad de cultos, se levantaría a prodigiosa altura el catolicismo, se depuraría la nación del fanatismo y [...] ganaría muchísimo la moral pública y las costumbres privadas».⁷ Hay momentos en que estas ideas surgen en la novela. Así, cuando Horacio recibe carta de su hermana se alude en ella a que «España es una nación de fanáticos católicos» (p. 306). Rosalía, a su vez, ante las dificultades en su amor se preguntará: «Pero, Dios mío: ¿es posible que todas las religiones no sean iguales?» (p. 267).

Don Juan Crisóstomo recuerda, aunque no resulte tan esperpéntico, a don Robustiano de *Blasones y talegas*, de Pereda, obra que impresionó a Galdós cuando la leyó. Aparece aquél en la novela como un hombre profundamente tacaño, anticuado, tradicional y carlista, intransigente desde el punto de vista religioso, por lo que no ve bien los amores de Rosalía y Horacio, aunque estime al pastor protestante.

Los diálogos en el capítulo segundo entre don Juan y su tocayo el cura don Juan de la Puerta, en los que se alude al liberalismo, a la civilización moderna y al krausismo, nos recuerdan algunos de *Doña Perfecta*. En este sentido hay también un momento en que en esta novela ironiza Galdós cuando dice: «¡Inútil celibato el de los clérigos! Si el Concilio de Trento les prohíbe tener hijos, Dios, no el Demonio, les da sobrinos para que conozcan los dulces afanes de la paternidad».⁸

Donde encontramos también una similitud de ideas entre las dos novelas es cuando don Juan y Rosalía van a una iglesia de Madrid (cap. 32), momento que aprovecha Galdós para censurar la pobreza de las construcciones, su abandono, la ausencia de arte y lo ridículo de las vestimentas de algunas imágenes: «En cuanto a la muchedumbre de efigies que pueblan los altares, ya que existe la profana e irrisoria costumbre de vestir las, que al menos las vistan de limpio, para que no se escandalice el sentimiento religioso ni se ofenda la vista al verlas cubiertas de andrajos» (pp. 265-266). Esta última objeción la hará también Pepe Rey cuando se refiere a «los mamarrachos y las aberraciones del gusto, las obras grotescas con que una piedad mal entendida llena las iglesias...»⁹ tema que tratará de nuevo Galdós en

7.- Carmen Bravo-Villasante, ob. cit., p. 19.

8.- B. Pérez Galdós: *Doña Perfecta*, Madrid, Hernando, 1979, p. 77.

9.- *Ibidem*, p. 87.

Gloria cuando describe cómo visten la imagen de la capilla del Salvador (cap. IV de la segunda parte de esta novela).¹⁰

La repetición de nombres, recurso muy típico de don Benito, le lleva a utilizar de nuevo el nombre de Rosalía, ya utilizado en *La Fontana de Oro*. Romualda, en cambio, aparece más tarde en *Gloria* y en *Torquemada en la Cruz*. Este personaje femenino y sus artes casamenteras nos recuerda a María Remedios de *Doña Perfecta*, aunque la primera resulte más celestinesca. Romualda busca casar bien a su sobrina, lo que significaba para ella hacerlo con un hombre adinerado. María Remedios intenta lo mismo y aspira a ver a su hijo casado con Rosarito, «verle rico y poderoso; verle emparentado con doña Perfecta».

Especial importancia tiene en *Rosalía* la utilización de un lenguaje popular. El costumbrismo en esa época había puesto de moda el empleo del lenguaje de la calle y, sobre todo, la manera incorrecta de hablar de algunas personas, ya utilizado por Pereda en sus *Escenas montañosas*. Así, Charito dirá «clítica situación», «te alvierto» y «antípodos». Otra cosa es el empleo de voces del habla vulgar, como «chupópteros», o de la palabra «proletario» en una época en que todavía no tiene vigencia el Partido Socialista. Sin embargo, estas inquietudes sociales aparecerán ya de una manera declarada en *Marianela*.

En definitiva, *Rosalía* fue una novela de búsqueda para Galdós, una obra en la que están sugeridas sus dos novelas posteriores, en las que se trataban el fanatismo y la intolerancia religiosa. Pero además del estilo indirecto y de un lenguaje vulgar, existe en ella una riqueza del diálogo y un lenguaje coloquial, que la convierten en una novela precursora de especial importancia en la obra de Galdós. En *Rosalía* hay también mucho humor, que tiene bastante de inglés, a lo Dickens, y de caricatura perediana, como ocurre con el retrato de Pedro Picio.

«Este Pedro Picio era un joven (no sé si antes lo he dicho) de extremada fealdad. Pequeño, delgado, moreno, calvo sin ser viejo y saltón sin ser niño, el defensor del proletariado era un ser que a la vez hacía gracia e inspiraba cierto despego parecido a la repugnancia. Usaba unos lentes que, a pesar de las considerables proporciones de su nariz, no podían tenerse quietos sobre el caballete de aquel importante órgano y se caían, para volver a ser puestos por una mano que sin duda no podía existir sin emplearse cada minuto en semejante ocupación.

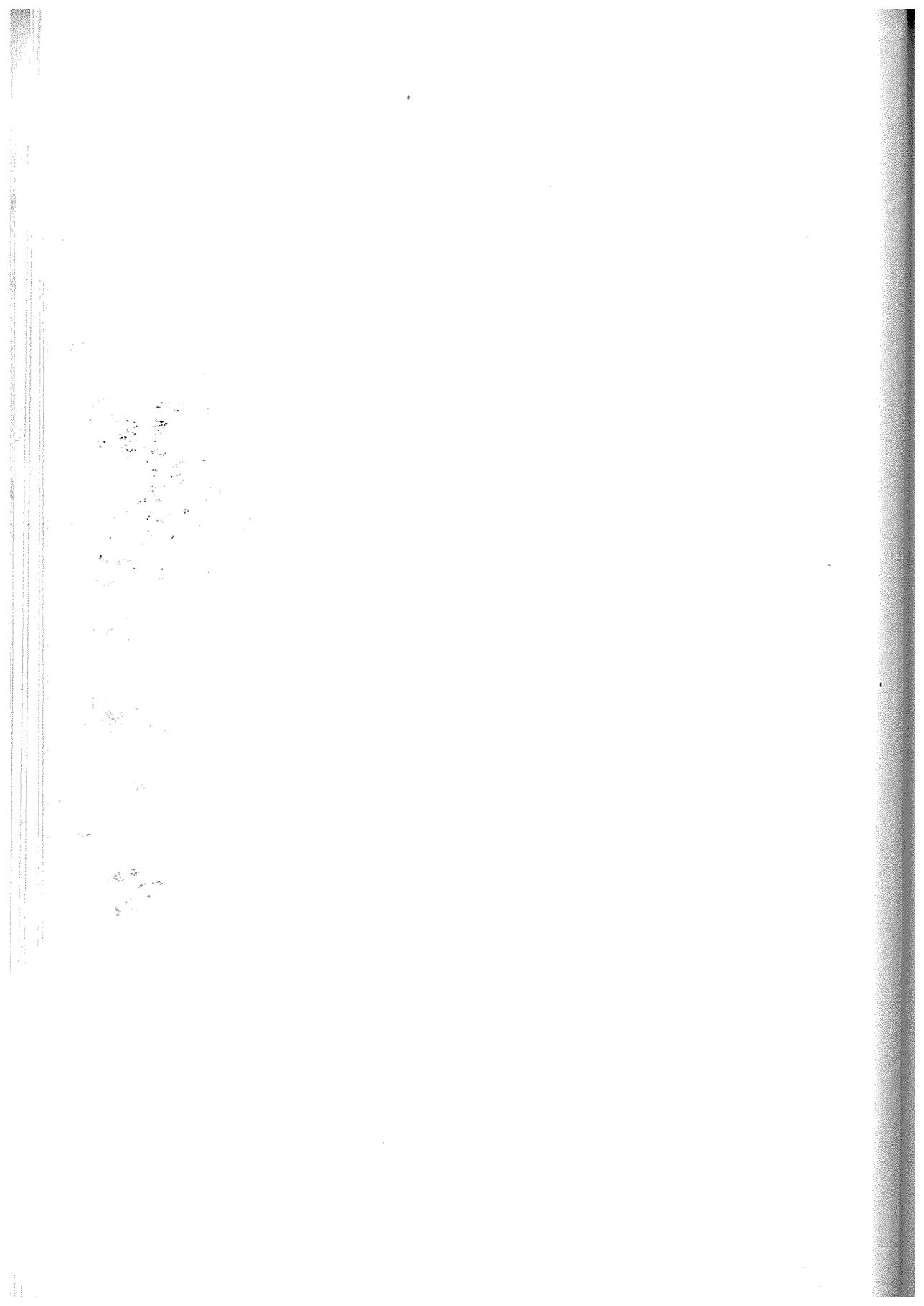
«El rasgo principal de su persona era la mueca que hacía en el momento de calarse los quevedos, y entonces solía enseñar las encías, arrugar toda la piel de la cara y aventar las dos grandes troneras de su nariz. Acompañaba estos movimientos, más determinados durante la conversación, grandes irraciaciones de gotas de saliva que, escapándose por entre los desaliñados y verdinegros dientes, iban a exornar las solapas de la levita del oyente, cuando no caían en partes más delicadas» (pp. 237-238).

No veo, sin embargo, en *Rosalía*, como dice el profesor Smith, una obra precursora de *Fortunata y Jacinta* ni en el argumento ni en el estilo y la forma. Lo que sí se advierte en la novela que comentamos es una mejor calidad en la primera parte,

10.- *Gloria (segunda parte)*, Madrid, Hernando, 1920, p. 61.

que va haciéndose cada vez más folletinesca en la trama a medida que avanza conducida por un narrador omnisciente, presente en toda la acción de la trama.

Nos parece, pues, que ha sido oportuna la publicación de esta novela por su valor de ensayo o prueba literaria y como testimonio para conocer la posterior evolución del estilo y de los temas de Galdós, ya desde un principio dirigida hacia la novela burguesa de tesis.



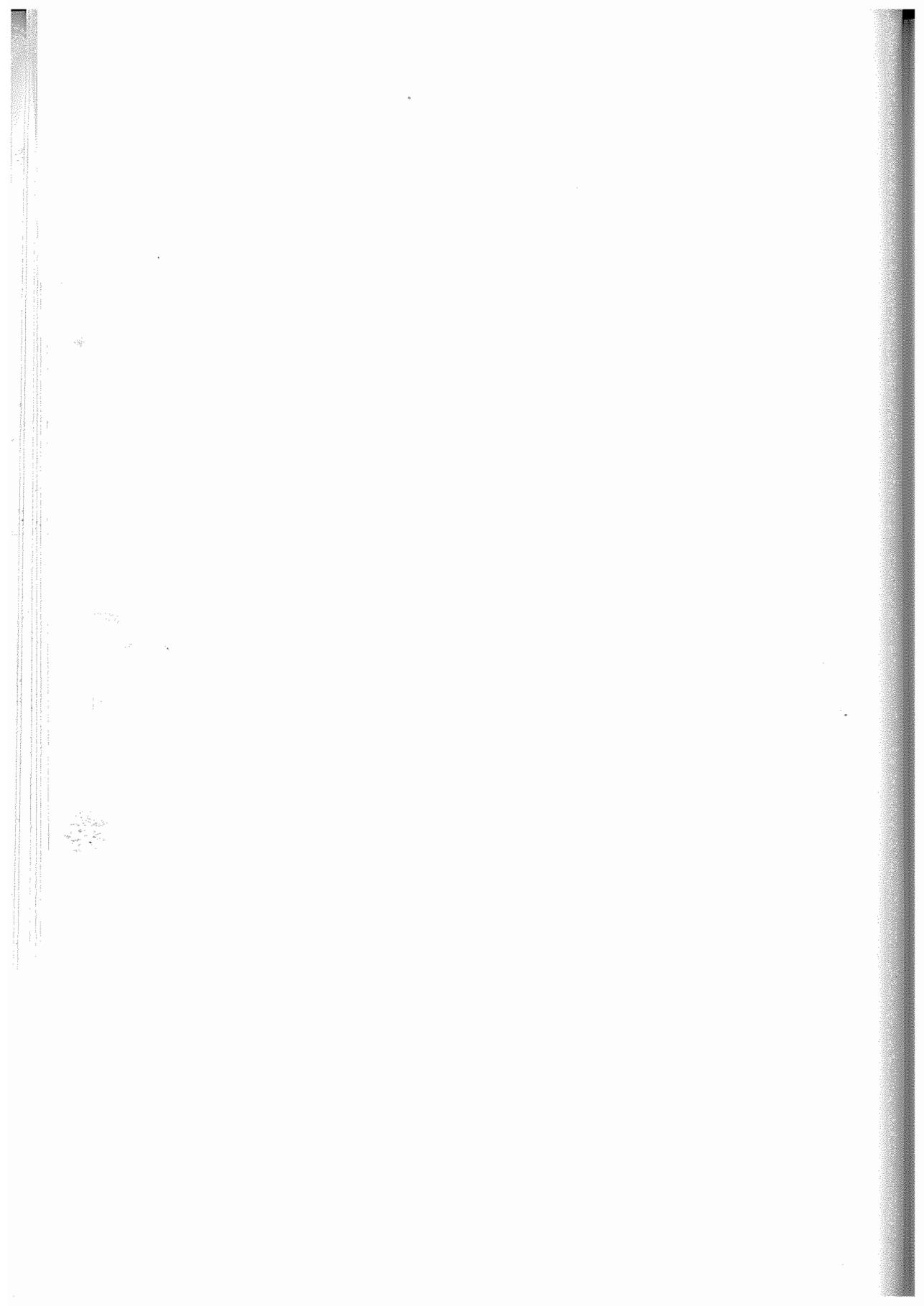
PÁGINA
GALDOSIANA S



III

AMBIENTACIÓN, BIOTIPOLOGÍA Y LENGUAJE GESTUAL

EN DOÑA PERFECTA (1876)



RESONANCIAS SANTANDERINAS EN LA NOVELA

En los primeros meses del año 1876, Pérez Galdós escribe apresuradamente la novela *Doña Perfecta*, que publica por entregas en Madrid en la *Revista de España*, en cinco números de marzo a mayo-junio de ese año. Como vamos a ver, existen una serie de coincidencias entre los hechos reales acaecidos en aquellos momentos en Santander y los que nos presenta Galdós en la novela. Pero además nos retrata el ambiente neocatólico y el agobio integrista existentes en una supuesta ciudad, Orbajosa, con personajes y situaciones que muy posiblemente conoció el escritor en la ciudad cantábrica. Algo de esto sospechaba ya José F. Montesinos cuando escribió que el conflicto y «las figuras centrales, aunque poco estudiadas y explicadas son demasiado verdaderas para no haber sido observadas en alguna realidad rural castellana o cantábrica».¹

Los detalles expuestos en la novela ponen de relieve la existencia de una serie de elementos, presentes en *Doña Perfecta*, que tienen una raíz indudablemente santanderina procedente del ambiente, de las circunstancias históricas y del grupo de amigos, tradicionalistas y neocatólicos, que conoció Galdós durante sus estancias en la capital cantábrica. La especificidad de algunas de las posturas que analizaremos, como el antimadrileñismo de los habitantes de Orbajosa, la crítica al krausismo de aquellos «buenos cristianos», hidalgos, incorruptibles, patriarcales y hospitalarios, que no saben de filosofía alemana, según palabras de la protagonista, estimamos ofrecen una nueva hipótesis a la génesis de esta obra. De igual modo, estos hidalgos orgullosos de su abolengo que presumen de antecedentes guerreros, alusivos a las guerras cántabras en las que combatió el emperador Augusto («Augusta» llama don Cayetano a Orbajosa), así como los retratos del penitenciario, de don Cayetano y del joven Jacinto, aunque enmascarados, estarían sacados de aquellos modelos que conoció Galdós en Santander.

Más tarde, al publicar *La incógnita* (1888-89), reaparecen en la novela alusiones a ambientes de Orbajosa claramente santanderinos, como la procesión de San Roque o los bailes del Casino, característicos del Sardinero veraniego.

1.- Galdós, I, Madrid, Castalia, 1980, p. 188.

1.- El mundo de Orbajosa

Las tentativas de una localización de Orbajosa en un punto exacto de la geografía nacional no han tenido un resultado satisfactorio por existir, igual que en Ficóbriga, unos elementos comunes a diversas localidades. En efecto, se trata de una ciudad piloto donde el novelista va a recoger el ambiente y las experiencias de los sucesos nacionales del momento. Orbajosa diría el autor que era un nombre local imaginario, pero no lo son, del mismo modo, las realidades sociopolíticas que retrata el autor. En este sentido, Orbajosa va a reflejar bastantes aspectos del ambiente y del espíritu de Santander, sin ser concretamente esta ciudad.²

Tal como nos informa en la novela, es una ciudad pequeña, de poco más de siete mil habitantes, con Ayuntamiento, Sede episcopal, Seminario, Depósito de caballos sementales e Instituto de Segunda Enseñanza, prerrogativas, como las llama Galdós, a las que habría de unir la de un casino provinciano. El argumento de la obra le obligaba, por supuesto, a un enmascaramiento de la localidad con objeto de evitar las críticas de sus habitantes. Recogería Galdós, decimos, muchos elementos santanderinos, aunque el modelo no sea fiel y exacto en los hechos y personas, como corresponde a cualquier novelista, que oculta y modifica las situaciones y personajes, según sus gustos y necesidades. Si bien los datos generales no son suficientemente aclaratorios, por más que Santander tuviera gran parte de estos establecimientos, la coincidencia será mayor, como veremos, en el ambiente, que tampoco era -al estar constituido por un mosaico nacional- exclusivo de la provincia norteña, aunque fuera la mejor conocida por el novelista.

No era, por supuesto, entonces Santander una ciudad integrista y fanática, sino que, por el contrario, gozaba en España de fama como ciudad liberal, tal como lo reconoció el brigadier José Almirante cuando el 26 de junio de 1874 se lo comunicaba al Ayuntamiento de Santander con estas palabras:

«Siempre decidida esa ciudad populosa y varonil por la noble causa de la civilización y de la libertad, se alza como frontera contra la desdichada comarca en que tan hondamente está arraigado el fanatismo».³

Galdós deja claro que Orbajosa no figura en el teatro de la guerra, aunque le llegan las incursiones de las facciones carlistas que, en algunos momentos, pusieron en peligro zonas de la provincia.

2.- Sobre este particular, ver la nota 8 de *Doña Perfecta*, de Rodolfo Cardona, publicada en la p. 23 de su edición en Cátedra. En dicha nota el profesor Cardona admite como plausible la sugerencia de que «Galdós refleje en Orbajosa el espíritu integrista con el que se encontró durante sus primeras visitas a la ciudad de Santander (...) siempre que no se trate de establecer una ecuación de igualdad entre la ciudad ficticia y la ciudad real».

3.- Joaquín de la Llave: *Almirante y su obra*, prólogo de Fermín de Sojo, Madrid: Hidalgó, Imprenta Militar, 1945, p. 83.

«Como hay tanta agitación facciosa en esta tierra; como dos provincias cercanas están ya infestadas, y como, además, este distrito municipal de Orbajosa tiene una historia tan brillante en todas las guerras civiles, hay temores de que los bravos de por aquí se echen a los caminos a saquear lo que encuentren».⁴

La alusión a esas provincias vecinas, que a nuestro juicio son las vascas, se repite en la obra. Así, dice en un momento el teniente coronel Pinzón: «... porque las facciones de las dos provincias cercanas crecen como una maldición de Dios».⁵

Es precisamente en los años finales de la tercera contienda carlista, fecha en que fijamos el desarrollo de la acción, cuando la guerra alcanza su momento culminante en Santander, a principios del año 1874, en que estuvo a punto de caer en manos de los carlistas. Durante varios días reinó la intranquilidad en la ciudad y se reforzaron las defensas de la plaza.

Don Marcelino Menéndez Pintado, padre del entonces joven escritor santanderino, se lo explicaba a su hijo, el 19 de enero de 1874, en estos términos:

«No sé si saldrá el correo, pues dicen que han cortado la vía los carlistas; éstos se encuentran a poca distancia de aquí, en número de 4 o 5.000 hombres, y dicen que se dirigen a hacernos una visita; así es que hoy todo el día se ha empleado en hacer barricadas y en tomar otras precauciones; de Santoña han venido esta tarde unos mil hombres, que con los que había aquí y los voluntarios compondrán 2.000 a 2.500 hombres, que son más que suficientes para defender la población, y como es de suponer que los carlistas tengan conocimiento de estos preparativos, creemos que desistirán de su empeño».⁶

En este mismo mes era destinado a Santander el coronel de Ingenieros José Almirante, quien, con un grupo de ingenieros militares, se ocuparía de la fortificación de la ciudad mediante la realización de las obras que, muchos años después, quedaron como vestigio de aquella guerra.

Galdós nos informa de la llegada a Orbajosa de Pepe Rey, que aunque no pertenecía oficialmente al Cuerpo de Minas, va a explorar la cuenca del río Nahora. Como hemos dicho, en esas fechas un grupo de ingenieros militares actuaba en Santander, mandados por José Armada, a quien el Ayuntamiento de la ciudad regalará, al final de su cometido, el fajín de brigadier y el bastón de mando con motivo de su ascenso el 22 de mayo de 1874.

4.- *Doña Perfecta*, Madrid: Hernando, 1979, p. 173. Lás citas se hacen por esta edición.

5.- *Ibíd.*, p. 174.

6.- Archivo epistolar. Biblioteca de Menéndez Pelayo, Santander. Consultada copia del original. Ver *Epistolario de Menéndez Pelayo*, ed. de Manuel Revuelta, Madrid: Fundación Universitaria Española, 1982, I, 81. En adelante indicaremos en números romanos el volumen y en arábigos el número de la carta.

El teniente coronel Pinzón vendrá al frente de las tropas -según Galdós- que van a guardar la plaza contra la acción interna de los facciosos. Menéndez Pintado escribía de nuevo a su hijo informándole de la marcha de la guerra:

«... nosotros no hemos sufrido nada, porque si bien los carlistas estuvieron en El Astillero y en Boo, no se atrevieron a atacar la ciudad, volviendo precipitadamente hacia Balmaseda, al saber que venía el capitán general de Burgos con 4.000 hombres y 4 piezas de artillería a socorrernos: hoy ya está esto en su estado normal, aunque continúan las precauciones y quedarán dos batallones de guarnición, para estar a cuvierto (sic) de una sorpresa. Con la facción venía nuestro amigo Fernando Velasco, Paulino Quijano y algunos otros de aquí»⁷

En efecto, para conjurar el ataque carlista llegaron con fuerzas el coronel La Calle y el capitán general Carbó.

Como vamos a ver, en la ciudad cantábrica, fronteriza con las provincias en guerra, se va a dar la circunstancia de estar sometida a la acción de facciones carlistas emboscadas, quienes caían por sorpresa sobre las localidades poco defendidas. Como dice José Simón Cabarga, «la provincia estaba, en realidad, carente de protección, y las partidas sueltas de carlistas se paseaban sin temor ninguno de ser molestadas».⁸

Se conocen los nombres y tropelías de algunos de estos cabecillas carlistas que se hicieron famosos en los lugares a los que se extendió la guerra. Galdós relata cómo uno de los jefes de estas partidas, Francisco Acero, «entró en las Roquetas, donde cobró un semestre y pidió raciones».⁹ En 1873, Navarrete, el jefe carlista más temido en la provincia, entró en el Ayuntamiento de Corvera, donde cobró un trimestre de contribución y se llevó 900 raciones. «Bartolomé Acero -sigue refiriendo Galdós- fue el que quemó el Registro Civil de Lugarnoble, llevándose en rehenes al alcalde y a dos de los principales propietarios».¹⁰ En estas fechas, en efecto, Navarrete quemó el registro civil de Selaya. En Solares -refiere José Simón Cabarga- los carlistas secuestraron al alcalde y a un vecino de Orejo que se llevaron con ellos.¹¹

Galdós aludirá a los partidarios y familiares de los levantamientos de 1848, quienes gozaban, ahora, de puestos en la administración o eran conocidos por ser temibles caciques. Este era el caso del famoso «Caballuco», mano ejecutora del

7.- Carta de 26 enero 1874. Biblioteca de Menéndez Pelayo, Santander. (Consultada copia del original). Ver *Epistolario*, I, 82.

8.- José Simón Cabarga, *Santander en el siglo de los pronunciamientos y las guerras civiles*, Santander: Institución Cultural de Cantabria, 1972, p. 322.

9.- *Doña Perfecta*, p. 199.

10.- *Ibíd.*, p. 200.

11.- Los referidos sucesos pudo recogerlos Galdós de viva voz, o pudo conocerlos a través de las efemérides de José A. del Río, publicadas en el folletín de *El comercio de Santander* y cuyo reparto se anunciaba para julio de 1875.

colaboracionismo carlista, hombre brusco y provocativo, hijo de un cabecilla de la facción. El diario *El globo* del 23 de febrero de 1876 insertaba una relación de los diferentes partidarios carlistas, con sus nombres, lugares de influencia y fuerzas que mandaron como jefes de la facción durante la guerra. Entre ellos figura uno llamado «Caballuco», cuya área de incursiones estaba en Balmaseda.

El novelista apunta que Orbajosa tenía antecedentes facciosos y que «conservaba en su seno algunas fibras enérgicas de aquéllas que en edad remota, según la entusiasta opinión de don Cayetano, le impulsaron a inauditas acciones épicas», referencia, a nuestro juicio, a las guerras cántabras que durante años constituyeron motivo de preocupación para los romanos.¹² El nombre de Orbajosa se dice era una corrupción de «Urbs augusta».

En 1875 el cambio de la forma de gobierno trae como consecuencia la destitución del alcalde y de diecisiete concejales, y el diario *El aviso*, de Santander, publicaba la relación de los Ayuntamientos adictos, lo que Galdós recoge también en la novela:

«Los Ayuntamientos todos cesarán hoy. Así lo ha mandado el ministro, porque temía, no sé con qué motivo, que no prestaban apoyo a la autoridad central».¹³

Los orbajosenses, según Galdós, presumían de unas cualidades muy típicas de los habitantes de la provincia de Santander, como eran la hidalguía, la nobleza, la generosidad, la hospitalidad y el valor, así como el orgullo por sus fueros de antaño, entre los que cita los «deplorables resabios de behetría que a veces daban no pocos quebraderos de cabeza al gobernador de la provincia». Las behetrías eran una institución merced a la cual los hombres libres elegían voluntariamente señor que les protegiese a cambio de ciertas prestaciones. En el mismo año en que aparece *Doña Perfecta*, don Ángel de los Ríos y Ríos, escritor santanderino amigo de Pereda, publicaba en Madrid su libro *Noticia histórica de las behetrías*,¹⁴ con una digresión sobre la posterior y también anticuada forma de los fueros vascongados, sistema por el que luchaban los carlistas. La defensa de estos privilegios de antaño formaba parte del programa de reivindicaciones del grupo afín a José María de Pereda. El mismo Menéndez Pelayo recoge en la crítica de *Bocetos al temple* estas aspiraciones de Pereda cuando escribe:

«No oculta el autor su justa antipatía al parlamentarismo, farsa tan cara como risible, ni el bien fundado menosprecio que le inspiran las movedizas y trasplantadas instituciones, sin raíz

12.- Remigio Salomón, en su *Guía de Santander* lo expresaba en estos términos: «Descendientes de aquellos terribles españoles que Roma quiso en vano sujetar a su yugo, de aquellos héroes que supieron resguardar el furor sarraceno a las órdenes de su Pelayo, los restos de la monarquía». Ver *Guía de Santander*, Santander, 1861, p. 11.

13.- *Doña Perfecta*, p. 195, y «Crónica local», *El aviso*, 9 enero 1875, p. 4.

14.- Ángel de los Ríos y Ríos, *Noticia histórica de las behetrías, primitivas libertades castellanas, con una digresión sobre su posterior y también anticuada forma de fueros vascongados*, Madrid, 1876.

en nuestra historia y costumbres, que han sustituido a las antiguas, venerandas tradiciones, dignas de conservarse en lo que de bueno y útil tenían».¹⁵

Sin embargo, pese a las ostentaciones de pureza de carácter de que hacían gala los orbajosenses, Pepe Rey advertiría la condición pleitista de las gentes de aquel pueblo, detalle muy significativo del carácter de los santanderinos, al que hace referencia Remigio Salomón en su *Guía de Santander*, donde escribe:

«Los montañeses, a pesar de que continuamente suelen verse, por desgracia, envueltos en pleitos, por la decidida afición que tienen a los estrépitos del foro, guardan cierto fondo de honradez».¹⁶

También Galdós, en otros escritos, volverá a insistir en esta peculiaridad del carácter de los montañeses. Así lo hace constar en la segunda parte de *Gloria*, donde, al referirse a las gentes de Ficóbriga, que formaban la procesión, cita a los astutos aldeanos, a los ejemplares humanos «de vanidad infanzona, de gárrula presunción, de socarrona travesura, de solapada codicia, de graciosa sencillez, de castellana hidalguía y de ruda generosidad».¹⁷ Cualidades que, casi con idénticas palabras, volverá a repetir al hablar sobre Pereda en el diario *La Prensa* de Buenos Aires, en donde insiste en el «furor pleitista»¹⁸ del aldeano montañés, representado en *Doña Perfecta* por el labriego «Licurgo», hombre de espíritu sutil y enrevesado.

No iban a ser éstos únicamente los defectos que señalaría Galdós en su novela para la ciudad residencia de *Doña Perfecta*. En estos años Santander comienza a mostrar los signos de su decadencia comercial, que se irá acentuando hasta finales de siglo. Esta penosa situación económico-social de la provincia había sido hecha pública en 1874 por Juan de la Revilla Oyuela en la *Revista de España*.¹⁹ Refiriéndose a Orbajosa, escribe el novelista canario:

«Por lo poco que he visto, me parece que no le vendrían mal a Orbajosa media docena de grandes capitales dispuestos a emplearse aquí, un par de cabezas inteligentes que dirigieran la renovación de este país, y algunos miles de manos activas».²⁰

En efecto, los santanderinos habían hecho siempre gala de su hidalguía sin mostrarse propensos al trabajo, por considerarlo antaño como propio de los de baja

15.- Marcelino Menéndez Pelayo: «Bibliografía. Bocetos al temple por D. José María de Pereda...», *El aviso*, Santander 22 agosto 1876, pp. 4-6.

16.- Págs. 11-12.

17.- *Gloria, segunda parte*, Madrid, 1920, p. 80.

18.- William H. Shoemaker, ob. cit., p. 302.

19.- «Crónica local», *El aviso*, 8 julio 1874, p. 5. Para Juan de la Revilla, véase *Revista de España*, 164, t. 41, Madrid nov.-dic. 1874, pp. 513-525.

20.- *Doña Perfecta*, p. 47.

condición. Juan de la Revilla, en el artículo citado, hacía culpable de esta falta de afición al trabajo, en aquellos momentos, a la ausencia de ambición de los agricultores y ganaderos montañeses. Por otro lado, aunque algunos de los capitales más importantes de entonces eran de origen montañés, salvo en restringidas empresas, habían preferido colaborar en la restauración social y económica de otras regiones españolas. Entre estos estaba el marqués de Manzanedo, al que Galdós compara con el dios Mercurio en la novela, quien en 1875 había hecho el ofrecimiento de su fortuna al ministro de Hacienda con objeto de salvar de la crisis la economía española y ocupaba el primer puesto en la contribución territorial de Madrid. Igual ocurría con el marqués de Comillas respecto a la explotación de sus empresas en Cataluña.²¹

En otro lugar aludirá a la cantidad de mendigos que abundaban en Orbajosa, triste prerrogativa entonces de muchas ciudades españolas, entre ellas Santander, tal como lo recoge una crónica de *El aviso* de 1875.²²

2.- Los personajes

Del mismo modo que ha ocurrido con la ambientación y el escenario de Orbajosa, algunos de sus personajes nos parecen retratos igualmente enmascarados de tipos humanos santanderinos tratados por Galdós, a los que utiliza criptográficamente, con su fina ironía, en las diferentes secuencias de la novela, personajes dotados posiblemente de un simbolismo o representación ideológica, al que se han referido ya los numerosos estudiosos de la obra galdosiana.

José del Rey, ingeniero y hombre abierto a los progresos de la ciencia, llega de Madrid a Orbajosa, ciudad podrida a la que compara el novelista con un sepulcro. José del Rey es «el hombre del siglo», como le llamará el penitenciario, y representa la nueva corriente liberal. Hasta su apellido nos indica la vinculación a la monarquía parlamentaria proclamada oficialmente a primeros de 1875 en la persona de don Alfonso XII, Rey de España. Por ella se inclinaría Pérez Galdós, en oposición a la tradicionalista del pretendiente, seguida por su amigo Pereda.

Pepe Rey, más que encarnar, como se ha dicho, el tipo humano de porte krausista, participa de las actitudes intelectuales de éstos. Por ello su llegada a Orbajosa es acogida con prevención. En la ciudad xenófoba se mira con recelo todo lo proveniente de Madrid, capital identificada entonces con el gobierno y con su política y administración centralizadoras. *Doña Perfecta* se lo dice a su sobrino con estas palabras:

21.- *El aviso*, 6 enero 1875, p. 2. Obsérvese el paralelismo entre los argumentos utilizados por Pepe Rey, en que derriba los falsos dioses del Olimpo ante los programas de la ciencia (ver *Doña Perfecta*, p. 57), con las ideas expuestas por el mismo Galdós en el artículo «El diablo y los neocatólicos», en donde este diablo lo componen la personificación agrupada de los diferentes dioses paganos.

22.- «Crónica local», *El aviso*, 9 febrero 1875, p. 2.

«No pienses disparates y convéncete de que tu enemigo, si existe, está en Madrid, en aquel centro de corrupción, de envidia y rivalidades, no en este pacífico y sosegado rincón, donde todo es buena voluntad y concordia...».²³

La misma idea con palabras semejantes había sido expresada por Pereda en 1870, en «La mujer del César», cuando se refiere a «la capital de España, centro de lujo, de la galantería y de los grandes vicios de toda la nación».²⁴ Pero Galdós duda de que este hombre, Pepe Rey, tenga futuro fácil, y por eso habrá de morir de manera violenta a manos de quienes representan la oposición ideológica. Galdós cierra así en un estado conflictivo, sin solución, la alternativa que ostenta el hombre de la nueva España. Tal vez, entonces, el final incomprensible de la primera versión de la novela, con el posible matrimonio entre el joven Jacinto, símbolo del neocatolicismo, con doña Perfecta, símbolo de la intolerancia, tengan una explicación que se escapó a la crítica de la época.

A su vez, doña Perfecta fue elegida, como otros personajes femeninos de Galdós, para encarnar la figura tan española, pero también universal, de la intransigencia. Es el retrato suyo de una gran perfección psicológica, mezcla de mojigatería e intolerancia, y con mayor fuerza que el protagonista masculino. Como se advierte en la novela, encontrará un aliado en el penitenciario, representación de una parte del clero que estaba colaborando, incluso con las armas en la mano, en aquella guerra civil.

Personajes como doña Perfecta, aliada de la facción, existieron en aquellos momentos, tal como recoge una información de *La voz montañesa*, del 22 de enero de 1874, donde se anunciaba la complicidad de espías y confidentes carlistas. Recogía el periódico la noticia de haber sido detenida

«...una mujer de 36 a 40 años, decentemente vestida, acompañada de un soldado y de un municipal, que salían de la iglesia de San Francisco. Tratamos de saber lo que era -sigue diciendo la nota- y un chico a quien preguntamos nos contestó: es una mandilona. Suponemos que fuera alguna fanática de las que sirven a todo trapo a los carlistas».²⁵

Del penitenciario, don Inocencio, nos dice Galdós que

«...era maestro de Latinidad y Retórica en el Instituto, cuya noble profesión dióle gran caudal de citas horacianas y de floridos tropos, que empleaba con gracia y oportunidad».²⁶

23.- *Doña Perfecta*, pp. 112 y 105.

24.- «La mujer del César», en *Bocetos al temple. Obras completas*, tomo I, p. 487. Véase igualmente «Suum cuique», en *Escenas montañesas*.

25.- *La voz montañesa*, Santander 22 de enero 1878, p. 1.

26.- *Doña Perfecta*, pp. 38-39.

El retrato profesional coincide con el del maestro navarro de Menéndez Pelayo, don Francisco María Ganuza, catedrático de Latín y de Retórica y Poética en el Instituto de Santander, y preceptor de Latinidad, quien tenía aprobados cinco años de Teología eclesiástica.²⁷ Ganuza fue profesor de Latín de Menéndez Pelayo en los cursos 1866-67 y 1867-68, y de Retórica y Poética en el de 1868-69. Excelente latinista, fue después, en clases particulares, quien aficionó a su aventajado alumno por los autores latinos, especialmente Horacio. Aunque Ganuza no fue penitenciario de la catedral, Menéndez Pelayo conoció con cierta intimidad al que ostentaba el cargo en 1874, como se desprende de una carta de su padre donde le dice:

«El Sr. Penitenciario me ha encargado te dé la enhorabuena de su parte; pero que al mismo tiempo te recomendase la lectura de los 4 primeros capítulos del Kempis, esto ha sido una broma de las que él suele tener».²⁸

Cuando Pérez Galdós adapta *Doña Perfecta* al teatro en 1896, le confirma a su amigo Tolosa Latour su deseo de hacer a don Inocencio seglar (profesor de latín), si bien le añade que no resultaba tan adecuado como siendo clérigo, por lo que al fin le presentó como canónigo y humanista.

Don Inocencio será, con doña Perfecta, el enemigo de Pepe Rey y el encargado de incitarle a mostrar con libertad su pensamiento y ponerle en oposición a su tía. Sin embargo, escrúpulos de conciencia le impedirán mostrarse partidario de aconsejar el levantamiento en armas, actitud de la que participa también doña Perfecta, aunque dirá más tarde:

«Bien sabemos que en circunstancias solemnes y graves, por ejemplo, cuando peligran la patria y la fe, están los sacerdotes en su terreno incitando a los hombres a la lucha, y aun figurando en ella».²⁹

La existencia de religiosos como colaboradores y aliados de las patrullas carlistas, algunas de las cuales mandaron, fue corriente en esta guerra. José Simón Cabarga recuerda, al respecto, el caso muy notorio en Santander del apresamiento de un canónigo magistral de Santiago de Compostela, llamado Lavín, quien se unió en Liérganes a la facción de Ramón Abascal, de Arredondo, ambos de Cantabria.³⁰

El tercer elemento colaborador del carlismo lo formaban los neocatólicos, partidarios de una supremacía en la sociedad de las tradiciones y las creencias católicas. El pensamiento ultramontano, en oposición entonces con el catolicismo liberal, está representado en la novela por el joven Jacintito, muchacho precoz recién salido de la Universidad y cuya personalidad nos parece inspirada en la de Marcelino

27.- Ver «Francisco María Ganuza», en B. Madariaga y Celia Valbuena, *El Instituto de Santander. Estudio y documentos*, Santander: Diputación Provincial, 1971, pp. 183-184.

28.- Carta de 11 de mayo 1874, *Epistolario*, I, 99.

29.- *Doña Perfecta*, pp. 215-216.

30.- Simón Cabarga, p. 323.

Menéndez Pelayo. Galdós alude a su edad de los veinte años no cumplidos todavía por el erudito santanderino, y a su aprovechamiento asombroso de los estudios universitarios.

Conviene advertir que en los medios familiares y de sus amigos íntimos el recién graduado era conocido por Marcelinito, y así le llama Pereda en alguna ocasión.

Pereda y Valera se percataron enseguida de los valores intelectuales de aquel joven, al que el primero llamaría «monstruo del ingenio» y el segundo «portentoso joven».³¹ Como ya hemos apuntado, la fama entonces de Menéndez Pelayo de neocatólico estaba generalizada incluso entre las personas más allegadas a él. En las cartas de su preceptor José Ramón de Luanco le aconseja en una de ellas que cultive, como buen neo, las relaciones con don Leopoldo Augusto de Cueto, el marqués de Pidal, Castro y Serrano, etc., y en otra le llama, en tono humorístico, «gran taumaturgo, carlista en mantillas y monárquico alfonsino vergonzante».³²

En *Gloria*, Pérez Galdós volvería a sacar la figura de otro neocatólico, Rafael del Horro, uno de aquellos «piadosos seglares que tiene la Iglesia, que la defienden, la amparan y son un valladar firme contra las amenazas de los impíos», retrato psicológico del «neo», y cuyas aspiraciones a casarse con Gloria son parejas a las de Jacinto respecto a Rosarito.

Aparte de la animadversión patente en el novelista hacia lo que pretendía ser un movimiento político social de la Iglesia, su criterio sobre los eruditos, y sobre todo cuando se trataba de jóvenes precoces, no era mucho más favorable. Su opinión sobre estos casos la refleja en *Doña Perfecta* con estas palabras aplicadas a Jacintito:

«En aquella tierna edad en que el grado universitario sirve de soldadura entre la puericia y la virilidad, pocos jóvenes, mayormente si han sido mimados por sus maestros, están libres de una pedantería fastidiosa que, si les da gran prestigio, junto al sillón de sus mamás, es muy risible entre hombres hechos y formales».³³

En otro lugar de la novela, el canónigo, al hablar de su sobrino, dirá que «las ideas de Jacinto son sólidas; su criterio sano; lo que sabe lo sabe a machamartillo».³⁴

Alfredo Rodríguez³⁵ supone que el personaje de don Cayetano, distinguido erudito y bibliófilo, poseedor de una importante biblioteca en Orbajosa, sería una alusión a *El tío Cayetano*, la revista reaccionaria en la que colaboró Pereda y su grupo de amigos antiliberales. En efecto, el nombre podría tener esta inspiración o también la de don Cayetano Rosell (1817-1883), bibliógrafo perteneciente al Cuerpo de

31.- Citado por López Bustamante en carta a Menéndez Pelayo del 17 enero 1877, y en carta de Laverde a Menéndez Pelayo del 4 de enero 1877. Ver *Epistolario*, II, 137 y 130, respectivamente.

32.- Cartas desde Barcelona, de 28 noviembre 1874 y 1 noviembre 1877, respectivamente, *Epistolario*, I, 156, y II, 253.

33.- Página 78.

34.- Página 64.

35.- Alfredo Rodríguez: «Génesis de un personaje de *Doña Perfecta*», en *Estudios sobre la novela de Galdós*, Madrid: José Porrúa Turanzas, 1978, pp. 13-26. Para las alusiones a don Marcelino en la obra de Galdós, véase José F. Montesinos, *Galdós*, Madrid: Castalia, 1980, III, pp. 291-329.

Archiveros que había ingresado en la Biblioteca Nacional y poseía buena amistad con Marcelino Menéndez Pelayo, quien por entonces aspiraba al profesorado o a realizar oposiciones con destino a la Biblioteca Nacional. De cualquier forma, tal como observa Alfredo Rodríguez, Cayetano Polentinos recogería en sus intervenciones en la novela el pensamiento de Menéndez Pelayo en su polémica sobre la ciencia española con don Gumersindo Azcárate.

Aunque la sugerencia sea una hipótesis más dentro de esta clase de estudios sobre la ambientación histórica de doña Perfecta, existiría, como ya apuntó Rodríguez, un problema muy ajustado en la coordinación de las fechas en que apareció la novela y comenzó la polémica. A nuestro juicio, la crítica irónica de Galdós hacia las investigaciones eruditas de don Cayetano sobre los linajes y la historia de Orbajosa, de sus glorias y virtudes, pudiera referirse a las que entonces realizaba Menéndez Pelayo, cuyos acopios de materiales sobre temas de su tierra natal comunica epistolarmente a su maestro Gumersindo Laverde.³⁶ Luego continuaría también en la citada polémica sobre la ciencia española descubriendo personajes, algunos poco conocidos hasta el momento. «Licurgo» comentará de don Cayetano que tenía una biblioteca más grande que la catedral (p. 72).

Otro personaje, tal era el caso de Enrique de Leguina, estaba publicando, igualmente, en la *Revista europea* sus «Recuerdos de Cantabria», donde incluía nombres de santanderinos ilustres.³⁷ En 1876 lo hará el marqués de Casa-Mena con «Solares montañeses», en la revista *La tertulia*, al escribir sobre «la hidalga y noble tierra montañesa».³⁸ En 1871 Amós de Escalante había publicado *Costas y montañas* y al año siguiente una nota bibliográfica sobre el libro *Excursiones y recuerdos*, de Adolfo de Aguirre; en 1876, Menéndez Pelayo iniciaba con Trueba y Cosío su proyectada colección de «Estudios críticos sobre escritores montañeses». Esa afición de los santanderinos a desentrañar la historia de su provincia iba a constituir el motivo del proyecto perjeñado por Menéndez Pelayo de la Sociedad de Bibliófilos Cántabros, sobre cuya idea comenzó en 1875 a consultar a diversos escritores paisanos suyos.³⁹

En *Doña Perfecta*, de existir ese modelo en el joven Menéndez Pelayo estaría, a nuestro juicio, desdoblado en el bibliógrafo don Cayetano y en el neocatólico Jacinto. Pérez Galdós llevará a la novela, dentro de los diálogos en los que interviene Pepe Rey, algunas de las cuestiones que estaban sirviendo en aquellos momentos de motivo de polémica. Así ocurre respecto al panteísmo o panenteísmo de los krausistas y las doctrinas de Schopenhauer y Hartmann, que luego critica Menéndez Pelayo en sus polémicas con Azcárate y Revilla.⁴⁰ Lo que sí conoció Galdós fue la

36.- Benito Madariaga de la Campa, «Un siglo de ciencia, Pensamiento y cultura en la historia regional (1836-1936)». *De la Montaña a Cantabria. La construcción de una Comunidad Autónoma*, Santander, Universidad de Cantabria, 1995, pp. 249-271.

37.- *Revista europea*, nº 68, t. 4, Madrid 13 junio 1875, pp. 593-596.

38.- *La tertulia*, Santander 1876, p. 156.

39.- Tomás Maza Solano: «La Sociedad de Bibliófilos Cántabros que intentó formar Menéndez Pelayo», en *Homenaje a D. Miguel Artigas*, vol. 2, Santander, 1932, pp. 147-188.

40.- Benito Madariaga de la Campa, «Menéndez Pelayo: evolución de su actitud ante el krausismo», en *Estudios sobre Menéndez Pelayo*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1994, pp. 163-195.

polémica de Campoamor sobre el panenteísmo y de aquello del yo y no yo a que hace referencia solapadamente el astuto penitenciario. Lo mismo ocurre respecto al darwinismo, que luego Pereda ridiculizará en su cuadro *de Tipos trashumantes* de manera muy parecida a como antes había hecho don Inocencio en la novela de Galdós. Tampoco Menéndez Pelayo, a lo que parece, participaba entonces de las teorías evolucionistas, como se desprende de una carta que le dirige José Muro, donde, al referirse a un escrito suyo, le dice:

«Entre las bellezas que encuentro, hallo magnífico lo de «no poderse explicar cómo ese descendiente de orangutanes fue sucesivamente perfeccionándose hasta llamarse Homero, etc.».⁴¹

Conviene advertir que el libro *El origen de las especies* de Darwin había aparecido en 1859 y no estaba entonces traducido al español, lo que no se realizaría hasta 1877. Sin embargo, el profesor krausista cántabro Augusto González de Linares había explicado ya estas teorías años antes, e, incluso, polemizó públicamente en Santiago de Compostela sobre el evolucionismo que en 1874 tímidamente empezaba a darse a conocer en España.⁴² El año antes de aparecer *Doña Perfecta* había tenido lugar la llamada segunda «Cuestión Universitaria», por la que fueron separados de sus cátedras un grupo de profesores krausistas por negarse a ajustar sus lecciones a los preceptos del Gobierno, a la designación de libros de texto y a la formulación de un programa de «las que, a juicio del Gobierno, son verdades conocidas de la ciencia».⁴³

Otro de los puntos motivo de acusación a que se ve sometido Pepe Rey es el de practicante del espiritismo, doctrina de la que se declara partidario también el sabio de *Tipos trashumantes* de Pereda.

Fuera o no intencionado, el hecho es que a los pocos meses de aparecer *Doña Perfecta*, de Galdós, Pereda publica, a su vez, el cuadro costumbrista titulado «Un sabio», el que hacía número IV de los «tipos» peredianos en el cuaderno número 5 de *La tertulia*, que se repartió en Santander en octubre de 1876.⁴⁴ Conviene señalar la similitud del título con el calificativo de «sabio eminente» que el canónigo don Inocencio aplica al protagonista de *Doña Perfecta*. El cuadro costumbrista de Pereda parece, pues, una réplica caricaturizada a las cuestiones planteadas al sabio galdosiano, de corte krausista, por el grupo integrista de Orbajosa. Aquí sacará Pereda también los problemas del lenguaje krausista, el espi-

41.- Carta de 1 mayo 1875, *Epistolario*, I, 200.

42.- Ver Julio Caro Baroja, «El miedo al mono o la causa directa de la cuestión universitaria en 1875», en *En el centenario de la Institución Libre de Enseñanza*, Madrid: Tecnos, 1977, pp. 23-41. Para un mayor conocimiento del tema puede consultarse el libro *El darwinismo en España*, ed. dirigida por Diego Núñez, Madrid: Castalia, 1977.

43.- Benito Madariaga, *Augusto González de Linares y el estudio del mar*, Santander: Institución Cultural de Cantabria, 1971, p. 38.

44.- «Crónica local», *El aviso*, n.º 120, 5 octubre 1876, p. 3. *Tipos trashumantes*, editado como libro, no se repartió hasta el verano de 1877.

ritismo, el Ateneo de Madrid, etc., que Galdós había tratado también en su novela.⁴⁵

Un nuevo motivo de conflicto en las relaciones del sobrino de doña Perfecta con el binomio ideológico que forman ésta y el penitenciario lo constituyen las manifestaciones externas del fenómeno religioso, criticadas, en esta ocasión, en la manera de entrar en la iglesia Pepe Rey y en la opinión que ostenta sobre la moda extravagante en la forma de vestir las imágenes. Curiosamente, este mismo motivo lo había ya tratado Galdós en su artículo «Profanación», y aparecerá después también en *Gloria* e, incluso, más tardíamente, en *El caballero encantado*.⁴⁶

En último término, interesa conocer la reacción producida por esta novela, que Francisco Pérez define como «la más genial parábola del integrismo religioso español», en el grupo de amigos santanderinos de Galdós.

Pereda, en una de sus cartas a su compañero canario (14-III-1877), le da consejos sobre lo que opina debe ser la trayectoria futura de su obra y le dice:

«Repito que podía Vd. aspirar a los triunfos de tirios y troyanos y lo apruebo además. Usted lo ha conseguido con sus *Episodios* y hasta con *Doña Perfecta*, no obstante haberse mostrado liberal en los unos y poco aficionado a los beatos en la otra».⁴⁷

Como vemos, Pereda no intuyó el trasfondo de la obra, que le parece tolerable en comparación con otros escritos suyos, concretamente *Gloria*, que será objeto de una crítica más severa.

A su vez, Menéndez Pelayo informará a Pereda desde Nápoles (carta del 28-III-1877) del efecto producido por la obra fuera de España; en efecto, Morel-Fatio había publicado una noticia sobre las últimas obras españolas donde aseguraba que «los estudios históricos no pueden medrar en la península, porque nos tiene oprimidos el catolicismo (sic), para prueba de lo cual cita *la Doña Perfecta* de Galdós».⁴⁸

El intercambio de opiniones verbales y escritas entre los dos amigos hará que sea idéntico el juicio que formulan sobre Galdós y su obra, expresado luego más extensamente a propósito de la publicación de *Gloria* en este mismo año.

¿Intuyeron ambos la crítica solapada de Galdós a aquel ambiente neocatólico y tradicionalista que conoce en Santander? Pereda y Galdós habían de contender y polemizar no sólo epistolarmente y durante sus encuentros santanderinos. Ambos escriben en estos años desde posiciones ideológicas antagónicas. Lo que sí podemos asegurar es que en tanto Pereda sermonea epistolarmente a don Benito,

45.- Alberto Delgado-Gal en un artículo titulado «Don Inocencio, Pereda y la necrofilia nacional», *El país*, 19 abril 1981, p. 7, se ha referido al paralelismo entre las ideas expuestas por don Inocencio en *Doña Perfecta* y las de José María Pereda en sus escritos.

46.- «Profanación» («Recuerdos de Madrid») en *Recuerdos y memorias*, Madrid: Tebas, 1975, p. 105. Para *Gloria* ver la pág. 61, segunda parte, ed. de 1920. Para *El caballero encantado*, ver: Julio Rodríguez Puértolas, *Galdós, burguesía y revolución*, Madrid: Turner, 1975, p. 128.

47.- Soledad Ortega, *Cartas a Galdós*, Madrid: Revista de Occidente, 1964, p. 53.

48.- *Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo*. Prólogo y notas de María Fernanda Pereda y Enrique Sánchez Reyes, Santander: CSIC, 1953, p. 27; *Epistolario*, II, 163.

Menéndez Pelayo, más combativo, se referirá en agosto de 1877, con motivo de escribir la crítica literaria de *Tipos trashumantes*, en *Revista cántabro-asturiana*, a que su autor no pretendió «hacer novelas teológicas», alusión directa a las dos novelas de tesis publicadas por Galdós.

En definitiva, lo que está claro es la existencia de dos frentes de opinión que sustentan en la novela Pereda y Galdós y que, a lo que parece, en esta primera época, la amistad de Galdós fue mayor con el novelista de Polanco que con Menéndez Pelayo. Éste, al escribir durante su estancia en Italia (26-II-1877) a su paisano, le hace partícipe de su opinión sobre «esa manía teológica de mal género», que a su juicio estaba perjudicando a Galdós, por lo que propone al autor de *Tipos trashumantes* el cultivo de novelas «con opuestas tendencias», para poner remedio a esos daños.

Una vez más, al escribir el erudito santanderino a Valera el 8 de septiembre de 1879, utilizará unos criterios de enjuiciamiento todavía más duros, preludio de las páginas que luego le dedicará en la *Historia de los heterodoxos españoles*, al suponer a esta clase de novelas «propósitos segundos y de propaganda, y más si son tan aviesos y malnacidos como los de Galdós, hombre de indisputable talento pero echado a perder por la clerofobia progresista de *bas étage*».⁴⁹

El tiempo y un mayor conocimiento de quien luego sería convecino suyo en Santander le harían rectificar noblemente, con motivo de la entrada en la Academia de su amigo canario, las opiniones injustas y duras vertidas sobre aquel escritor que estaba revolucionando la novela y el teatro de su tiempo.

49.- *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo. 1877-1905*. Introducción de Miguel Artigas y Pedro Sáinz Rodríguez, Madrid: Publicaciones de la Sociedad Menéndez Pelayo, Espasa-Calpe, 1946, p. 59; *Epistolario*, IV, 37.

BIOTIPOLOGÍA Y LENGUAJE GESTUAL

Es *Doña Perfecta*, dentro de la obra de Pérez Galdós, una novela en la que a partir de un conflicto ideológico se origina una desavenencia familiar que termina de forma violenta. Es, por tanto, una obra rica en acción, sugerente y de las llamadas de tesis, como fue ya definida en su época por Menéndez Pelayo.⁵⁰

En *Doña Perfecta* se presenta la situación de un grupo humano en relación de interdependencia, desiguales numéricamente en su enfrentamiento, con desventaja para el protagonista, grupo en el que teóricamente debiera existir un trato afable originado por los lazos familiares y el nivel cultural y social de los principales participantes. Sin embargo, no ocurre así debido al distanciamiento ideológico que conduce, como decimos, a una situación de conflicto. En *Doña Perfecta* se produce un drama o tragedia, en opinión de Rodolfo Cardona y Stephen Gilman,⁵¹ a partir de una provocación desdeñosa de los personajes dogmáticos contra el protagonista que representa al poder central y al gobierno liberal, en contraposición a la ideología que ostenta el grupo neocatólico simpatizante o partidario de los insurrectos carlistas. Lo que comienza siendo un juego dialéctico va creciendo en tensión con el ataque verbal originado por el lenguaje insidioso del Penitenciario y la sincera ingenuidad de Pepe Rey. Ello lleva al extremo de que doña Perfecta llame blasfemo a su sobrino, lo que unido a la sospecha de la huida de éste con su propia prima, provoca un desenlace trágico con la muerte del protagonista.

Téngase en cuenta que los mismos títulos de los capítulos señalan ya la existencia de una discordia o desavenencia en la obra, en la que el narrador se comporta como un observador fisonómico que analiza las expresiones de los diversos personajes y su estado emocional. Esta comunicación no verbal (posturas, gestos, expresiones faciales, etc.) nos indica y señala la existencia de fuertes emociones que provocan transformaciones orgánicas y estados de tensión. Pero, además, gran parte de la acción de esta novela se desarrolla en interiores, prácticamente en el mismo

50.- *Discursos leídos...* Ver el de contestación de M. Menéndez Pelayo, p. 71.

51.- R. Cardona, Introducción a *Doña Perfecta*, Madrid: Cátedra, 1982, 43. Para S. Gilman, *Galdós y el arte de la novela europea. 1867-1887*, Madrid: Taurus, 1985. Ver apéndice II, p. 372.

lugar, la casa y la huerta de doña Perfecta, lo que favorece, a causa de los frecuentes encuentros, en un ambiente cerrado y extrañamente familiar, una mayor conflictividad. Fernández Montesinos alude, con razón, a «una especie de electrificación de unos personajes por otros».⁵²

Los tipos humanos que aparecen en la obra están sometidos a un comportamiento dependiente, en parte, de su constitución y de su temperamento, que les hace reaccionar ante un estado de tensión psíquica. Pero aparte de la biotipología y de la fisognomía, a las que se refiere Pérez Galdós aquí, y presentes en otras obras suyas, existe también un lenguaje corporal detectable en la mirada, la utilización de las manos, el cambio de color del rostro, e, incluso, en actitudes nerviosas y descompuestas.⁵³

A mitad de la novela, el narrador refiere la causa oculta de aquel conflicto y su interés en averiguarlo, con estas palabras: «Nada más entretenido que buscar el origen de los sucesos interesantes que nos asombran o perturban, ni nada más grato que encontrarlo». Y añade: «Cuando vemos arrebatadas pasiones en lucha encubierta o manifiesta, y llevados del natural impulso inductivo que acompaña siempre a la observación humana, logramos descubrir la oculta fuente de donde aquel revuelto río ha traído sus aguas, sentimos un gozo muy parecido al de los geógrafos y buscadores de tierra».⁵⁴

Este es el motivo, precisamente, de que hayamos analizado las expresiones corporales, preferentemente del rostro, con que los diferentes personajes acompañan generalmente sus palabras.

El autor-narrador utiliza la descripción fisiognómica como la parte más esclarecedora del retrato de sus personajes, en los que señala su diferente tipología según Hipócrates y la doctrina de los humores de Galeno.

En su época, la Fisognomía, término que aparece varias veces en el libro,⁵⁵ era una ciencia que tenía plena vigencia entonces, ya que se creía que permitía conocer a las personas por el rostro. Con anterioridad el P. Benito J. Feijoo había tratado ya el tema de la Fisonomía y también estaba por entonces ampliamente difundida en nuestro país la doctrina de la Frenología del Dr. Franz Joseph Gall. Por su parte, el *Semanario pintoresco español* había publicado artículos referentes al tema,⁵⁶ que indudablemente debió de conocer Pérez Galdós. En medicina, Hipócrates fue el primero en estudiar el carácter y la fisonomía, así como la relación entre constitución

52.- Galdós, 2ª ed. Madrid: Castalia, 1980, p. 182.

53.- En este sentido, *Rosalía* es una de las novelas con un abundante lenguaje gestual y corporal.

54.- *Doña Perfecta*, edición de Rodolfo Cardona, Madrid: 1982, p. 254. Todas las referencias de la obra se hacen por esta edición.

55.- Por ejemplo, el narrador alude a «la marrullera fisonomía del tío Licurgo» (p. 95) y a los síntomas fisiognómicos de doña Perfecta (p. 172).

56.- Fray Benito J. Feijoo, «Fisonomía», en *Obras escogidas*, Barcelona: Biblioteca Clásica Española, 1884, pp. 159-187. «El Doctor Gal», *Semanario pintoresco español* n° 26 del 25/9/1836, pp. 211-212 y «Fisonomía. La nariz», *Semanario pintoresco español*, n° 20, 14/8/1836, pp. 163-165. El tema había sido tratado por Giovanni Battista della Porta, *De humana physiognomía*, Sorrento, 1586. Respecto a la *Frenología en la literatura*, ver el artículo de Marta G. Krow-Lucal, «Balzac, Galdós and Frenology», *Anales galdosianos*, XVIII (1983) pp. 7-14.

y temperamento, lo que Galeno desarrolló, más tarde, con su teoría de los humores.⁵⁷

En literatura Honorato de Balzac, al que tomó en un principio de modelo Galdós, emplea también en sus obras el término fisonomía.⁵⁸ Véase al respecto, *Eugenia Grandet* (1833) donde se sirve, igual que nuestro novelista, de la comparación con personajes mitológicos. Balzac realiza en esta novela, por ejemplo, una completísima descripción física de Grandet donde nos proporciona datos de su altura, forma del cuerpo, rodillas y pantorrillas, de los hombros y de la cara, especificando la barbilla, los labios, dientes, ojos y nariz. Luego nos informa de la frente e, incluso, del tono de su voz. A continuación, nos cuenta el carácter, costumbres y maneras de ser del viejo Grandet, para terminar refiriéndose a su forma de vestir. Se puede asegurar que es una de las descripciones de personajes más completa de la literatura realista del siglo XIX.⁵⁹

Pérez Galdós, siguiendo esta misma norma de descripción de los personajes, cuando trata a don Pío Coronado, en la novela *El abuelo* (1897), nos informa de su estatura, del busto y cuello, de las piernas y de la expresión de su rostro, del que destaca el bigote y los ojos. Por último nos dice cómo viste. También da cuenta de su carácter y defectos. En el caso de Benina, en *Misericordia* (1897), describe el color del rostro, la dentadura, el tono de su voz, los ojos, la nariz, frente, dedos y manos, la expresión de su rostro y, finalmente, la vestimenta.

Igual que hace también Balzac, el novelista canario utiliza, con frecuencia, la comparación humano-mitológica en sus personajes. Así, en la novela, el marqués de Manzanedo es Mercurio, Marte el conde de Moltke, Orfeo es Verdi (pp. 105-106) y doña Nicanora, en *El doctor Centeno*, aparece irónicamente como una Venus de Médicis. De Augusta Cisneros dice que tenía «la boca chiquita de las Venus griegas».⁶⁰

Otras veces, se sirve para sus comparaciones de personajes históricos y de representaciones artísticas o clásicas.⁶¹ Por ejemplo, de Carlos María Cisneros escribe que su perfil se parecía al del Cardenal Cisneros y de Francisco Bringas que «era la imagen exacta de Thiers». En *El amigo Manso*, doña Cándida de perfil asegura que tenía algo de figura romana, semejante a un busto de Marco Aurelio. A la señora Cruz, de *Torquemada*, la compara en su grandeza con el Moisés y Pablo Penáguilas es un Antinoo, en *Marianela*.

Concretándonos al caso de *Doña Perfecta*, Galdós utiliza el término complexión como sinónimo de constitución y, en otras ocasiones, se refiere a la fisonomía de

57.- *Oeuvres completes d'Hippocrate*, t. V, París, Bailliere, 1846. Ver *Physionomie*, pp. 129-133 y *Physiognomonique*, pp. 133-139.

58.- «Fisionomías burguesas» (p. 11), «su fisionomía morena» (p. 44), «esta fisionomía tranquila» (p. 79), *Eugenia Grandet*, Barcelona: Ed. Orbis y Origen, 1982.

59.- *Ibid.* pp. 21-23.

60.- Para el índice de personajes mitológicos en *Fortunata y Jacinta* puede verse de Pedro Ortiz Armengol, *Apuntaciones sobre Fortunata y Jacinta*, Madrid: Ed. Univers. Complutense, 1987, p. 553.

61.- Véase, sobre este particular, «Referencias clásicas en *Doña Perfecta* de Stephen Gilman», o.c., pp. 363-377. Es muy posible que Galdós se sirviera para la descripción de sus personajes de los retratos de los personajes históricos que ilustraban algunas publicaciones. De hecho necesitaba tener presentes modelos reales y solía realizar un dibujo del personaje.

los personajes. En *La Fontana de Oro* al hablar de D. Antonio Alcalá Galiano, dice que «en el conjunto de la fisonomía había una clara expresión de noble atrevimiento». El retrato de D. Juan Crisóstomo en *Rosalía* tiene unas resonancias quijotescas al afirmar que era de carnes enjutas, cuerpo largo, de recia complexión, etc. De «Caballuco» dirá también Galdós que era de «complexión recia».

En 1872, cuando escribe "Un tribunal literario", se refiere a la frenología al describir al duque de Cantarranas del que apunta que sus narices «llamaron siempre la atención de los frenólogos por su especial configuración». Lo mismo ocurre en *Gloria*, donde emplea con frecuencia el término fisonomía. Así, de don Juan de Lantigua anota que era de «fisonomía harto inteligente». A *Gloria* la describe con una fisonomía «parlante y expresiva» y de Rafael del Horro asegura que tenía también una «fisonomía inteligente».⁶²

Es, posiblemente, en *Doña Perfecta* donde Galdós estudia de una forma clara los tipos constitucionales clásicos según la teoría humoral. Fernández Montesinos intuyó esta observación, si bien sólo alude a la abundancia de retratos y dice que en la obra «sólo vemos tipos».⁶³ Más bien lo que hace Galdós es trazar estereotipos al encarnar en una textura humana determinadas ideas, o arquetipos, según opina Gilman.⁶⁴ En este caso, serían tipos de una construcción modélica. «A la mención de cada personaje -escribe Montesinos- sigue indefectiblemente su pormenorizado retrato».⁶⁵ Pero además de los retratos, el novelista canario introduce en *Doña Perfecta* la comparación o semejanza de personas y animales, teoría establecida ya por Juan Bautista della Porta (1538-1615). Así, doña Perfecta es identificada con la raza felina (p. 287), a Remedios la compara con un basilisco (p. 287), «Caballuco» en el sueño es un dragón (p. 241) y le ve también como un centauro y al Penitenciario, en dicho sueño, su nariz le crece desfigurada hasta asemejarse «al pico de un ave inverosímil» (p. 241).

62.- *Gloria (Primera Parte)*, Madrid: Hernando, 1920, pp. 12, 14 y 53.

63.- *Galdós*, I, p. 185.

64.- O. c., p. 277. Francisco Pérez Gutiérrez dice también que «toda Orbajosa adquiere dimensión de arquetipo» (*El problema religioso en la generación de 1868*, p. 221).

65.- O. c., p. 191.

TIPOLOGÍA DE LOS PERSONAJES

1.-Pepe Rey

En el capítulo III, el autor presenta al protagonista masculino y los motivos que le llevaron a Orbajosa. Con este pretexto refiere su ascendencia al informarnos de que era hijo de un burgués que ejercía la abogacía en Sevilla, ciudad en la que cursó sus primeros estudios en un colegio. Después se hizo ingeniero y realizó diversos viajes por el extranjero. Pero lo que nos interesa, en este caso, es la descripción o retrato que hace de él en términos con resonancias cervantinas: «Frisaba la edad de este excelente joven en los treinta y cuatro. Era de complexión fuerte y un tanto hercúlea, con rara perfección formado, y tan arrogante que si llevara uniforme militar ofrecería el más guerrero aspecto y talle que puede imaginarse. Rubios el cabello y la barba, no tenía en su rostro la flemática imperturbabilidad de los sajones, sino por el contrario, una viveza tal que sus ojos parecían negros sin serlo. Su persona bien podía pasar por un hermoso y acabado símbolo, y si fuera estatua, el escultor habría grabado en el pedestal estas palabras: Inteligencia, fuerza» (pp. 89-90).

Su complexión fuerte y hercúlea, unido a su inteligencia le incluirían actualmente en el tipo atlético. Galdós nos describe a Pepe Rey como un arquetipo («un hermoso y acabado símbolo», en palabras del narrador, p. 90), al representar la belleza griega al estilo del Apolo de Belvedere o el Apolo de Fidias. El novelista quiso poner su ideología liberal al tipo más perfecto, mezcla de inteligencia y de belleza física, en el que encarna la perfección humana. Desde el punto de vista racial, puso especial interés en identificarlo por el color del pelo con la raza anglosajona, aunque sus ojos fueran de tipo meridional.

Respecto a su carácter, se dice en la novela que era hombre atractivo y simpático, «sobrio de palabras en las disputas», si bien «de hablar ingenioso», a juicio de su prima Rosario, aunque su mayor defecto era «emplear, a veces, no siempre con comedimiento, las armas de la burla» (p. 90). Pepe Rey es hombre que no disimula, dotado de un «profundo sentido moral» (p. 90), retador y enérgico.

El Penitenciario le califica de «hombre del siglo» y su tía le acusa de ideas «antirreligiosas» y más tarde de ateo (p. 209) y blasfemo (p. 207).

2.-Doña Perfecta

Todavía más acabada es la descripción física, el carácter y la personalidad de la protagonista femenina de esta novela. Algunos críticos de la obra literaria de Pérez Galdós, entre ellos Francisco Giner de los Ríos, destacaron la maestría y fuerza con que el escritor trataba a sus personajes femeninos. Doña Perfecta, en este sentido, obscurece a Pepe Rey, que resulta demasiado normal.

Es casi al final de la novela cuando Galdós nos describe y descubre al personaje, del que primero nos ha contado brevemente su vida. Dice que era, a la sazón, viuda después de haberse casado con un rico propietario de Orbajosa, Manuel María José de Polentinos, tipo derrochador y mujeriego, que la deja en la ruina y con deudas. Es entonces cuando acude a su hermano, quien la ayuda a descargar «la casa del enorme fardo de sus deudas» (p. 80).

Al describirla nos dice que era todavía hermosa y nos traza así los rasgos de su fisonomía: «Negros y rasgados los ojos, fina y delicada la nariz, ancha y despejada la frente, todo observador la consideraba como acabado tipo de la humana figura» (pp. 281-282). Sin embargo, advierte la dureza de sus facciones y la soberbia de su carácter como los dos elementos que le hacían ser «causa de antipatía».

Galdós nos indica claramente su tipo constitucional cuando escribe que «la desmejoraba la intensa amarillez de su rostro, indicando una fuerte constitución biliosa» (p. 281). Es decir, doña Perfecta corresponde al tipo bilioso de Hipócrates y gracias a ello podemos reconstruir el resto de su descripción morfológica. A este tipo correspondería una persona delgada, con abundante cabello, de rasgos faciales duros y marcados y mirada expresiva. Los biliosos son coléricos, enérgicos y autoritarios. El narrador corrobora este temperamento al decir que era maestra en dominar y en hablar un lenguaje oportunista y adecuado a cada caso (p. 282). Insistirá, sobre todo, en dos aspectos: en su «hechura biliosa» y su exaltación religiosa. En efecto, los tipos biliosos suelen ser dogmáticos e incluso violentos.⁶⁶ Don Cayetano Polentinos cuenta al final de la obra cómo se fue volviendo doña Perfecta cada vez más amarilla, tal vez por «un principio de ictericia» (p. 294), lo que concuerda con la literatura clásica de la constitución, según la cual el bilioso o colérico tenía su punto débil en el hígado.⁶⁷

En su caso, son los ojos, los cambios de color de su rostro y el temblor de los labios y de la voz los que denotan los estados emocionales intensos de su persona. Si nos fijamos, por ejemplo, en la mirada vemos con cuánta frecuencia doña Perfecta palidece en la novela (p. 250) cuando no está su rostro amarillo o se pone rojo como la grana (p. 203). En ocasiones se aludirá a su rostro marmóreo (p. 200), es decir, a un semblante sin expresión y frío como el de una estatua o se dirá que estaba pálida y ceñuda (p. 245). En este caso, a la palidez característica de un cambio de color por un estado emocional se unirá el fruncimiento de la frente y cejas en señal de enojo.

66.- C. Rodríguez-Marín Reimat, *Los tipos humanos. Caracteriología y temperamento*, Madrid, Quorum, 1986, p. 28.

67.- Leo Talamonti, *Guía del carácter*, Barcelona: Martínez Roca, 1969, p. 275.

La palidez, dice Morris,⁶⁸ es parte del sistema de acción preparatorio de un enfrentamiento. En cambio, cuando existe irritación enrojece indicando que ha rebasado la primera fase. En doña Perfecta ocurre al revés ya que «se puso primero encendida, pálida después» (p. 175). En este caso, pues, termina con una palidez peligrosa, como signo de huida o ataque. Es, entonces, un retorno al primer estado indicador de que no había terminado el momento emotivo causante de la palidez y del enrojecimiento facial.

Tan expresivo como el rostro y sus cambios en el sistema sanguíneo, es la mirada que, en el caso de doña Perfecta, denota su fuerte personalidad, que el narrador advierte cuando al referirse a los ojos de la protagonista, por los que dice «asomaba la febril impaciencia de su alma» (p. 172), comprueba que tienen en aquella ocasión de conflicto una «luz singular» (p. 172).

El caso no es sólo en ella y abundan en la novela miradas escrutadoras, de modestia y dulzura, de reto o de superioridad.

Después del rostro es, posiblemente, la mano la que denota la expresión junto con la voz. En la novela que comentamos doña Perfecta pone la mano en el hombro como signo de confianza (p. 149) o se cubre el rostro con las manos, corte con el que bloquea la tensión que la hace sollozar (p. 203). Resulta más expresiva cuando le da una fuerte palmada en el hombro al centauro como signo de confianza y de dominio o cuando cruza las manos clavándose los dedos de la una en la otra hasta hacerse sangre en un ademán de agresión autodirigida (p. 239), que en otras ocasiones se contiene al arrojarle en el sillón y apretar los dedos contra la madera de los brazos del mueble (p. 250). El narrador nos indica el significado barrera de este otro gesto de actitud defensiva cuando la protagonista le dice al Penitenciario: «Yo me defenderé como pueda -dijo con resignación y cruzando las manos doña Perfecta» (p. 224).

El temperamento colérico del bilioso se acusa también en el temblor de sus labios (p. 203) o el morder del pañuelo (p. 210) y en el tono de su voz cuando al ordenar la muerte de su sobrino, «su voz vibraba con acento terrible» (p. 287).

En este lenguaje del cuerpo aparece en doña Perfecta también el pie que, en momentos de contrariedad y enfado, golpea el suelo con fuerza y le hace, incluso, dar pasos semejantes a saltos (p. 286).

3.-Don Inocencio Tinieblas

El Penitenciario constituye el tercer personaje principal de la novela del que el narrador traza su retrato físico y temperamental. De esta manera nos dice que era sacerdote, hijo de un sacristán de la localidad, quien desempeñaba a la sazón su cargo de Penitenciario en la catedral y ejercía como profesor de latín en el Instituto.

68.- Desmond Morris, *El hombre desnudo. Un estudio objetivo del comportamiento humano*, Barcelona: Círculo de Lectores, 1984, p. 168.

Destaca como rasgo del carácter su talante de «hombre muy experto en el disimulo» (p. 172), sagaz y diestro en el manejo del lenguaje irónico. Antes de conocer a Pepe Rey ya estaba predispuesto contra él y al percatarse de su llegada, su único juicio es despectivo: «Vamos, ya está ahí ese prodigio» (p. 91). Su capacidad para el disimulo le hace mantener, bajo su expresión de modestia y dulzura, un carácter mordaz. No es abundante ni completa, por el contrario, la descripción física y únicamente nos dice que pasaba de sexagenario, que utilizaba anteojos, tenía el labio inferior saliente y húmedo y las cejas fruncidas y blanquinegras:

Sus actitudes corporales parecen las propias del tipo flemático. Los únicos indicios están en el labio inferior y en el hecho de que el narrador nos dice que se expresaba flemáticamente (p. 258).⁶⁹

Su semblante serio e inmutable, en el que esboza en ocasiones una sonrisilla, hace que doña Perfecta le compare con el de una máscara. Su costumbre de sostener el manteo con ambas manos sobre el abdomen o de cruzarlas sobre el pecho, las dos típicamente clericales, se van a dar también en el Magistral de *La Regenta*, quien cruzaba también las manos sobre el vientre.⁷⁰ Los flemáticos, según Heymans,⁷¹ mantienen una conducta religiosa basada preferentemente en la moral, lo que unido a su sentido del humor favorece, en este caso, su identificación biotipológica.

A raíz de la muerte de Pepe Rey, don Inocencio se convierte en un personaje acongojado, melancólico y taciturno que se aísla. Curiosamente el semblante de máscara, tal como le ve doña Perfecta, es típico de la melancolía o la depresión.

La insidia de este personaje se advierte a través de sus ojos, de los que dice el narrador que tenían expresión de modestia y dulzura (p. 130) y que acostumbraba a mirar por encima de los espejuelos.

En el momento de la fuerte discusión con su sobrina, don Inocencio cruza las manos (p. 264) y después rendido se deja caer en un sillón inclinando la cabeza sobre el pecho. Adviértase, al principio, el signo barrera, que al continuar la agresión verbal de la sobrina le hace temblar y sudar (p. 265) para resignarse y pedir el favor divino en tan comprometida situación. Es únicamente ante el grave conflicto familiar cuando este personaje se descompone en la intimidad y no guarda su habitual compostura inalterable en casos de cólera en que al hablar se delataba, ya «que se le trababan las palabras en la boca» (p. 216).

69.- El tipo linfático se caracteriza, según S. Bandet, M. Ch. Pean y F. Gauquelin, por tener la boca «con el labio superior inflamado y el inferior blando y ligeramente caído». La expresión beatífica, común en ellos, coincide con la habitual benevolencia y trato afable, fino y comedido que el narrador atribuye al Penitenciario. (*Conocer a los demás por el cuerpo. Lo que revela: la personalidad y el carácter*, Madrid, Mensajero, 1979, p. 15).

70.- Don Juan de la Puerta, sacerdote católico que aparece en *Rosalía* nos recuerda también en sus actitudes a don Inocencio: «cruza las manos y entornó los ojos un breve momento» (p. 60). Don Inocencio tiene, como hemos visto, el hábito de cruzar las manos sobre el pecho y bajar la vista al inclinar la cabeza. Otro sacerdote, don Remigio Díaz de la Robla (*Halma*), bajaba la cabeza para mirar por encima de los lentes, costumbre habitual, como se ha dicho, en don Inocencio, ob. c., p. 49.

71.- Citado por Carmen Rodríguez-Marín Reimat, ob. c., p. 49.

Cuando Pérez Galdós adapta *Doña Perfecta* al teatro en 1896, le confirma a su amigo Tolosa Latour su deseo de hacer a don Inocencio seglar (profesor de latín), si bien le añade que no resultaba tan bien como siendo clérigo, por lo que al fin le presentó como canónigo y humanista.⁷²

Don Inocencio es uno de los personajes más logrados de la novela, junto al tipo femenino de doña Perfecta, de la que era amigo y confesor.

En realidad, la confrontación del Penitenciario con Pepe Rey, hombres ambos de carácter diametralmente opuesto, dará origen al conflicto en el grupo amistoso-familiar. Don Inocencio sabe disimular y aparentemente no se altera, a la vez que conserva su flema y el semblante serio e inmutable. Apenas hay alteraciones en su rostro, excepto la sonrisa, unas veces irónica y otras benevolente y sólo ríe con expresión de triunfo cuando cree coger a Pepe Rey en un supuesto fallo. El Penitenciario, como él mismo dice, tiene el fuego dentro, pero no se muestra al exterior, como en el caso de su contrincante dialéctico, que no sabe disimular. Pepe Rey, por el contrario, tiene la risa franca, se pone pálido con facilidad (pp. 140-170), frunce el ceño (pp. 132-133) y sus ojos lanzan una mirada de reto e, incluso, ante lo que considera una arbitrariedad da un puñetazo en la mesa (p. 177), forma de agresión desviada que no se produce nunca en el Penitenciario, lo mismo que el levantar el brazo señalando al cielo (p. 207), gestos dramáticos ajenos al carácter del anciano sacerdote, quien se limita, como Pilatos, a lavarse las manos.

El contacto como medio de comunicación no verbal aparece, igualmente, en este personaje con un significado de aparente benevolencia, cuando después de una de las discusiones con Pepe Rey se mostró tan lisonjero con él que se dignó «agraciarle al salir con una palmadita en el hombro» (p. 112).

4.-Jacinto

Quizás sea este uno de los retratos más conseguidos de la novela y también más fáciles de catalogar desde el punto de vista de su biotipo constitucional.

Hijo de María Remedios Tinieblas, sobrina del Penitenciario, debió de heredar con mayor intensidad las características de su tío, ya que el narrador realiza esta cabal descripción del precoz personaje, joven de veinte años: «Tenía Jacinto semblante agraciado y carilleno, con mejillas de rosa como una muchacha, y era rechoncho de cuerpo, de estatura pequeña, tirando un poco a pequeñísima, y sin más pelo de barba que el suave bozo que lo anunciaba» (p. 120).

Abogado de profesión, con un expediente brillante, su gran amor al estudio y su «moral severa» le hacían prometer un seguro triunfo en la carrera de la abogacía en la que se había doctorado. Sin embargo, el narrador alude a su «vanidad pueril» y «pedantería fastidiosa» (p. 122) como únicos defectos de aquel joven modelo. Según la clasificación de Hipócrates le podemos incluir en el tipo linfático o flemático.

72.- Ruth Schmidt, *Cartas entre dos amigos del teatro: Manuel Tolosa Latour y Benito Pérez Galdós*, Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular de Gran Canaria, 1969, pp. 96 y 99.

co, individuo, en este caso, con pubertad retrasada e insuficiente desarrollo endocrino sexual, en los que se da con frecuencia la dedicación política o religiosa y cuyo futuro se atreve a vaticinar el narrador como el de «un distinguido patricio, o un eminente hombre público» (p. 121).

El deseo de su madre de casarle con Rosario Polentinos, la hija de doña Perfecta, será uno de los motivos de la solapada trama de su madre y de su tío contra Pepe Rey.

5.-Rosario Polentinos y Rey

Bien distinto al de su madre es el temperamento de la hija de doña Perfecta, en la que retrató Pérez Galdós el tipo melancólico, carente de energía y vitalidad. De Rosario nos dice, en la presentación de la novela, que era «una muchacha de apariencia delicada y débil, que anunciaba inclinaciones a lo que los portugueses llaman saudades», es decir, a la nostalgia. Y continúa describiéndola en su físico y en el carácter, cuando dice que tenía un «rostro fino y puro», con expresión «de dulzura y modestia», mujer dotada, por otro lado, de una transparencia espiritual parecida a la de su rostro.⁷³ Galdós la retrata como una persona frágil, vergonzosa, pusilánime e insegura que llora, tiembla, sufre pesadillas y se desmaya con frecuencia. El narrador la ve triste y melancólica (p. 136), debido, según confiesa su madre, a que le daban accesos de melancolía que, a lo que parece, tenían un origen familiar, ya que su tío alude en un momento de la novela al «delicado sistema nervioso de Rosarito» (p. 177). Ella misma se refiere a las «manías congénitas» de la familia (p. 185).

A raíz de la muerte de su primo termina en un manicomio, «perdida la cabeza» con síntomas de incoherencia psíquica y delirio que se presentan como un caso de locura.

Las expresiones no verbales de este personaje están en consonancia con su temperamento y personalidad. Se caracterizan por situaciones que denotan ansiedad («se retorció los brazos», p. 285; «con los ojos fijos en la puerta», p. 135), vergüenza o pudor («Rosario se puso muy encendida», p. 124), etc. Pero las más frecuentes se refieren a la mirada que es amistosa cuando se dirige a su primo (p. 132), de ansiedad, como hemos referido, o de depresión cuando cierra los ojos y apoya la frente en la palma de la mano (p. 118). También son frecuentes en ella los contactos amorosos de las manos con las de su primo (p. 181), estrechada y llevada en sus brazos (p. 183) o besada por él (p. 182); manos frías y húmedas, propias de este personaje inseguro que busca amor y protección en su novio, en cuyo pecho apoya la frente (p. 185).

73.- El P. Feijoo alude a la teoría fisionómica que supone a los muy blancos ser débiles y tímidos. En la novela el narrador dice que el rostro de Rosario era transparente y comparable al nácar o al marfil. Resultaría interesante estudiar las coincidencias fisionómicas entre Rosario Polentinos, Rosalía y Lucrecia Richmond de *El abuelo*.

Este sensible personaje femenino, que tiembla y se desmaya, dice en un momento estar acobardada y fascinada. Su inseguridad la hace oscilar entre los dos amores sentidos, a su madre y a su primo, buscando solución al conflicto de la oposición entre ellos en la fe religiosa.

6.- Cristóbal Ramos, alias «Caballuco»

En el catálogo de personajes masculinos que aparecen en la obra, «Caballuco» es descrito por Galdós como cabecilla de la facción y «una de las figuras más caracterizadas de la rebeldía histórica de Orbajosa» (p. 218). Al describirle nos indica claramente el narrador su temperamento derivado de su complejión sanguínea, cuando dice: «Volvióse nuestro viajero y vio un hombre, mejor dicho, un centauro, pues no podía concebirse más perfecta armonía entre caballo y jinete, el cual era de complejión recia y sanguínea, ojos grandes, ardientes, cabeza ruda, negros bigotés, mediana edad, y el aspecto en general brusco y provocativo, con indicios de fuerza en toda su persona» (p. 79). En consonancia con el tipo sanguíneo, Cristóbal Ramos es apasionado, enérgico, decidido y violento. Galdós le compara con un centauro, mitad hombre y mitad animal, excelente jinete dotado de una gran fuerza física.

La primera impresión que saca de él Pepe Rey cuando le conoce, es que «vio a un hombre, mejor dicho un centauro». El tío Licurgo lo confirma cuando le define como «un hombre muy bravo, gran jinete, y el primer caballista de todas estas tierras a la redonda» (p. 80) y el canónigo le llama «rudo caballista». Por otra parte, es un hombre de un semblante hermoso («hermosamente salvaje», p. 173), con un cuerpo hercúleo, capaz de romper una mesa con un golpe de su puño. Galdós alude a su brutalidad (p. 236) y, aunque no lo diga claramente, insinúa que era jefe de una partida carlista, como él mismo se lo confirma a doña Perfecta cuando le dice: «pero tengo mucha gente honrada, sí, señora, y buena, sí, señora, y valiente, sí, señora, que está desperdigada por los caseríos y las aldeas, por arrabales y montes, cada uno en su casa, ¿eh? Y cuando yo les diga la mitad de media palabra, ¿eh?, ya están todos descolgando las escopetas, ¿eh? y echando a correr a caballo o a pie para ir a dónde yo les mande...» (p. 227).

En el lenguaje corporal «Caballuco» aparece con actitudes de fuerza, pálido, serio y cejijunto y cuya mano representa la violencia. Sus ojos verdes tienen un extraño resplandor felino y Rosario, en su sueño, le ve como un dragón, con el simbolismo del poder destructor, monstruo contra el que lucha el caballero.

Este personaje, al menos en nombre, tuvo una correspondencia real en el cabecilla «Caballuco», cuyo nombre adoptó Galdós en el libro.⁷⁴ «Caballuco» nos recuerda un tanto al Antón Caballero de *La Fontana de Oro*, «de formas colosales y bastas», gallardo, audaz y violento.

74.- *El globo*, 23/2/1876.

7.- María de los Remedios Tinieblas, alias «Suspiritos»

El papel de María de los Remedios, pese a ser secundario en la novela es, posiblemente, uno de las más decisivos en el desenlace de la obra que estudiamos ahora. Sobrina del Penitenciario y madre de Jacintito era, según nos informa el narrador, una mujer viuda, todavía lozana, servicial y piadosa, gobernante de la casa de su tío. En el aspecto religioso practicaba caridad, si bien resultaba piadosa con mojigatería.

La costumbre de llorar y suspirar constituía en ella un hábito frecuente, de donde provino el apodo que le dieron las niñas de Troya. Las alternancias de su carácter la convertían, muy de tarde en tarde, en una persona irascible y agresiva.

Lavandera en otra época en casa de doña Perfecta, su máxima aspiración era casar a su hijo con la hija de su antigua señora. El narrador nos cuenta que, en este sentido, tenía un comportamiento moralmente esquizoide, ya que para conseguirlo era buena y mala, religiosa y humilde o terrible y osada (p. 257). Ella sugiere la agresión que lleva a la muerte al contrincante de su hijo y para ello somete a un estado de presión a don Inocencio, con el que tiene un duro enfrentamiento familiar, que logra descomponer el carácter habitualmente afable y comedido de su tío, al que hace, incluso, temblar y sudar y provocará, a la larga, un conflicto en cadena que termina con la muerte de Pepe Rey.

María Remedios es, según la descripción de Galdos, una persona ambiciosa, socialmente resentida y capaz de cualquier determinación cuando se trata, como en este caso, de conseguir su propósito.

8.-Don Cayetano Polentinos

Don Cayetano Polentinos, cuñado de doña Perfecta, representa en la novela al sabio estudioso y bibliómano. Físicamente era alto, flaco y de mediana edad y, como Anselmo, el protagonista de *La sombra*, «comía poco, bebía menos» (p. 102). Buen rebuscador en las bibliotecas y hombre culto, se sugiere también una pedantería en el modo de expresarse «con una corrección alambicada» (p. 101). El narrador subraya su manía libresca que le había llevado a formar una de las principales bibliotecas de España y a practicar sus aficiones de arqueólogo. Don Cayetano es también un cronista de Orbajosa, dedicado a la investigación de los personajes, ilustre y enamorado «de esta noble tierra», como él dice, en la que puede apreciarse «el carácter nacional en toda su pureza» (p. 179).

Galdós utiliza con este personaje su fina ironía, posiblemente inspirado en Santander, donde tanto abundaban los estudiosos de noblezas e hidalguías.

9.- Pedro Lucas, alias «Licurgo»

Cuando el narrador nos presenta este personaje, vemos cómo en la descripción física destaca el color de la piel y del rostro que nos indica su procedencia campesina y luego se fija en su estatura que compara con un chopo, si bien apunta su aspecto desgarbado y los ojos de los que dice eran sagaces en un rostro astuto. «Volvióse y vio una obscura masa de paño pardo sobre sí misma revuelta, y por cuyo principal pliegue asomaba el avellanado rostro astuto de un labriego castellano. Fijose en su desgarbada estatura, que recordaba el chopo entre los vegetales; vio los sagaces ojos que bajo el ala del ancho sombrero de terciopelo raído resplandecían; vio la mano morena y acerada que empuñaba una vara, y el ancho pie que, al moverse, hacía sonajear el hierro de la espuela» (p. 70).

Pablo Lucas representa en la novela al aldeano astuto y pleitista, tan común en tierras de Cantabria, y al que se había referido ya Galdós en otros escritos suyos.

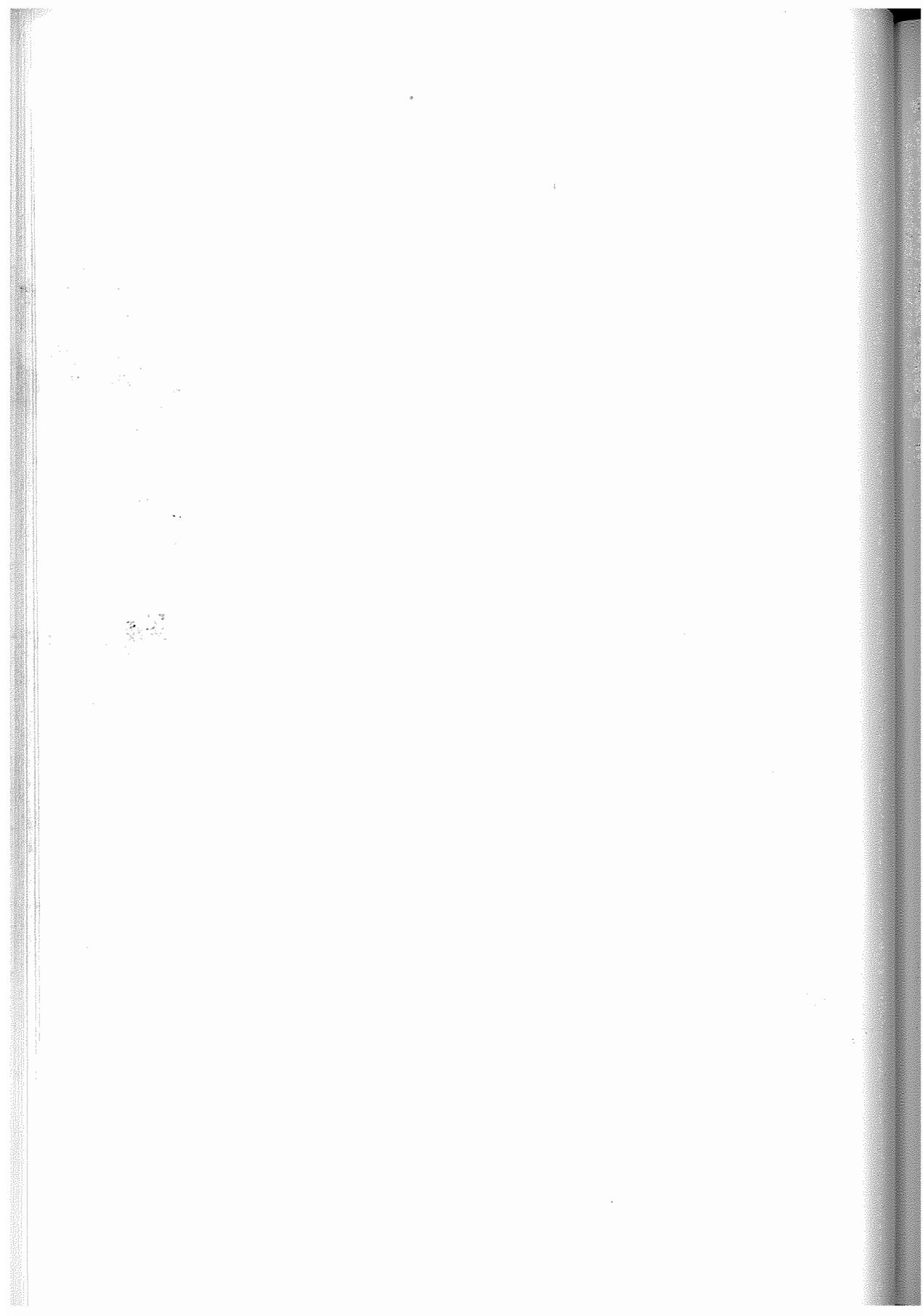
10.-Otros personajes

El novelista presenta también en la obra, en un papel más secundario, algunos tipos del mundo de Orbajosa de los que realiza Galdós el retrato en pocas palabras. Así, el deán de la catedral de Orbajosa es un caso patológico de obesidad que nos recuerda, un tanto, a don Silvestre Entrambasaguas en lo físico y a Nicolás Rubín en lo encendido de su cara.

No menos magistral es la semblanza de don Juan Tafetán, tipo de tenorio semejante al de Cayetano Guayaquil en *Rosalía*, del que destaca su afición a las mujeres, a pesar de su aspecto ridículo, con «su carilla bermellonada, su bigote teñido de negro, sus ojuelos vivarachos, su estatura mezquina, su pelo con gran estudio peinado para ocultar la calvicie» (p. 154). Las maneras afables y simpáticas y el gracejo en su conversación cuenta el narrador que le habían hecho ser, en otra época, «un tenorio formidable», si bien en esos momentos no era sino un viejo verde.

El juez de Orbajosa es otro de los tipos que desfilan por la obra, ejemplo, en este caso, de funcionario ambicioso, inexperto y presuntuoso, «mozalbeta despabilado, de estos que todos los días aparecen en los criaderos de eminencias, aspirando, recién empollados, a los primeros puestos de la administración y de la política» (p. 137).

Tienen también un papel destacado en la novela las tres hermanas, llamadas «las niñas de Troya», María Juana, Pepa y Florentina, hijas de un coronel de Estado Mayor de la plaza que al morir se llevó la llave de la despensa. Pese a parecer honradas y trabajar, el hecho de ser «chismosas, enredadoras, traviesas y despreocupadas» (p. 157) les había dado mala fama en Orbajosa. El narrador da pie para suponer si era su libertad, incluso amorosa, lo que motivó que estuvieran proscritas, y apunta como detalle la existencia de algún posible motivo de escándalo. Galdós al referir sus ocupaciones de la costura añade subrepticamente que entre la ropa que arreglaban había una sotana (p. 159).

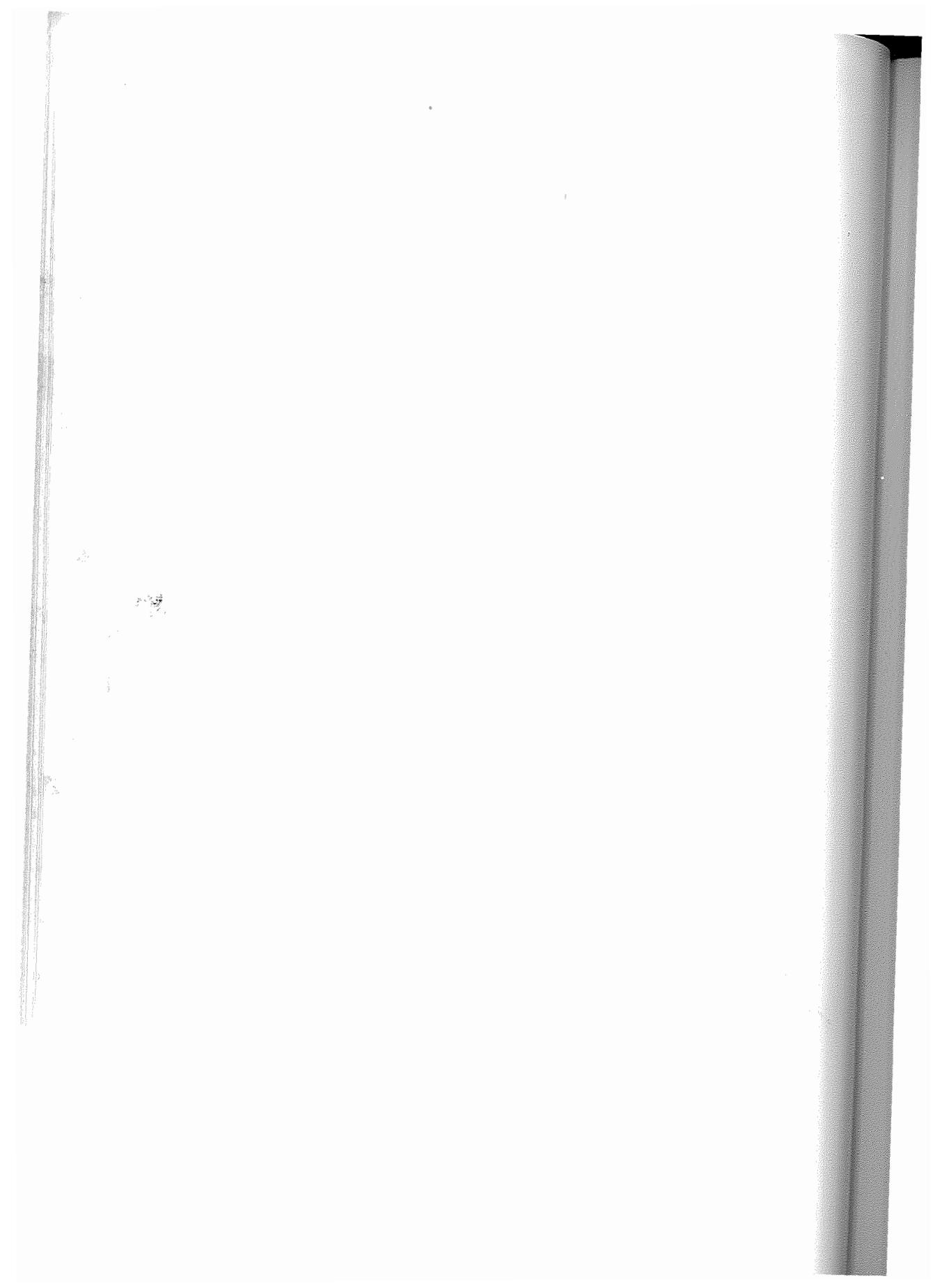


PÁGINA
GALDOSIANA S



IV

LA CRÍTICA DE ELECTRA EN LA PRENSA DE CANTABRIA



El estreno de *Electra*, de Benito Pérez Galdós, significó en 1901 el hecho literario más trascendental del año y sus implicaciones se extendieron a los campos político, religioso y social.

En aquellos momentos, tras la pérdida de las colonias, el pensamiento regeneracionista y el regionalismo o particularismo provincial, como lo llama Galdós, tenían plena vigencia en la vida nacional, motivado por una situación de quiebra y desesperanza del pueblo español.

En otro orden de cosas, la llegada a España de los religiosos expatriados de Cuba y de los frailes expulsados de Francia planteó el problema de la obligatoriedad del registro de las asociaciones religiosas.

Dos acontecimientos, aparentemente sin importancia, desencadenaron un movimiento de rechazo popular anticlerical. Uno fue motivado por el caso de la joven Adelaida Ubao, que influida o presionada por el jesuita Padre Cermeño ingresó en el convento de las Esclavas Religiosas del Sagrado Corazón de Jesús, lo que promovió protestas y escándalo al denunciar el caso su propia familia. Por otro lado, el matrimonio de la Princesa de Asturias con don Carlos de Borbón, hijo del conde de Caserta, destacado general carlista, originó la oposición de los liberales y manifestaciones estudiantiles en Madrid, donde se dieron mueras a los jesuitas y a la reacción, cuyas organizaciones tenían una influencia notoria en el Gobierno.¹

La representación de *Electra* precipitó el movimiento anticlerical que se extendió a toda España y provocó la caída del gobierno del general Azcárraga el 25 de febrero de 1901. A partir del estreno y de las sucesivas representaciones de la obra, la llamada «cuestión religiosa» iba a ocupar amplios espacios en toda la prensa española.²

1.- Para conocer la situación político-social de aquel momento ver cap. VII *Pérez Galdós y su novelística*, de Ignacio Elizalde, Bilbao, Publ. de la Universidad de Deusto, 1981, pp. 127-138 y de Santiago Díez Llama: *La situación socio-religiosa de Santander y el obispo Sánchez de Castro (1884-1920)*, Santander, Diputación Provincial, 1971, pp. 115-116. En la prensa santaderina ver «La boda de la Princesa», *La atalaya*, 7-II-1901, p.1, y «La llegada de Caserta», *El Cantábrico*, 9-II-1901, p. 1.

2.- Ver los cap. VI y VII de Stanley Finkenthal, *El teatro de Galdós*, Madrid, Fundamentos, 1980, pp. 111-155, donde se cita la bibliografía más importante al respecto. También Theodore Alan Sackett, *Galdós y las máscaras. Historia teatral y bibliografía anotada*, Verona, Facoltà di Economia e Commercio, 1982. En la Casa-Museo Pérez Galdós, en Las Palmas de Gran Canaria, existe una importante colección de recortes de prensa de la época sobre el tema de *Electra*.

El hecho de ser entonces el autor del drama vecino de Santander, en cuya finca de «San Quintín» pasaba temporadas, y donde fue escrito *Electra*, nos sugirió la idea de estudiar el tratamiento ofrecido por la prensa local a las representaciones de la obra en Santander y otras provincias españolas.³

Este análisis permitirá conocer los rasgos generales de la noticia, su valoración ideológica y la situación real del momento.

1.- Fuentes y metodología

Para la elección de la muestra hemos seleccionado siete publicaciones periódicas de Santander. Una, *La atalaya*, era representativa de la derecha católica, y otra, *El Cantábrico*, de corte liberal, estaba dirigida en esos momentos por José Estraña, amigo íntimo de Pérez Galdós y afín a sus ideas políticas y religiosas. La tercera, el semanario católico *Páginas dominicales*, se encontraba bajo la tutela del obispado, se publicaba con censura eclesiástica y se distribuía gratuitamente. Las otras dos, *El federal* y *La voz del pueblo*, representaban la prensa vinculada a grupos políticos concretos y, si bien sus noticias son más escasas, tienen el interés de ofrecer una opinión filtrada por el tamiz de unas ideologías de izquierdas, ya que el primero era republicano federal y el segundo se titulaba semanario socialista obrero. Los dos restantes, *El eco montañés* y *El correo de Cantabria* formaban parte de la prensa informativa. Creo, pues, que la muestra elegida es suficientemente representativa de un abanico de opiniones y puede seguirse en ellas, a lo largo del año, el eco de las representaciones en España de la polémica obra de Galdós.

En cada una de esas publicaciones se ha tenido en cuenta una serie de variables como son el número de referencias o noticias, el lugar que ocupaban dentro de la página y el número de columnas que se les dedicaba, señalándose también las informaciones tomadas de otras publicaciones, la forma de presentar la noticia y los juicios sobre la obra y su autor.

2.-La atalaya

El primer número de esta diario, inspirado por el obispo Sánchez de Castro, apareció en enero de 1893. Estaba destinado a la burguesía católica y ostentaba una ideología católico-traditionalista. Su primer director fue el sacerdote Eduardo Aja Pellón, al que siguieron Manuel Sánchez de Castro, hermano del obispo; García Peláez y Rafael Díaz Aguado, que era de filiación tradicionalista.⁴

3.- En parte, el tema fue tratado por Carmen Bravo-Villasante, «Polémicas en torno a Galdós en la prensa de Santander», ob. cit., pp. 698-703. Ver también lo que aparece en nuestro libro *Pérez Galdós. Biografía santanderina*, Santander, Inst. Cultural de Cantabria, 1979, pp. 193-204.

4.- José Simón Cabarga, *Historia de la prensa santanderina*, Santander, Diputación Regional, 1982.

El 2 de febrero iniciaba las noticias sobre el estreno de la obra en Madrid con las opiniones de los que llama «gacetilleros de la revolución». Reproduce, como ejemplo, un párrafo de *La época* con la reacción del público y asegura que «el argumento de *Electra* demuestra que la obra es disparatada e indigna de un hombre de talento» (p. 1). Indica también que ese día se organizó en Santander una manifestación, pacífica y ordenada, hasta la casa de Galdós y se pregunta por qué no se había hecho lo mismo con motivo de los triunfos literarios de Pereda y Menéndez Pelayo. A juicio del diario, no se trataba de un homenaje al éxito de la obra, sino una muestra «de marcada tendencia sectaria» (3-II, p. 1). Reproduce, a continuación, un texto de *El español* (diario liberal), que informaba de la baja de Pérez Galdós en la lista de suscriptores al no tratar bien la crítica a su obra, calificada como un engendro indigno de este autor.

La connotación político-religiosa de la obra se advierte en algunos de los textos de los días siguientes, en los que se ataca al Gobierno que, siendo católico, no quería parecer clerical (5-II, p. 1), con alusiones a Galdós, aunque no se cite su nombre ni su obra, de la que se dice que hiere los sentimientos católicos. También se publican citas con juicios de los Santos Padres y doctores de la Iglesia justificativos del caso Ubao, para demostrar que los hijos no tienen por qué seguir el consejo de los padres en lo tocante a materia religiosa.

También recoge con tono indignado la noticia de la manifestación anticlerical del día 12, organizada por los liberales, contra los jesuitas y diversos conventos de la ciudad e incluso contra el propio diario (13-II, p. 2).⁵ Pocos días más tarde se reproducía una carta de Eduardo Ubao negando que hubiera visitado a su hermana y discutido con la superiora del convento, carta que terminaba con estas palabras: «Esperamos el fallo del Tribunal Supremo, confiados en su justicia y pidiendo a Dios que nos sea restituído aquel ser querido, cuya ausencia llena de tristeza nuestro hogar» (17-II, p. 2). En los días siguientes, el periódico sigue recogiendo opiniones sobre el caso Ubao y el doble significado de tomar estado en el aspecto civil y religioso (21, pp. 1-2, y 22-II, p. 1) y sobre la vuelta al hogar de ésta después de la sentencia del Tribunal Supremo (27-II). «El triunfo no ha sido para el jurisconsulto (se refería a Nicolás Salmerón) sino para el sectario, enemigo de nuestra Santa religión» (22-II, p. 1).

El día 26 reproducía la extensa carta pastoral del obispo de Santander, Vicente Santiago Sánchez de Castro, con motivo de la ola anticlerical del momento que achacaba al liberalismo (26-II a 14-IV, p. 1).

A primeros de marzo, el periódico recoge las que denomina mentiras y contradicciones de la prensa liberal y sus ataques al clero y los jesuitas. En este sentido pone de ejemplo el caso de Luisa Charques, de Alicante, a la que la superiora de un convento propuso que ingresara en el colegio de Jesús y María para realizar los estudios de maestra y que se presentaba por la prensa liberal como un suceso análogo al de Adelaida Ubao.

5.- La información de Enrique Menéndez Pelayo a su hermano Marcelino puede verse en la carta que le escribió el 14 de febrero de 1901 (*Epistolario de don Enrique y don Marcelino Menéndez Pelayo*, Sociedad Menéndez Pelayo, 1954, p. 30). Ver también *Monografía del Convento de Padres Carmelitas descalzas de Santander*. Vitoria, Edic. El Carmen, 1955.

El 6 de marzo Teodoro Baró escribe una crítica negativa de *Electra* y sobre las reacciones producidas en el público. Señala cómo algunos espectadores atacaron al actor que hacía de Pantoja después de algunas representaciones y cita el caso de un obrero al que la policía encontró un trozo de ladrillo debajo de la blusa. Para Baró la obra teatral carecía de originalidad «porque Pantoja -dice- no es más que *Doña Perfecta* y su tesis igual» (p. 1).

El estreno del drama en Bilbao (8-III, p. 1) y las opiniones de la prensa vasca (*El porvenir, La cruz, La voz de Vizcaya, El noticiero bilbaíno*) motivaron una nueva reseña, a la que seguía (14-III, p. 1) una noticia tomada de *El eco de Zamora* y firmada por Andrés Marín en la que se comentaba que la minuta de Nicolás Salmerón por su defensa en el caso Ubao ascendió a 35.000 pesetas y, sumando los gastos totales, a 73.000 pesetas.

El periódico creó una sección titulada «La cuestión religiosa» dedicada a recoger noticias sobre las manifestaciones y sucesos anticlericales que se desarrollaban en toda España. La confluencia de una serie de sucesos con el estreno de *Electra* iba a originar -como decimos- la campaña anticlerical que se extendió por todo el país. Contra ella se organizó otra de signo opuesto en la que se atacó, a veces con la misma saña e intolerancia, a Galdós y a su obra. Por lo general, los procedimientos utilizados consistían en atribuir a los masones y liberales gran parte de la reacción anticlerical. En este sentido, *La atalaya* (19 y 20-III, pp. 1-2 y 20-IV, p. 1) ponía como ejemplo «el estreno del drama antijesuítico *Electra*, en que tanta parte tuvieron las logias; la vista y sentencia del juicio Ubao, en que un jefe republicano, Salmerón, llevó la voz cantante; las algaradas que tomaron por pretexto la boda de la princesa de Asturias, a la que los enemigos de la religión y de la monarquía se empeñaron en dar marcado carácter reaccionario; las pedradas a los conventos; las campañas anticlericales en los periódicos, aun en los que hasta ahora habían guardado cierta mesura para engañar a los católicos; los graves desórdenes de Valencia, donde la masonería es poderosa... todos estos excesos -resumía el periódico- y otros que no han salido a la superficie, pero que conocen los que entienden de estas cosas, denuncian la acción de las logias» (20-III, p. 1).

La condena más firme procedía del episcopado español, cuyas cartas pastorales y textos condenatorios fueron reproducidos por diferentes periódicos ante el anuncio inminente de estreno de *Electra* en diversas ciudades, y la recomendación a los católicos de la no asistencia. Así el 22 de marzo, el diario que citamos, reproducía una circular del Arzobispo de Sevilla prohibiendo la representación, o la del obispo de Vitoria (20-IV) en contra de la asistencia: «Asistir a la representación de *Electra* es cooperar eficazmente a una obra mala, sin que pueda servir de excusa el hacerlo por mera curiosidad» (p. 1).

El 21 de abril, el obispo de Santander publicó una carta pastoral ante el anuncio del estreno de *Electra* en Castro Urdiales y Laredo. Por desconocer la obra, inserta una parte de la pastoral del obispo de Córdoba, quien había afirmado: «Basta leer, siquiera sea ligeramente, el mencionado drama, para conocer que juegan en él personajes apasionados, caracteres muy desenvueltos, y que abundan escenas provocativas, situaciones peligrosas, empeños inductivos al mal y ficciones intencionadas. Hállase todo esto hábilmente dispuesto y ordenado a que contraste el tipo del católico práctico y fervoroso con el ideal del naturalismo, tan en boga en nuestros

días. El primero representado allí por personajes hipócritas, taimados e indiscretos, resulta naturalmente ridículo y repulsivo; el segundo, personificado por caracteres francos, nobles e ilustrados, se hace por necesidad agradable y simpático. Si a esto se añade que los diálogos entre los protagonistas son vivos y chispeantes, y que hay frases provocativas unas e incendiarias otras, se tendrá idea de lo que es el drama en sí mismo y del criterio que ha presidido su composición» (p. 1).

En los días sucesivos del mes de abril *La atalaya* no deja de insistir en el tema acusando, como hemos dicho, a las logias masónicas de la campaña anticlerical en la que los jesuitas eran la orden más afectada. También un colaborador, bajo pseudónimo, contesta al artículo de Galdós «La España de hoy», publicado en el *Heraldo de Madrid* (22 a 24-IV p. 2).

Se relaciona a *Electra* con estas campañas y el periódico católico, al que nos referimos, le hace ver a su oponente *El Cantábrico* que el obispo no se limita a recomendar la no asistencia sino que prohíbe la representación «en los teatros de nuestra diócesis». Por este motivo algunos empresarios se negaron a prestar sus locales. El propio Galdós, un año más tarde, comentaba en el prólogo de *Alma y vida* lo que esto significó como impedimento al desarrollo del teatro al recordar «las airadas campañas contra *Juan José* o contra *Electra*, obras cuyos títulos han merecido el honor de resonar en todos los púlpitos y de amenizar los Boletines eclesiásticos de todas las diócesis».⁶

Con fecha 13 de abril (p. 2) publica el diario una carta a Galdós firmada por un ex miembro de la Congregación de San Luis Gonzaga, en la que alude a *Electra* y el 23 editaba una hoja suelta en Madrid la Junta directiva de la citada Congregación, contestando al artículo publicado por Galdós en *La nueva prensa libre de Viena* en el que combatía el clericalismo imperante en aquellos momentos y al que aludía el periódico católico santanderino (13, 27 y 28-IV), a la vez que reproducía la información de otros periódicos sobre los alborotos de Barcelona, donde se gritó «muera España» y se relacionaba a *Electra* con estos actos que atentaban contra la unidad de la nación española (9-VI, p. 1).

Los estrenos en diversas capitales de Italia fueron las noticias dedicadas en mayo a *Electra*, en las que se seleccionaron párrafos de *Avanti*, *La tribuna*, *La patria* e *Il messaggero* en contra de la calidad de la obra. En este sentido, el 25 de mayo el periódico anunciaba el folleto «Electromanía», de Carlos Valverde, con un juicio desfavorable sobre la obra. El autor intentaba demostrar el escaso valor literario del drama con una crítica en la que recogía la falsedad de los personajes y la inverosimilitud de sus situaciones, las deficiencias e incorrecciones literarias y los motivos del éxito en aquellos tiempos.

El estreno en junio de la polémica obra en Barcelona se acompañó de las críticas de la prensa conservadora contraria al drama (11-VI, p. 1).

El día 24, ya con el verano encima, vuelve el diario a resucitar el asunto Ubao con una nota en la que alude al aislamiento a que estaba sometida la joven, que en septiembre cumplía 25 años y podía decidir, si lo deseaba, ir al convento, como así lo hizo más tarde.

6.- B. Pérez Galdós, *Obras completas. Cuentos y Teatro*. Madrid, Aguilar, 1975, p. 528.

El anuncio del estreno en Santander de la obra de Galdós por la compañía Cobeña-Thuillier suscitó de nuevo la publicación de parte de la carta pastoral del obispo de la diócesis (31-VII, p. 1).

La última noticia del año refería la gravedad de la madre de Adelaida Ubao, a la que se administró la Extremaunción, estado crítico motivado, según refiere el diario, por el deseo de la hija de volver al convento.

3.-El Cantábrico

Este diario de la mañana, que apareció el 4 de mayo de 1895, estaba dirigido por José Estraña, amigo y contertulio en «San Quintín». En varias ocasiones había tenido aquél conflictos con el obispado, y su diario es el que difunde una mayor información sobre las vicisitudes de la obra del escritor canario.

Fue también puntual *El Cantábrico* en recoger el 2 de febrero el éxito obtenido por el estreno en Madrid del drama *Electra*, del que dice que «jamás en la historia del teatro se registra otro igual en país alguno» (p. 1). Reproduce también el juicio de Laserna en *El imparcial* en el que se afirmaba que «*Electra* no es un drama antirreligioso, sino sencillamente anticlerical, lo que es diferente, aunque haya gentes que crean o digan, sin creerlo, que es lo mismo» (p. 1). La nota insertaba igualmente párrafos de *La correspondencia militar* y de *El heraldo*. Aquel mismo día se organizaba la manifestación de homenaje y felicitación a que nos hemos referido, en la que iba «gente liberal de todas las clases sociales» (3-II, p. 1).

El seguimiento de los éxitos y opiniones sobre *Electra* se extenderá en el periódico a lo largo del año. En este sentido, el día 4 aparecía el artículo publicado por J. A. Galvarriato en *El eco montañés*⁷ favorable a la obra y otro comparativo de *La época* con los juicios de *El siglo futuro* que calificaba al drama como un esperpento y al autor «sin pizca de talento» (4-II, p. 1).

Gracias a las notas, puede conocerse el éxito de la obra en la que todas las noches dice que hubo que poner el carte de «No hay billetes». En la misma página (6-II, p. 1) se anuncia el próximo estreno en Barcelona de la ópera *Doña Perfecta* con música de Moreno Carrillo, director de la banda municipal de Santander. Durante algunos días el periódico insertó el anuncio de la venta de ejemplares de *Electra* a partir del día 21 en la Librería General al precio de dos pesetas e incluso informaba de que 800 personas estaban inscritas en Santander para adquirirla (16-II, p. 2).

El éxito rotundo y espontáneo de *Electra* en Madrid motivó su rápida difusión en el resto de España y, a este respecto, decía *El Cantábrico* el 16 de marzo que «actualmente son diez las compañías que representan *Electra* en provincias y 186 los teatros autorizados para representar el drama» (p. 1). Ante esta franca acogida en Madrid, comenzó a ponerse en escena, como decimos, en diversos lugares de España, como Linares y Denia (13-III, p. 1), Medina del Campo (24-III, p. 1), Logroño,

7.- *El eco montañés*, 9 de febrero de 1901, pp. 1-3. También informó de la llegada de Galdós a Santander y del recibimiento de que fue objeto (19 de junio de 1901, pp. 4-5).

Haro y Cenicero (25-III, p. 2), Zamora (26-III, p. 1), Valladolid (14-IV, p. 1), Llanes (9-VII, p. 1), etc. Como si fuera un ritual, en los intermedios el público daba vivas a la libertad y a la República, mueras a Pantoja y a los jesuitas, a la vez que se tocaba el Himno de Riego, La Marsellesa y el Trágala.⁸

En Cantabria la primera representación tuvo lugar en Castro Urdiales el día 8 de abril por la compañía Fernández y Mata y pocos días más tarde se llevó a Santoña (18-IV, p. 1), donde fue representada sin incidentes, aunque hubo dificultades para montar la obra. También, aunque con impedimentos, se estrenó en Torrelavega el 18 de abril.

Como es sabido *Electra* fue traducida a otros idiomas y escenificada en diversas capitales de Europa y América. El periódico facilitaba la información sobre *Electra* en Méjico (30-IV, p. 1), reseña publicada en forma de carta al director donde utiliza epítetos como «fuerza dramática», «público sugestionado», «acogida con gran entusiasmo», etc.

El 22 de junio *El Cantábrico* daba la noticia de los preparativos para la recepción del novelista, que llegaba al día siguiente a Santander en el tren correo, de veraneo a su casa de «San Quintín». Tanto ese día como el posterior, el periódico recogió los detalles del recibimiento y la manifestación formada por simpatizantes y miembros de las organizaciones políticas. El diario favorable a Galdós insertaba la noticia como recibimiento «brillante al gran novelista y popularísimo autor de *Electra*» (24-VI, p. 1). Ante aquella manifestación de simpatía don Benito envió al periódico una carta de agradecimiento,⁹ señalando que no le importaba que fueran estimados como políticos los actos de ese día, ya que «todos los hijos de España tenemos, en grado ínfimo los unos, en grado superior los otros, nuestra parte de gloria y de responsabilidad por lo bueno y lo malo que se va produciendo en el curso, ahora lento, ahora precipitado, de la historia patria» (26-VI, p. 1).

El 31 de julio *El Cantábrico* rendía un homenaje al autor de *Electra* dedicándole la primera página y parte de la segunda del periódico con motivo del próximo estreno de la obra en Santander. Colaboraron en prosa y verso con su firma, Ignacio G. Lara, Buenaventura Rodríguez Parets, Francisco García Núñez, Jesús de Cospedal, José Estrañi, que firmó Pepe, y José Heres de la Rueda. El periódico advirtió que no se promoverían por los liberales disturbios contraproducentes con motivo de la representación.

J. Cospedal, en su artículo «La historia de *Electra*», dice lo que aquí resumimos por su interés: Fue escrita en Santander en el verano de 1900 y presentada en el Teatro Español a Federico Balart en el mes de noviembre. Realizadas las enmiendas oportunas comenzaron los ensayos el 7 de enero y se efectuó el 29 el ensayo general y la noche del 30, el estreno. En Madrid se representó cien noches: ochenta en el Teatro Español, y 20 en Novedades. Para entonces había ya recorrido más de 160 teatros en el resto de España. En esos momentos faltaba sólo de representarse en Córdoba, Murcia y Granada. Se hablaba de más de mil funciones realizadas en toda España por diferentes compañías. Se tradujo al alemán en Viena, por el

8.- Las fechas corresponden a las que en el diario ofrece la noticia.

9.- Reproducida por Carmen Bravo-Villasante, ob. cit. pp. 701-703.

hispanista Rudolf Beer; al francés, por Paul Mili; al italiano, por Pablo Tedenchi, y al portugués por Ramalho Ortigao, representándose en estos países y en Rusia. En Buenos Aires se estrenó en cuatro teatros a la vez y también se dio a conocer en Chile, Perú, Venezuela, Brasil, Méjico y en las Repúblicas Centroamericanas.¹⁰

El primero de agosto, *El Cantábrico* (p. 2) informaba a sus lectores del resultado del estreno en Santander, capital donde dice que la entrada fue «colosal». Reclamado el autor en todos los actos, aseguraba el periódico que en el cuarto fue un delirio, calificando a la obra de «hermosísima, de grandiosa, de sublime por su trascendental fondo y por su brillante forma» y añadía: «No se recuerda triunfo tan grande, tan cariñoso, tan merecido» (1-VIII, p. 2).

Todavía este periódico, proclive a Pérez Galdós, insertaba el 13 de octubre una interesante noticia sobre el novelista, aunque no relacionada con *Electra*. Se trataba del proyecto completo de los títulos de la Cuarta Serie de los *Episodios Nacionales*, relación publicada por primera vez en este periódico, tal como los había facilitado el autor, de los cuales sólo varió después ligeramente el primero, al que tituló entonces "El huracán de 1848" (1847-48).

4.-Páginas dominicales

Era éste un semanario católico combativo al servicio de la Iglesia, creado en 1896 y que estaba dirigido por el obispado. Su distribución era gratuita y se ayudaba económicamente con suscripciones voluntarias. En 1900, según Díez Llama,¹¹ fue retirado por el gobernador civil por considerarlo una publicación afín a la ideología carlista. Redactado e inspirado por sacerdotes era un órgano de ataque a la izquierda y al anticlericalismo.

En su primera noticia del 2 de febrero sobre *Electra* compara la obra con *Juan José* y la ataca duramente desde el punto de vista religioso, en términos exagerados y propagandísticos con fines de descrédito hasta el punto de calificarla de «crimen del día, crimen de todas las especies y especie de todos los crímenes inmorales, antijurídicos, literarios, contra la lógica y el sentido común» (p. 4).

En informaciones posteriores (10-11) utiliza contra el autor el texto de Menéndez Pelayo en los *Heterodoxos* llamándole «heterodoxo por excelencia y enemigo implacable y frío del catolicismo». El seguimiento de la obra continúa el día 3 de marzo con la referencia al documento condenatorio suscrito por el prelado. El 10 de marzo emplea los términos «electras» y «electricistas» a los que hace sinónimos de liberales y masones.

10.- Ver Manuel Hernández Suárez. *Bibliografía de Galdós I*, Las Palmas, 1972, pp. 367-371. Josette Blanquat ha publicado también: «Galdós et la France en 1901». *Revue de Littérature comparée*, julle-sept. 1968, pp. 321-345, y «Au temps d'Electra (Documents galdosiens)». *Bulletin hispanique*, 1966, pp. 253-308.

11.- Ob. cit. p. 147.

Al llegar al mes de abril la obra se representa en Castro Urdiales y se reseña el estreno como un fracaso, aduciendo la falta de locales al no acceder los propietarios a su alquiler, como dice que sucedió también en Laredo.

El texto, a todo página (21-IV), contra *Electra*, dirigido por el obispo de la diócesis, don Santiago Sánchez de Castro, en el que recomendaba al clero y fieles de su diócesis se abstuvieran de asistir, constituyó el ataque más certero del semanario católico que, pocos días después (28-IV), intentaba vincular a Pérez Galdós con la francmasonería, basándose en las negociaciones entre el Hermano Bukovics, director del Volkos Theater, y el H. Pérez Galdós. Esto suponía un ataque peligroso como procedimiento de descrédito utilizado también, como hemos visto, por *La atalaya*.

Las representaciones de la obra en diversas localidades cántabras son expuestas por el semanario como un fracaso (5-V) y su lectura como perniciosa (16-VI).

Con motivo de la llegada de Pérez Galdós a Santander, de vacaciones, surge de nuevo la campaña, que se cierra, prácticamente, con la carta del obispo Sánchez de Castro dirigida a sus diocesanos (14-VII), advirtiéndoles sobre el estreno de *Electra* en Santander, que tuvo lugar el 31 de julio, acto en el que se notó, según el semanario, una ausencia sobre todo de mujeres.

5.- Semanarios políticos

En 1898 salió el número uno de *La voz del pueblo*, primer semanario obrero que se repartía los domingos. Fueron directores los socialistas Álvaro Ortiz e Isidoro Acevedo.

El federal apareció, a su vez, en mayo de 1901 y fue fundado por un grupo de republicanos pimargalianos. Figuraron como directores Eduardo Pérez Iglesias y A. Prieto Álvarez.

El primero de estos semanarios anunciaba el día 2 de febrero el éxito del estreno de *Electra* en Madrid y los actos con que los grupos de amigos y simpatizantes honraron a su convecino llevando ese día una corona de laurel hasta su casa de La Magdalena.

Mayor interés tiene la noticia del día 9 en que se reproduce el juicio de *El socialista* sobre *Electra*. Sin censurar la obra, la crítica pide como solución a los problemas socio-políticos una vía reformista mediante el cambio en la educación, ya que sólo con la separación de la Iglesia del Estado, la enseñanza laica y otros cambios análogos, era posible la lucha contra el clericalismo.

Por su parte, *El federal* mostró también la misma actitud de simpatía hacia el autor y la obra, aunque no la consideraba lo suficientemente extremada como ellos querían. Así, escribía al anunciar la llegada de Pérez Galdós a Santander, que «se ha atrevido a llevar a la escena teatral ideas que si no son todo lo radicales que nosotros las deseáramos, lo son bastante en estos momentos en que callan los que más obligados se hallan de hablar claro y alto» (15-VI, p. 2).

El estreno de la obra en Santander fue reseñado por el republicano federal Isidro Socasaus quien, bajo el pseudónimo de «Un monaguillo», hizo una descripción

elogiosa y propagandística del acto como se desprende de la mención que hace de la entrada de público, con un «lleno de bote en bote» y de los aplausos y veces que se levantó el telón en cada acto. El semanario hace constar que *Electra* no contiene ataques a la religión y añade: «Tendencias más duras y atrevidas (para los hipócritas) contiene *La Pasionaria*, *Carlos II el Hechizado*, *Juan José*, *El señor feudal*. Y termina con estas palabras: «¡Estúpidos clericales! ¡Reclamad la parte que os toca por el éxito de *Electra*!» (8-VIII, p. 2).

Por último, *El correo de Cantabria*, periódico que se publicaba tres días a la semana, se limita a insertar diferentes gacetillas en la sección de noticias con referencias a Galdós y a su obra. También son escasas las referencias de *El eco montañés*, si bien se advierte en ellas la simpatía y amistad de su director, J. A. Galvarriato, con Galdós, lo que le ocasionó una reconvención pública de *La atalaya*.¹²

6.- Conclusiones

Del resumen de las opiniones expuestas por las siete publicaciones periódicas de Cantabria, que forman la muestra, se deduce, en primer término, que ésta recoge una parcela de toda la abundante crítica existente sobre el estreno de *Electra*. Y si bien los resultados están dentro de unas conclusiones previsibles y en consonancia con los reflejados a nivel nacional, vienen a confirmar el eco de la controversia suscitada por el estreno y sus repercusiones posteriores en un ámbito local o provincial como es el de Cantabria. En este sentido, tiene especial interés conocer las opiniones y actitudes de esta prensa en Santander, donde Galdós era entonces vecino y contaba con amigos de muy diferentes ideologías.

La primera conclusión es un predominio de la noticia informativa o comentario sobre los artículos de crítica literaria que, prácticamente, no existen. Los dos diarios, *La atalaya* y *El Cantábrico*, son los más abundantes en noticias o colaboraciones sobre *Electra* -veintinueve y treinta y seis, respectivamente- que se extienden a lo largo del año. Al tratarse de dos periódicos, leídos ampliamente en Santander por lectores ideológicamente opuestos e interesados ambos, por esta razón, en combatir o ensalzar la obra, se advierte una intencionalidad propagandística, en favor o en contra, que parte ya de sus mismos titulares.

Así, *La atalaya*, que utiliza en ocasiones para sus noticias las críticas desfavorables de otros periódicos de la derecha de matiz tradicionalista o conservador, titula sus informes: «De *Electra* y sus consecuencias»; «La prohibición de *Electra*»; «La masonería y los motines de España»; «Percances de *Electra*»; «Los trabajos de los masones»; «Los Luises de Madrid a don Benito Pérez Galdós»; «Electromanía»; «La voz del Prelado»; «Prohibición de *Electra*».

En cambio, *El Cantábrico* ofrece unos titulares como éstos: «*Electra*. El triunfo de Galdós y el espíritu liberal»; «En honor de Galdós. La manifestación de ayer»; «Siguen las ovaciones»; «*Electra* en provincias»; «El beneficio de Galdós»; «*Electra* en Méjico»; «Pérez Galdós en Santander», etc.

12.- *El eco montañés*, 16 de febrero de 1901.

Los argumentos utilizados por el primer diario para combatir o desacreditar la obra parten de las Pastorales y Cartas de los obispos y de la idea propagada de ser una campaña anticlerical organizada por la masonería y el liberalismo. Se intenta también buscar implicaciones a los estrenos con los movimientos y revueltas separatistas. Al ser los jesuitas la orden más tacada utiliza contra la obra las colaboraciones de miembros de la Congregación de San Luis Gonzaga. En cambio, *Electra* es ensalzada por liberales y anticlericales que ven en ella el triunfo de la libertad contra el clericalismo. Recuérdese que junto a los gritos de libertad se daban también vivas a la República y se tocaban los himnos republicanos y anticlericales. Es, pues, patente la valoración casi exclusivamente político-religiosa de cada periódico en conformidad con sus posiciones ideológicas.

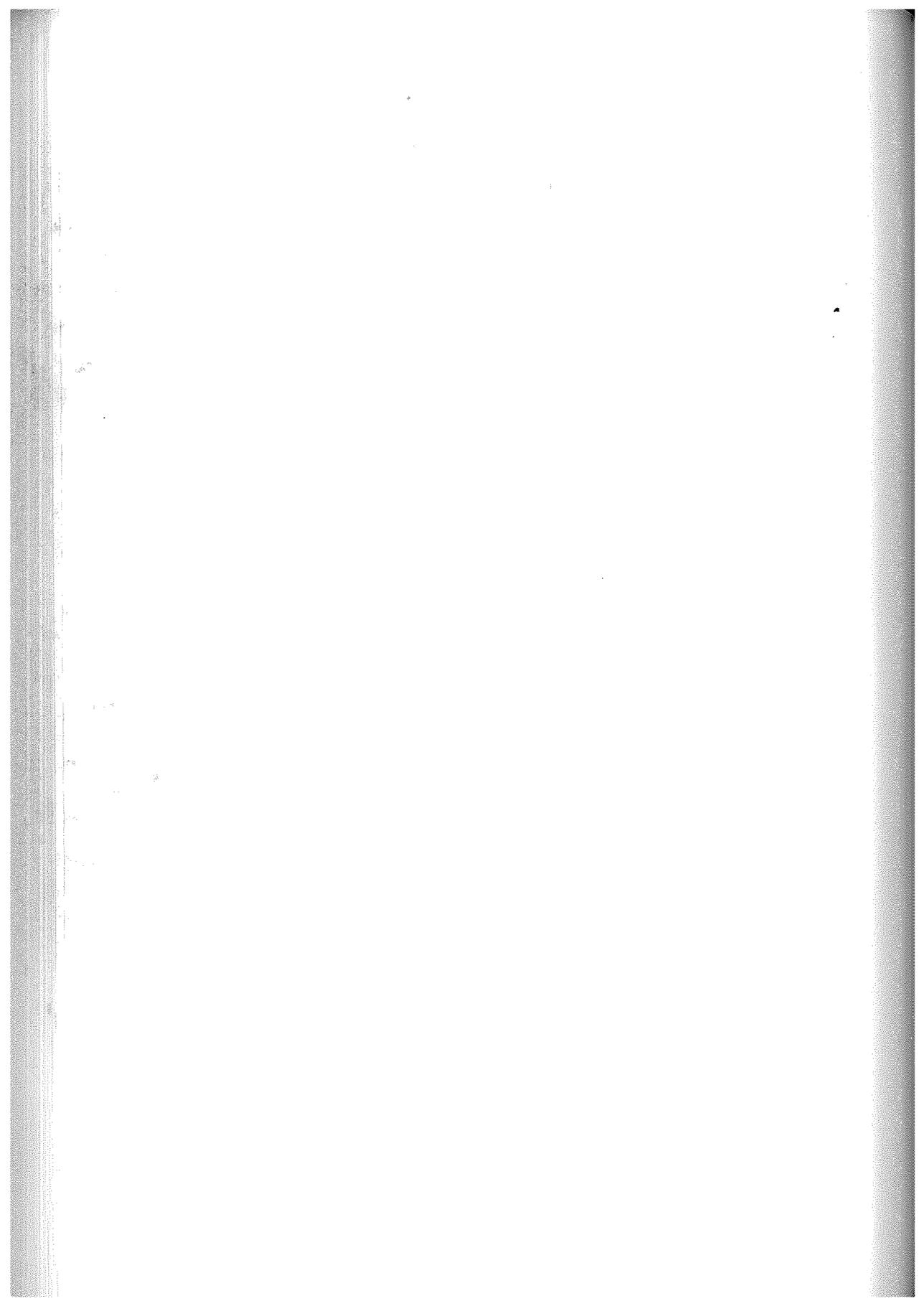
La pugna entre los dos diarios y su parcialidad se advierte en las frecuentes alusiones polémicas y en el deseo de insertar ambos la noticia en primera página y utilizar un lenguaje claramente intencionado o exagerado en favor o en contra.

No es muy diferente el caso de *Páginas dominicales*, al ser una publicación de información y propaganda católica que, en algunos aspectos, utiliza las mismas fuentes y argumentos de *La atalaya*, como son las Pastorales y la supuesta filiación masónica de Pérez Galdós.

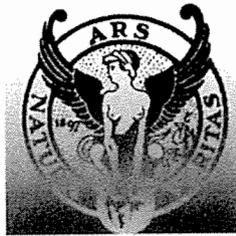
Respecto a los semanarios políticos, *La voz del pueblo* y *El federal*, curiosamente, se advierte una objeción hacia la obra, a la que ambas publicaciones, aun alabándola, no consideran ni anticlerical ni suficientemente expresiva de unas ideas radicales, tal vez debido a conocer la filiación liberal conservadora del autor y haber deseado encontrar en la obra un matiz más anticlerical y revolucionario.

Los otros dos diarios, *El correo de Cantabria* y *El eco montañés*, mantienen una línea informativa sin grandes implicaciones ideológicas.

En definitiva, la polémica de *Electra* ha de verse como expresión de la pugna entre las dos Españas, una pugna iniciada ya poco antes de finalizar el siglo XVIII, cuando comienzan a tambalearse las bases del Antiguo Régimen. La obra de Galdós no hizo sino reavivar un viejo problema siempre latente.

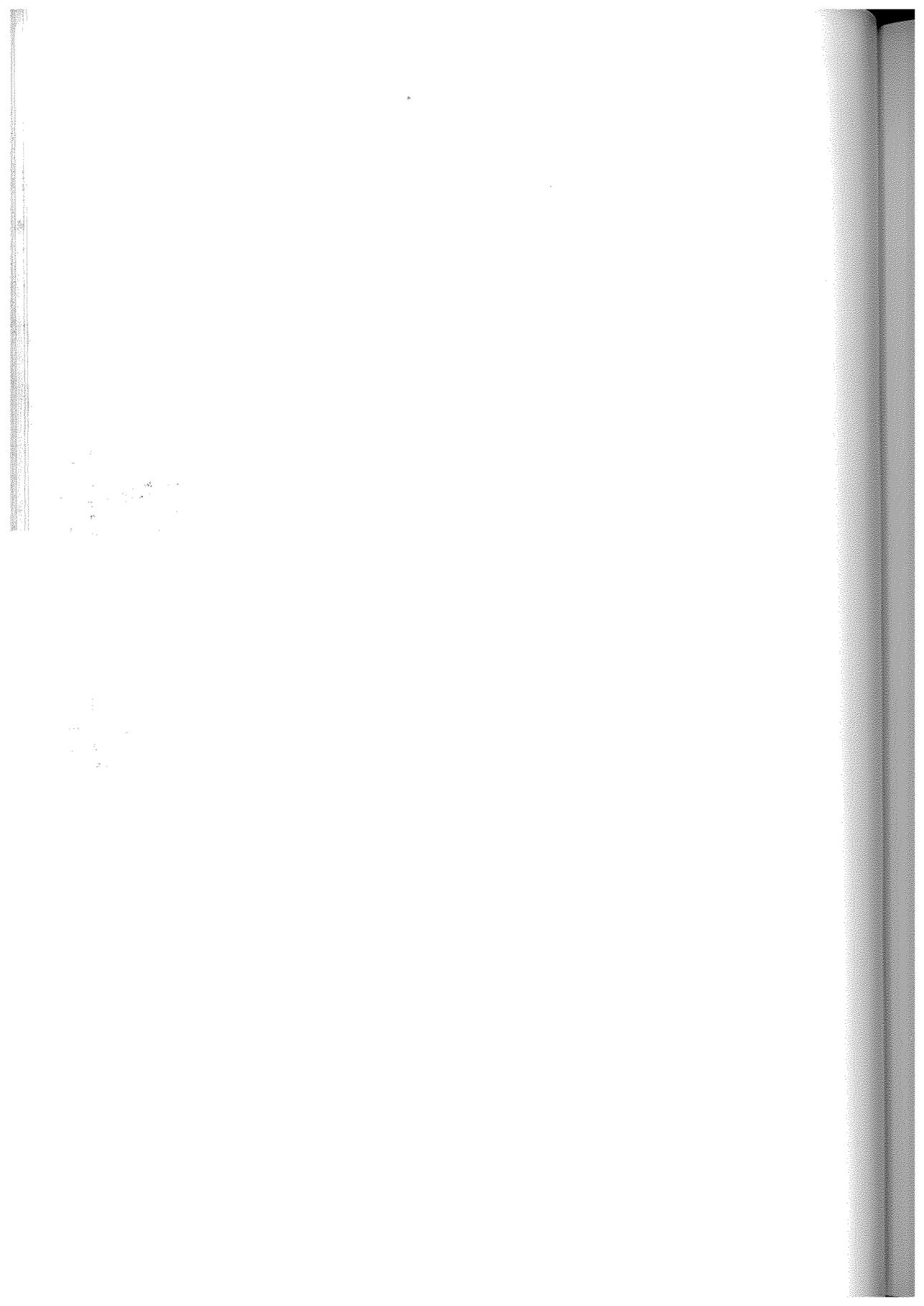


PÁGINA
GALDOSIANA S



V

AMADEO I, UN EPISODIO DE RUPTURA



Amadeo I, primer *Episodio* de la Serie Final, tiene un especial interés en la producción literaria de Pérez Galdós derivado de múltiples causas que pasaremos a analizar.

Cuando el escritor canario inicia esta obra tiene 67 años y es la primera que no escribe enteramente con su propia mano. Como veremos, esta circunstancia y el deseo de modificar la técnica narrativa habrían de repercutir sobre la estructura de la obra hasta el punto de significar una ruptura con las anteriores Series.

1.- Elaboración de la obra

Por la correspondencia mantenida desde Santander con Teodosia Gandarias, desde últimos de julio hasta mediados de septiembre de 1910, podemos reconstruir con gran exactitud la cronología de la elaboración literaria de este *Episodio*, ya que en ella le va dando cuenta del proceso de su creación.

Así, sabemos que el domingo 31 de julio aún no había comenzado a escribir *Amadeo I*. El día 4 de agosto, jueves, había iniciado ya el trabajo. Cinco días más tarde vuelve a escribirla y es entonces cuando le confiesa haberla elegido como deidad tutelar que le orienta e inspira: «Mi pensamiento está siempre contigo y en mis trabajos sobre *Amadeo* te invoco como deidad tutelar que me ilumina y me guía por estos laberintos de la amena y vaga literatura».¹ El 12 de agosto tiene dispuesto ya una parte del original que manda a la Imprenta de Tello.

Interviene Galdós el día 14 en los actos políticos organizados en Santander con motivo de la excursión a la ciudad de los radicales bilbaínos. Ese día llegaban a Santander Soriano y Julián Nogués, quien habló también en el acto. Tres días más tarde le manda a Teodosia una pequeña prueba de lo compuesto y le informa de haber hecho un nuevo envío a la Imprenta de Tello. Es en la carta del día 21 cuando le cuenta el propósito de la obra que está escribiendo con estas palabras: «Como necesito variar los asuntos, los personajes y hasta el método descriptivo para que la obra total no se haga pesada (el tomo actual es el 43 de la Serie) en *Amadeo I*, me

1.- Carta del 9 de agosto de 1910.

propongo hacer una obra parecida a las del género picaresco, que es la más interesante tradición de la novela española. En este tomo predomina pues el elemento cómico. Ya he pasado el Rubicón, es decir, ya he hecho más de cien cuartillas. Primero es dominar el asunto, lo demás irá rápidamente hasta el final».² Cuatro días después dice haber enviado a Madrid cien cuartillas escritas del *Episodio*.

A últimos de agosto, el diario *El Cantábrico*³ reproducía una necrológica de su hermana, Dolores Pérez Galdós, cuya muerte le origina un quebranto físico acompañado de un fuerte dolor de cabeza que le imposibilita continuar el ritmo de creación de ocho horas diarias dedicadas a escribir, trabajo que reanuda en seguida, según declara en carta del 4 de septiembre. En este intercambio epistolar, el día 8 vuelve a repetir el propósito que le guía al escribir la obra: «En *Amadeo I* verás una obra extraña, del género que llaman picaresco que es el género más castizo de la novela española, como *El lazarrillo del Tormes*, *Guzmán de Alfarache* y *Rinconete y Cortadillo* del maestro de maestros».⁴

Pocos días más tarde, aclara, de nuevo, los motivos que le llevan a utilizar este procedimiento de ruptura, con referencia a los *Episodios* anteriores: «He tenido que buscar formas nuevas de narración para evitar la monotonía».⁵ Es en esta carta donde asegura llevar escrita «más de la mitad» de la obra.

El viernes 16 de septiembre envía la última carta desde Santander y anuncia su llegada a Madrid el día 20, donde continuará la obra que suponemos debió de dejar escrita en Santander por el capítulo XVI o XVII, ya que en esta carta le comunica que ha llevado el protagonista hasta Durango.

En ningún momento del epistolario dice estar dictando el texto. Según Hinterhäuser, se puede calcular, de un modo aproximado, que Galdós escribió unas 343 páginas del manuscrito y dictó las restantes a su secretario Pablo Nougués.⁶ Por su parte, Warshaw puntualiza que la letra de Nougués aparece por primera vez en la mitad de la línea dos de la página 347.⁷

Desde Madrid, don Benito salió para Cádiz el 23 de septiembre para asistir a los actos conmemorativos del Centenario de las Cortes, donde leyó unas cuartillas.⁸ Allí pensaba entrevistarse con Emilio Díaz Moreu, marino de guerra, Ayudante de don Amadeo, quien le había prometido informarle de ciertos pormenores referentes a la vida de los Reyes.

En octubre de ese año concluía la obra en Madrid y en diciembre se publicaban ya tres capítulos; el primero a mediados de mes en *El país*, y a finales en *El Cantábrico* de Santander y *El tribuno* de Las Palmas.⁹

2.- Publicada por B. Madariaga, *Pérez Galdós. Biografía santanderina*, ob. cit., p. 356.

3.- *El Cantábrico*, 29 de agosto 1910.

4.- El epistolario de Galdós con Teodosia Gandarias ha sido publicado por Sebastián de la Nuez con el título de *El último gran amor de Galdós*, Santander, Excmo. Ayuntamiento 1993.

5.- Carta del lunes 12 de septiembre 1910.

6.- H. Hinterhäuser (1963), *Los Episodios Nacionales de Benito Pérez Galdós*, Madrid, Bibl. Románica Hispánica, 1963, pp. 53-57.

7.- J. Warshaw, «La Casa Museo de Galdós ¿en venta?», *La voz de Cantabria*, 11 diciembre 1927, p. 1.

8.- *El Cantábrico*, 24 y 25 de septiembre 1910.

9.- *El país*, 15 diciembre 1910; *El Cantábrico*, 30 diciembre 1910, pp. 1 y 2 y *El tribuno*, 31 diciembre 1910.

2.- Información oral y bibliográfica

Para la preparación de este *Episodio*, aparte de la consulta de determinadas obras históricas referentes a la época, es muy posible que Galdós recogiera también algunos detalles sobre la política zorrillista de dos viejos republicanos de aquel partido que frecuentaban entonces su casa de Santander: el doctor Enrique Diego Madrazo y el piloto Policarpo Lasso. Pereda, que había sido diputado en aquella legislatura había ya muerto. Igualmente debió de recoger en Santander pormenores sobre la estancia del rey Amadeo en la ciudad en el verano de 1872, datos que unió a sus recuerdos de aquel momento cuando realizó su segundo viaje a Cantabria. En este sentido, cuenta su estancia en Santander y los problemas que tuvo el rey para alojarse, la acampada de los militares en las colinas verdes cercanas al Sardinero, la vida campestre que hacía el monarca y su carácter sencillo y campechano. Aprovecha este momento Galdós para tratar los chismorreos públicos sobre los amores ocultos del rey con la hija de Larra, conocida por la «dama de las patillas».

En 1909 le había escrito un corresponsal de Berja (Almería), M. Damato, anunciándole poseer recortes de prensa y cartas del rey Amadeo a su padre. En una nota de Galdós en los apuntes de *Prim*, puso de su puño y letra: «Pedirle documentos políticos referentes al otro reinado».¹⁰

Como en otros *Episodios*, Galdós tenía unas listas que mandó preparar (ya que la letra no es suya) para este *Amadeo I* con los principales acontecimientos políticos de 1871 y 1872.¹¹ Pero tenía también unas notas sobre los primeros ayudantes del monarca, la estancia en Santander, la vida privada de los Reyes e, incluso, lo que comía y fumaba don Amadeo, notas que utilizó en la obra (Vid. pp. 144-145, 146-147 y 165 de la edición consultada)¹² y que posiblemente fueron las que le facilitó Díaz Moreu. Con la letra de Nougues existen también unos apuntes sobre la Junta Suprema del Consejo de la Federación Española y el sitio donde se reunía (pp. 14 y 15). Finalmente se sirvió en la obra de una carta que le escribió Albareda, tal como ha demostrado Jacques Beyrie.¹³

Pero junto a esta documentación, Galdós consultó también una serie de obras históricas alusivas al reinado de Amadeo I. En este sentido conocemos, según ya apuntó F. Montesinos, cómo utilizó el libro de Nicolás Estévez, *Fragmentos de mis memorias* (Madrid, Álvarez, 1903), con partes literales y otras no exactas, aunque pone comillas.¹⁴ Igualmente manejó *Crónicas retrospectivas* (Madrid, Sáenz de Jubera, 1901) de Juan Valero de Tornos, ejemplar que aparece señalado, sobre todo, en la parte del discurso de abdicación del rey (ver pp. 278-279 de la obra y 188 de nues-

10.- María del Pilar García Pinacho: «Pasado, presente y futuro de la prensa en *Amadeo I*». Según la autora, la mayor fuente de información periodística procede de *El imparcial*, (comunicación escrita de la autora).

11.- Documentación procedente del archivo de la Casa-Museo.

12.- *Amadeo I*, Madrid: Alianza/Hernando, 1980. Las sucesivas citas se refieren siempre a esta edición.

13.- *Galdós et son mythe. Liberalisme et christianisme en Espagne en XIX Siècle (1843-1873)*. Tesis de la Univ. de Toulouse II, vol. I, p. 373.

14.- N. Estévez, *Fragmentos de mis memorias*, Madrid, 1903. Compárense los capítulos 34 (1871) y 35 (1872) de Estévez, pp. 359 y ss., con el cap. XI del *Episodio*, pp. 75-77 de nuestra edición.

tra edición), libro del que copia los espectáculos que veía el público madrileño en el otoño de 1872 (p. 175 de nuestra edición).¹⁵

El tratado *Las Constituyentes de la Primera República* (Paris, s.a.), de Miguel Morayta, posee subrayados y señales marginales relacionadas con fechas que utilizó, en este caso, muy poco (Ejemplar de la Casa-Museo, Sala XI, 478). Lo mismo sucede con la *Historia General de España* de Modesto Lafuente (Barcelona: Montaner y Simón, 1890) con subrayados y algunas notas marginales con fechas debidas a la letra de Galdós. Estas señales le sirvieron, tal como hemos comprobado, para seleccionar hechos históricos con los que elaboró las listas cronológicas utilizadas como guía.

Existe otro libro que recoge la historia de este reinado del que no tenemos prueba de que le consultara Galdós. Es el de Ildefonso Antonio Bermejo, *Historia de la interinidad y guerra civil en España desde 1868* (Madrid, 1876). Sin embargo, en él (vol. II, p. 810) se cuenta el atentado del Rey con bastante exactitud y parece que la escena del *Episodio* (preparación del atentado e, incluso, el detalle de la herida sufrida por una yegua, no caballo, que arrastraba el coche del rey) está inspirada en el capítulo de Bermejo. También anota Galdós el nombre de uno de los heridos, al que llama «tío Martín», como uno de los forajidos al que cita extensamente Bermejo (pp. 810 y 361 de dicha obra y 158 de nuestra edición de *Amadeo I*).

El armazón histórico de la narración no pasa de ser limitado, a modo de recuerdos, existiendo una gran diferencia en la extensión y tratamiento de los temas de aquel reinado. Así, mientras sintetiza al máximo las contiendas carlistas en el Norte, la alta Cataluña, el Maestrazgo y provincias de Levante, pormenoriza, por ejemplo, los funerales de Prim, el atentado del rey o sus amores en Santander. Galdós recoge la parte anecdótica y la pequeña historia no escrita e, incluso, utiliza informaciones verbales o las que le proporciona su excelente memoria. En este sentido, el *Episodio* incorpora también muchos recuerdos de aquellos años suyos cuando colaboraba en la prensa y revistas de Madrid.

Dentro de la información oral que recabó Galdós para este *Episodio* merece una mención aparte la colaboración prestada por Teodosia Gandarias y a la que se refiere el autor en numerosas ocasiones del epistolario. Así, le dice el 25 de agosto: «Echo muy de menos tu ayuda para este trabajo rudo» y el 12 de septiembre la promete darle a leer en pliegos y galeradas «más de la tercera parte de la obra». ¿En qué consistió esta colaboración de Teodosia? El mismo Galdós nos informa que fue a partir de su encuentro en Madrid cuando ya llevaba bien adelantado este *Episodio*. Teodosia no sólo le dio su opinión sobre lo escrito sino que también aportó ideas, como se desprende de la última carta en la que escribe don Benito: «Voy a Madrid, primero con la ilusión de verte, y con la idea de que nuestras próximas conversaciones me ilustren el libro», y más tarde añade: «Pues has de contarme tú mil pormenores de la vida vasca, cosas de comidas, de costumbres, y cuanto se te ocurra para dar a mi relato toda la verdad posible».

15.- Archivo documental Casa-Museo de Pérez Galdós.

3.- El panorama político y religioso de la obra

No se puede comprender el contenido político y religioso de este *Episodio* sin conocer los acontecimientos históricos en 1910, que influyeron en Galdós cuando estaba escribiendo *Amadeo I*.¹⁶

Galdós había sufrido ya para entonces un profundo cambio en la mentalidad política, que apuntaba hacia «una reforma inmediata, radical, concluyente...» (p. 80) afín a las ideas de Ruiz Zorrilla, al que, precisamente, en la época en que se desarrolla el reinado de Amadeo I había rechazado en sus artículos publicados en la *Revista de España* (1871-72). En ellos se advierte un tono moderado en el análisis de la situación política y su alejamiento de los partidos extremos y de los radicalismos. Era partidario entonces Galdós de la continuidad del gobierno de «conciliación» de unionistas, progresistas y demócratas. Sin embargo, ataca a los carlistas y a los republicanos y, como dice Demetrio Estébanez,¹⁷ esta crítica alcanza también a los socialistas. Aunque con respeto, Ruiz Zorrilla era también entonces objeto de su censura, pero en *Amadeo I* se produce un fenómeno inverso. Así, define ahora al político como «el más valiente y entero de los hombres de la revolución, popular cual ninguno por mirar de frente a los intereses del pueblo, voluntad firme, corazón que ardía en el amor romántico de una España redimida» (pp. 40-41). De su gobierno dirá que «trajo a la política oxígeno abundante y frescura de reformas por las que suspiraba el envejecido ser de la patria» (p. 41). En los *Episodios* de la Quinta Serie, Galdós ataca a los partidos de la Restauración, incluso al de Sagasta, y se muestra partidario, como decimos, de la doctrina política de Ruiz Zorrilla. «De broma en broma fui a parar a mi grave profesión de fe política, diciéndole que yo no quería cuentas con Sagasta, el cual era el escepticismo, el aplazamiento, el «ya se verá», y yo aceptaba de lleno el programa de don Manuel Ruiz Zorrilla» (p. 80).

Joaquín Casaldüero dice que, en la última serie, Galdós reconoce el fracaso de la burguesía que «hacía obligatorio el paso del poder a la clase trabajadora». ¹⁸ Justamente ese verano de 1910 se verá agitado por la prolongada y dura huelga general de los mineros de Bilbao, que durará del 16 de julio hasta el 20 de septiembre y se hace extensiva a algunas comarcas de la provincia de Santander. Con motivo de la llegada a esta ciudad de los radicales bilbaínos, el 14 de agosto, habló Galdós pidiendo «la suprema concordia entre los pueblos que aspiren a la paz laboriosa, en el seno de un régimen de verdadera democracia y cultura...». ¹⁹

16.- Es indudable que Galdós pretendió en esta obra comparar el presente con el pasado histórico del *Episodio* que escribía. En la colección de las galeradas suprimió, en el capítulo VI, un párrafo que lo corrobora, en el que decía: «...que el isleño me dio libertad para que hiciese, si así me cuadraba, historia vulgar comparativa, cotejando los sucesos de nuestros días con los de aquellos ya remotos: que no hay nada tan instructivo y ejemplar como el poner en disposición paralela hechos y personas» (Ejemplar en la Casa-Museo, p. 51 galeradas).

17.- D. Estébanez Calderón, «Evolución política de Galdós y su repercusión en la obra literaria», *Anales galdosianos* 1982, pp. 7-23.

18.- «Los *Episodios Nacionales* dentro de la unidad de la obra galdosiana», *Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Madrid, 1977, p. 142.

19.- B. Madariaga, Ob. cit. p. 229.

En el aspecto religioso, la nota destacada de ese mismo verano fueron los choques ideológicos de clericales y anticlericales que protagonizaron mítines y escritos en favor o en contra de las escuelas laicas y de la política religiosa seguida por el Gobierno. En esta misma línea está también *Cassandra*, estrenada en el Teatro Español en febrero de ese año, en la que existe un fuerte ataque a la hipocresía religiosa y aparecen estas dos tendencias en pugna.

El estado de ánimo, provocado por esta situación, influiría sobre el novelista, cuyo anticlericalismo se había acentuado a partir de los ataques sufridos con motivo del estreno de *Electra*. Lo que sí podemos afirmar es que *Amadeo I* es un *Episodio* de gran contenido anticlerical, en el que Galdós utiliza su fina ironía y traslada esa crítica a la política de Pío IX, el Papa más discutido por los católicos liberales.

Cuando está a punto de terminar Galdós su veraneo en Santander, lleva a su personaje, Tito Liviano, a Durango, lo que le da pie para hablar del carlismo y la religiosidad del pueblo vasco. Véase, en este sentido, sus conversaciones con el cura José Miguel Choribiquieta. Una vez más, Galdós ataca a los neocatólicos y tradicionalistas e ironiza sobre el pretendiente, al que llama «Carlitos VII». En el capítulo 17, aparece la conferencia de Tito al estilo de Fray Gerundio. Con este motivo Galdós censura la política de Pío IX. Tito les habla de su idea de la República Hispano Pontificia. Hay en este capítulo, como decimos, un fuerte contenido anticlerical en unos momentos en que estaba muy acentuado ese sentimiento en Galdós. El que llama «discurso chancero» sobre la citada República encierra una sátira contra la religiosidad extrema y, a veces, fanática, de grupos de tradicionalistas y neocatólicos vascos. En un momento del discurso dice: «La causa de Dios triunfará en Vasconia, y en Vasconia tendrá su principal asiento, cabeza de todos los reinos católicos de nuestra España» (p. 121). Al haberle sido arrebatados a Pío IX los Estados Pontificios por Víctor Manuel, el conferenciante propone que el nuevo Estado se instale en España y se mande a él a «todos los frailes y monjas que tengais disponibles» (pp. 123-124) para ser gobernados por el Papa como nuevo soberano. Es, pues, evidente la crítica al poder temporal de la Iglesia y a la que llama «Política de Dios y Gobierno de Cristo».

4.-Técnica novelística

Galdós dudó mucho, antes de escribir este *Episodio*, en cuanto a la técnica que iba a seguir y, en un principio, pensó, incluso, que fuera una novela dialogada. Al reanudar estos *Episodios* de última hora, cuya terminación había anunciado en la serie anterior, se vio obligado a un cambio total respecto a los anteriores en el argumento, personajes y método, como le confesó a Teodosia Gandarias. Pero aparte de esta idea de cambio, ruptura lo llamamos nosotros, el *Episodio* ofrece otras características que le convierten en una obra singular dentro de una nueva técnica estilística, que algunos autores han mal denominado «estilo de vejez». Juan Ignacio Ferreras califica esta última serie de «memorias políticas» que corresponden, a su juicio, a un tipo nuevo de novela histórica.²⁰ Por otra parte, Casaldueiro identifica este último período de Galdós con la aparición de figuras mitológicas y de lo

inverosímil en su obra, que Ignacio Elizalde llama, a su vez, mitológico-alegórico.²¹

Amadeo I consta de 28 capítulos que recogen la grande y pequeña historia del reinado de Amadeo de Saboya relatado por un pícaro del siglo XIX. Junto a recuerdos autobiográficos de aquel período, abundan las anécdotas y los detalles, con mezcla de lo histórico y lo apócrifo. Al estilo de Fray Antonio de Guevara en Marco Aurelio, Galdós se inventa discursos, inserta textos de otros autores y apunta esos detalles menores, secundarios o anecdóticos, si se prefiere, pero sumamente indicativos y que no suelen recoger los tratados de historia. El propio Galdós, a través del protagonista, nos dirá que en algunos momentos la historia descalzada del co turno se pondrá las zapatillas y añade: «¡Cuántas veces nos ha dado la explicación de los sucesos más trascendentales, en paños menores y arrastrando las chancletas!» (p. 33).

Como en otros *Episodios*, aquí también están presentes dos planos, uno de ficción o literario y otro histórico, al que se incorpora el pensamiento o conciencia histórica del autor. Beyrie lo corrobora cuando escribe que «Galdós se mete directamente en escena en *Amadeo I*».²² La narración en primera persona y la mezcla de hechos y personajes históricos, junto a otros imaginados convierten este *Episodio*, en efecto, en una especie de memorias noveladas en las que el relator no siempre guarda la cronología como corresponde a quien se basa prácticamente en los recuerdos. El amigo de Tito le propone, de esta manera, escribir estos recuerdos, cuando le dice: «Puedes observar el método que quieras, ateniéndote a la cronología en lo culminante y zafándote de ella en los casos privados, aunque éstos a veces llegan al fondo de la verdad más que llegan los públicos. Puedes entreverar entre col y col la lechuga de tus conquistas; ya sé que han sido innumerables, algunas acometidas y consumadas con temerario atrevimiento y dramáticos peligros...» (p. 39).

Los amores de este hombre pequeño constituyen la base del plano novelesco donde aparece, como en otras obras de Galdós, lo real y lo político e imaginario, basado, en ocasiones, en datos autobiográficos más o menos alterados o enmascarados. En un momento Tito se pregunta en estas memorias: «¿Todo lo que cuento es real, o los ensueños se me escapan del cerebro a la pluma y de la pluma al papel? ¿Las amorosas conquistas que me sirven de trama para la urdimbre histórica, son verdaderas o imaginarias? ¿Creo en ellas porque las imagino, y las escribo porque las creo?...» (p. 90). Una vez más, el autor de los *Episodios* hace coexistir personajes históricos y de ficción, en un relato también mezcla de realidad y de invención, creando una narración en la que el propio autor participa, como trasunto del protagonista, aparte de contribuir, como decimos, con el contenido ideológico.²³

20.- «Una estructura galdosiana de la novela histórica», *Actas del Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas, 1978, vol. I, p. 124.

21.- «Los *Episodios Nacionales* dentro de la unidad de la obra galdosiana», ob. cit., p. 142; Ignacio Elizalde, ob. cit., p. 61, y Dolores Troncoso Durán: «La unidad de la Quinta Serie de los *Episodios Nacionales*», en *Revista de Literatura*, n° 95, enero-junio de 1986, pp. 51-74.

22.- Ob. cit., p. 142.

23.- En la p. 52 de las galeradas suprimió Galdós este párrafo indicador de la identificación del narrador con el personaje: «Recomendóme (el isleño) además que inventara un nombre y con él figurara en la historia o fábula, para que su personalidad y la mía no se confundieran» (Cfr. las pruebas en el lugar citado).

El hecho de escribir estas páginas con una perspectiva histórica de 37 años, le permite interpretar la historia de una forma objetiva y subjetiva, al participar, como él dice, con lo verídico y lo increíble o, dicho de otra forma, de tal manera que lo verosímil sustituya a lo verdadero corrigiendo en ocasiones a la historia. Véase, por ejemplo, el comienzo del capítulo X, donde ensalza el radicalismo y exhorta, incluso, a Ruiz Zorrilla para sacar a la nación de su atonía y somnolencia (p. 66), lo que supone dictado por el propio político, al que se dirige como si fuera la conciencia de la historia: «Don Manuel de mi alma: o sois el salvador de España, o quedaréis perdido en el montón gregario, donde se os pondrá un cencerro y pastaréis tranquilamente en el presupuesto...» (p. 67). La aparición igualmente de «signos simbólicos» (p. 151) será un recurso más para la crítica del momento histórico, imaginación simbólica que, como dice Germán Gullón, casi nunca falta en su obra.²⁴ La aparición de personajes fantásticos, como «Tía Clío» y el proteísmo del protagonista hacen que en ocasiones el relato sea como un sueño de «incierta realidad» (p. 37). Y por fin, a modo de conclusión, ruega a los lectores «que no separen lo verídico de lo increíble y antes bien lo junten y amalgamen; que al fin, con el arte de tal mixtura, llegarán a ver claramente la estricta verdad» (p. 141). Este carácter irreal se debe, en parte, también a la «falta de método» (p. 15) en algunos momentos y lo mismo respecto a la cronología que le hace, en ocasiones, volver atrás o el incluir hechos anacrónicos, como suponer, en ese momento histórico, a Menéndez Pelayo instalado en la Academia de la Historia (p. 68). Todo ello está acorde con la situación política anómala de aquel reinado que describe. Pero este desorden, intencionado o no, ofrecía una nueva técnica novelística, que después ensayarán otros autores.²⁵

No estamos, pues, de acuerdo en considerar como estilo decadente o de vejez esta última serie y si bien no acertó Galdós, salvo en algún momento, en hacer una obra amena, con predominio del elemento cómico, como le anunció a Teodosia, sí consiguió un *Episodio* que participa de una base realista y a la vez fantástica, entonces en boga y ya ensayada por él y que va desde *La sombra* (1868) hasta *La razón de la sinrazón* (1915).²⁶

El estilo en primera persona, propio de la autobiografía y del género picaresco, le permite el habla coloquial y el empleo de términos vulgares («gandules presupuestívoros», «tonticomios», «carlistones», «curárganos», «clerizontes», «metingues», «programa pistonudo», etc.) que se hará aún más rico, en *De Cartago a Sagunto*.

24.- «La imaginación galdosiana: su funcionamiento y posible clasificación», *Actas del Segundo Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, ob. cit. vol. I, p. 168.

25.- La descripción, en forma de memorias, de la sociedad y de los hechos históricos, con utilización de lo fantástico o insólito, tiene numerosos ejemplos. Véase, en este sentido, como obra más reciente, *Los helechos arborescentes*, de Francisco Umbral, Barcelona, Argos Vergara, 1980.

26.- Para conocer la bibliografía sobre este tema ver: F. Yndurain (1977), «Sobre *El caballero encantado*», *Actas del Primer Congreso Internacional*, ob. cit., pp. 336-350, y de S. de la Nuez (1978), «Génesis y estructura de un cuento de Galdós», *Actas del Segundo Congreso Internacional*, ob. cit., vol. I, pp. 181-201.

Tienen especial interés costumbrista los villancicos de los ciegos con alusiones políticas que, a modo de coplas, cantaban por las casas. Así, recoge algunos que dice le hicieron mucha gracia: «En la mitad del camino/ iba San José cansado./ Fue a llamar a una posada/ y le salió un moderado./ A otra posada llamó/ ya fatigado de andar/ y le dijo el posadero:/ Entra, Pepe federal».

A veces, con objeto de halagar o provocar, según las diferentes tendencias políticas, los astutos mendigos oportunamente cantaban coplas como éstas: «Vinieron los pastorcillos/ a besarle pies y manos;/ Jesucristo muy contento/ porque eran republicanos». Y cuenta Galdós por boca del protagonista que al párroco del pueblo, «tachado de carcunda» le cantaron otra que decía: «Viva Jesús Nazareno,/ Juez de Nuestra Religión./ Viva Jesús Nazareno/ y don Carlos de Borbón» (pp. 178-179).

5.- Personajes

Al ser los *Episodios* una fusión o entramado de ficción y realidad histórica, los personajes del relato tienen idéntica procedencia. El protagonista y autor del relato es Tito Liviano o Proteo Liviano, alter-ego de Galdós, pícaro del siglo XIX, de 23 años, mezcla genealógica procedente de nobles y plebeyos, ortodoxos y heterodoxos, representación de las dos Españas.

Tito es un pícaro dedicado al periodismo, que va a ser testigo de diversos acontecimientos de la historia de España, en los que participa como observador y protagonista: «... el isleño me autorizó a contar la historia como testigo de ella figurándome en algunos pasajes, no sólo como presenciador, sino como lo que en literatura llamamos héroe o protagonista» (pp. 39-40).

Tito repartirá sus ocupaciones -como Galdós- entre el periodismo y las conquistas amorosas. Se convierte así en un «pícaro corretón», don Juan, seductor pese a su escasa estatura, que, como buen burgués, participa en política y busca situarse en el aparato burocrático del Estado: «Todos los españoles adquirimos con el nacimiento el derecho a que el Estado nos mantenga, o por lo menos nos dé «para ayuda de un cocido» (p. 28).

La abundancia en el *Episodio* de elementos autobiográficos se advierte en la coincidencia, en algunos aspectos, con la vida de Galdós durante esos años en Madrid. «De asuntos privados, confundidos con los públicos hablaré -dice el protagonista- para que resulte la verdadera historia» (p. 33).

En el segundo capítulo nos ofrece Galdós la descripción física del narrador, unido a la ascendencia y aficiones amorosas del protagonista, cuyo auténtico nombre es Proteo Liviano, del que procede el de Tito Livio, utilizado en sus primeros escritos. El novelista juega con los dos significados. Por un lado Proteo es el dios de la mitología griega con dos facultades que va a utilizar también su homónimo, protagonista del relato: profetizar el futuro y cambiar de forma a voluntad. Liviano, a su vez, significa de poco peso, ligero y también lascivo, lo que le va bien a este personaje afortunado en amores. Pero no olvidemos el pseudónimo periodístico tomado

del historiador latino también apropiado en sus relaciones con la «Madre Mariana», «Tía Clío» o «Mariclío».

Tito es un pícaro burgués que confiesa haber pasado miserias, sufrido persecuciones y andado errante fuera y dentro de España, pero no es un pícaro proveniente de la más baja escala social al estilo del pícaro clásico. Tampoco es austero y casto. Es uno de tantos pícaros de la llamada clase media de su siglo que se comporta como un hombre libre e inadaptado y que, por añadidura, es un cínico. Busca a la mujer numéricamente, necesita el cambio y con este objetivo conoce a numerosas mujeres de muy diferente condición física y social (grandes, pequeñas, casadas, solteras, viudas) y algunas con sus mismas cualidades que las hace modelo de la picaresca femenina. Celestina Tirado, por ejemplo, es uno de estos casos.

Galdós utilizará para estos lances amorosos recuerdos de sus propias vivencias y de las mujeres que pasaron por su vida, a las que agrupa cronológicamente en el corto reinado de Amadeo I. Así, vemos que Obdulia le llama cariñosamente «Mico» y la condesa de Pardo Bazán llamaba a Galdós «Miquiño» en su correspondencia. Mejor retratada está Graziella, personaje en este caso inspirado, como diremos en otro lugar, en Concha Ruth Morell, a la que retrata con bastante exactitud. También Lorenza Cobián es identificable en este catálogo de mujeres. Dentro de los personajes fantásticos, «Mariclío» o «doña Mariana» están dotadas de una «doble calidad real y quimérica» (p. 160) ambas inspiradas en Teodosia Gandarias. En *España trágica* (1909) ya se la cita representando la Historia como personaje. En *El caballero encantado* (1909) la encontramos bajo el nombre de Pascuala, de la que se dice que es «maestra con título» y en *La Primera República* (1911) dirá de «Mariclío» que es maestra de maestras. En el Episodio se alude a sus «tendencias a la ubicuidad» (p. 129). Esta madre Mariana, personificación de la Historia, es mentora y compañera de Tito, al que informa, aconseja y protege como «ninfa hechicera». Hinterhäuser (1963) en su estudio sobre los *Episodios Nacionales*, aun ignorando entonces su verdadera identificación, lo intuye al decir que «aparece como mujer del pueblo» y que la une «una gran familiaridad» con Tito.²⁷ Ella es la Historia con mantón, delantal y pantuflas, una Historia que encarna al pueblo, por cuya boca habla.

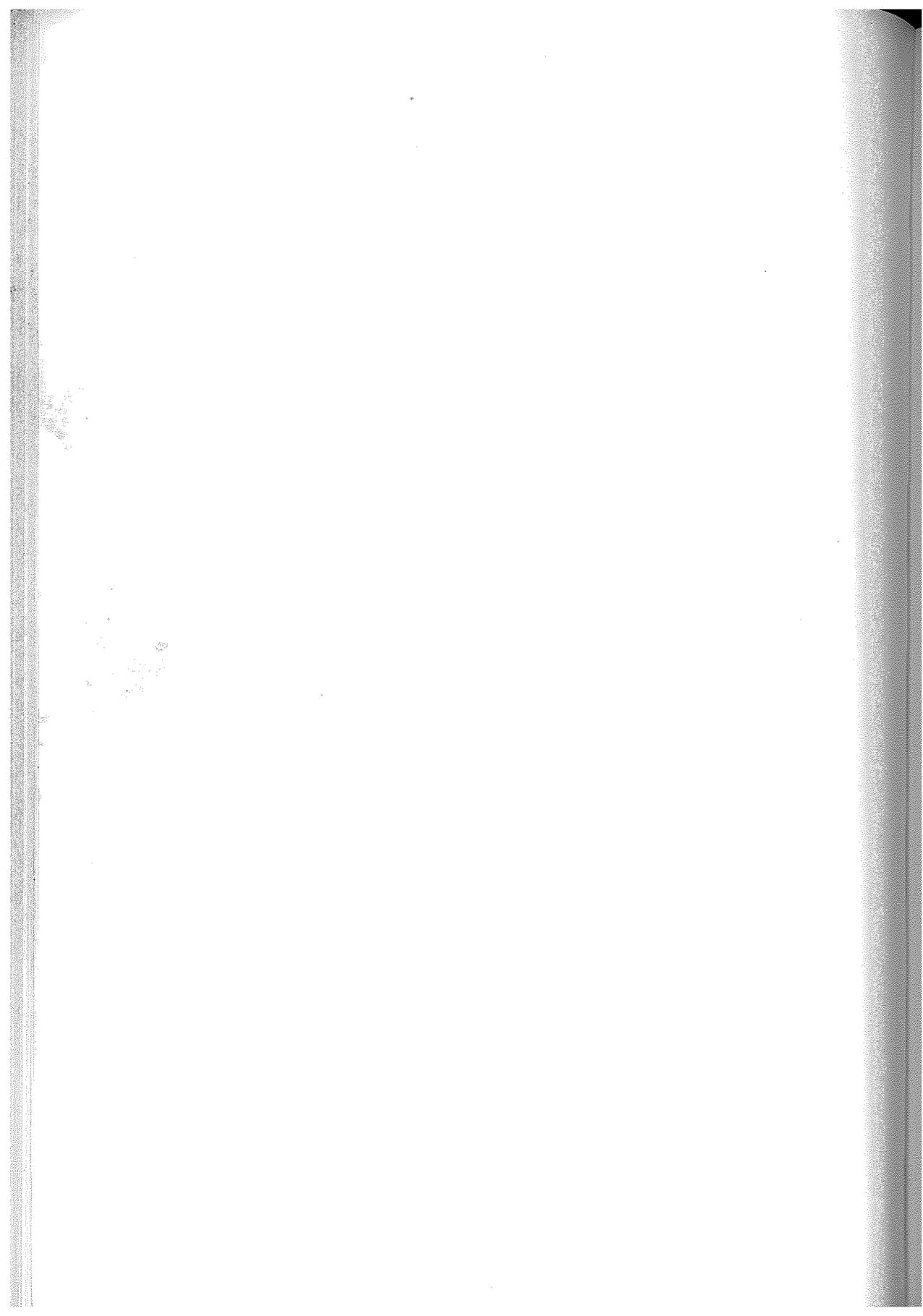
En el viaje a Madrid en su compañía, Tito sufre las primeras transformaciones al mermar de talla. De esta manera se hace invisible a causa de su diminuto tamaño y realiza el oficio de duende. Tito es como el diablo cojuelo, «hombrecillo de pequeña estatura» que se mete en las casas y en el palacio y nos ofrece detalles de la vida íntima de los reyes: «Yo disfrutaba el placer de verlo todo sin ser visto, y de ejercitar el don de la crítica, el don de la burla, más precioso aún, sin que nadie por ello me molestase» (p. 142).

Dentro de esta misma tradición española²⁸ se puede considerar el caso de animalización de Tito y Tita, convertidos en el último capítulo en «gatos diminutos» (p. 192) que recorren las estancias regias para ofrecer el testimonio del abandono del palacio de la familia real al declararse la República.

27.- Ob. cit. p. 114.

28.- Recuérdese, como antecedente, aunque sea en sentido contrario, «El ratón cambiado en niña», del *Calila e Dimna* o el caso de los perros Cipión y Berganza.

La técnica de la reaparición de personajes o el empleo de nombres ya utilizados en otras obras es también una constante de *Amadeo I*, donde aparecen de nuevo Plácido Estupiñá, Torquemada, José Ido del Sagrario, don Casiano y doña Dulce, etc. Son como actores que actuarán representado diversos papeles.

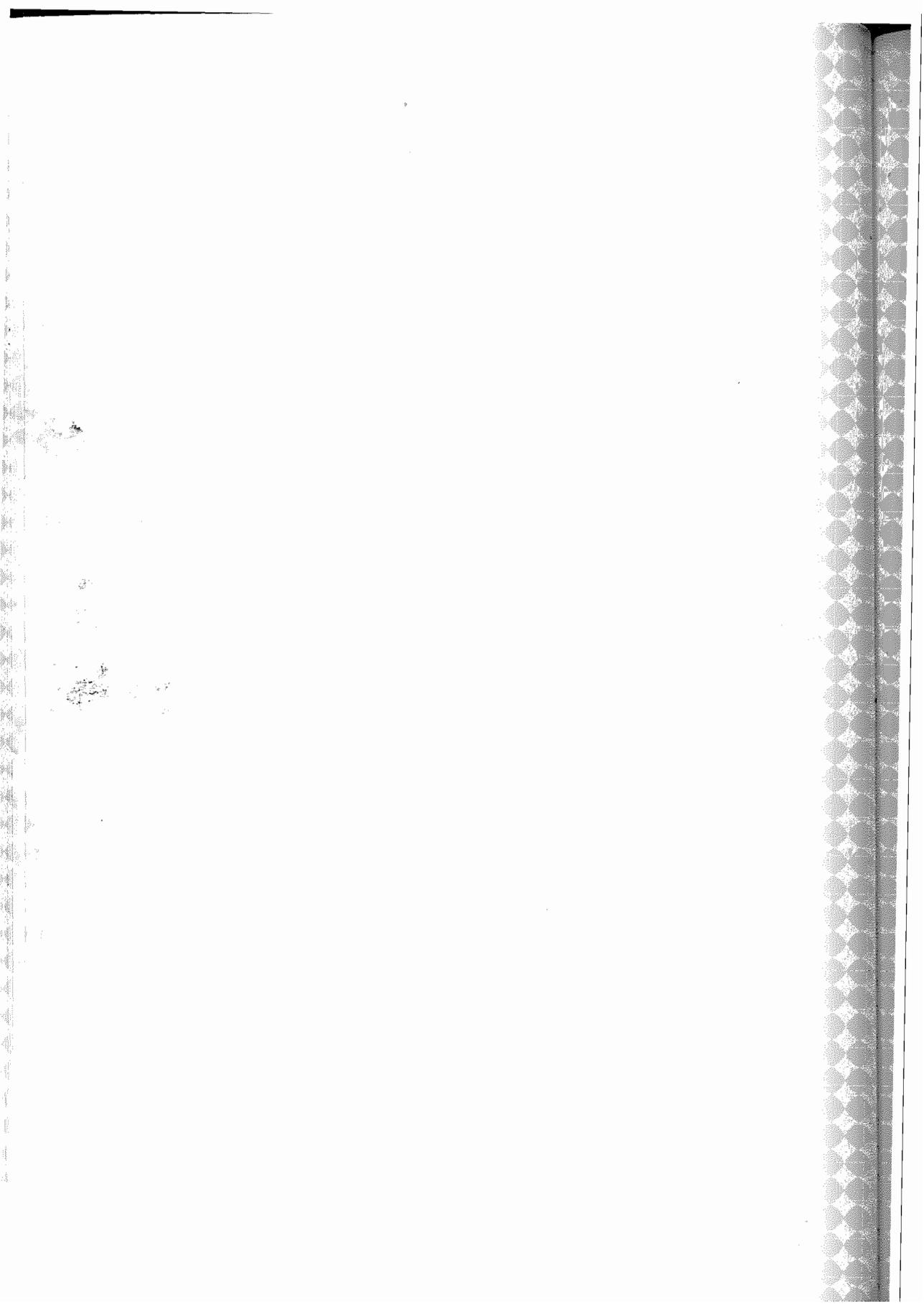


PÁGINA
GALDOSIANA S



VI

CONCEPCIÓN MORELL EN LA VIDA Y OBRA DE GALDÓS



1.- Bosquejo biográfico

No tendría especial interés el estudio de la vida de Concepción Morell y Nicolau si no fuera por su proyección literaria en la obra de don Benito Pérez Galdós. Sin embargo, esta mujer tan desgraciada, amante del novelista, a la que éste quiso y temió a la vez, ha suscitado ya una abundante bibliografía referida a diversos aspectos de su vida.¹

Galdós se sintió atraído por ella, debido a su juventud y a tener cierta belleza y alguna cultura. Pero fue su temperamento inestable y el ser bastante indiscreta, lo que promovió riñas entre ambos, hasta que el novelista decidió, por temor, apartarla de su vida. Sin embargo, en sus mejores momentos mantuvo una extensa correspondencia con ella y, como hizo también con otras mujeres, le remitió pruebas de sus obras en demanda de opinión.

Por lo que sabemos, Concha Morell pudo ser hija del ebanista Manuel Morell Gómez, casado en Córdoba con Dolores Nicolau, prima de los hermanos José y Ángel Redel, sacerdotes de esta localidad.² Habiendo emigrado el matrimonio a América, motivado por necesidades económicas, recorrieron diversos países sin que se tenga información de la vida que llevaron en ellos. Tal como le contó en 1902 J. B. Sitges Grifoll a Narciso Oller en una carta,³ en la que nos basamos para el conocimiento de esta primera época, al cabo de algún tiempo la mujer volvió a

1.- A. F. Lambert: «Galdós and Concha-Ruth Morell», *Anales Galdosianos*, 1973, pp. 33-49. Gilbert Smith: «Galdós' Tristana, and Letters from Concha-Ruth Morell», *Anales Galdosianos*, 1975, pp. 91-120. Benito Madariaga: *Pérez Galdós, biografía santanderina*, Santander, Institución Cultural de Cantabria, 1979, pp. 76-87. Benito Madariaga: «Concha-Ruth Morell la Tristana modelo de Galdós», *Libredón*, Santander, 1984, pp. 18-21. Carmen Menéndez Onrubia: «Introducción al teatro de Benito Pérez Galdós», Madrid, C.S.I.C., 1983, pp. 233-235. Matilde Camus: «La amante judía de Pérez Galdós vivió y murió en Monte», *Efemérides del lugar de Monte*, t. 1, Santander, Tantín, 1989, pp. 61-78. Ángeles Rodríguez Sánchez: «Aproximación a Concepción Morell. Documentos y referencias inéditas», *Actas del Cuarto Congreso Internacional de Estudios Galdosianos (1990)*, II, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de G. C., 1993, pp. 509-522.

2.- Debo la fecha exacta de su nacimiento y los datos de su familia a la cortesía de Ángeles Rodríguez Sánchez.

3.- Carta reproducida por A. F. Lambert, ob. cit. pp. 33-37.

Córdoba en gestación y sin el marido, del que dijo que había fallecido. A los pocos meses, en abril de 1864, tuvo lugar el nacimiento de una niña, que vivió con su madre en medio de murmuraciones a causa de su forma de vida, que hicieron perdiera el trato de las personas honestas de la localidad. Por este motivo se trasladaron, según se supone, a Madrid, no sin que regresaran en 1880 de nuevo a Córdoba, de donde volvieron a salir, ante las quejas y reprensiones de uno de los parientes sacerdote. Al año siguiente volvió sola la madre y, según dijo, la hija se había quedado enferma en San Sebastián. Rechazada por la familia, sobrevivió malamente hasta que se vio obligada a ingresar en las Hermanitas de los Pobres de Córdoba, donde falleció, sin la compañía de su hija, al cabo de algún tiempo. Ésta, en tanto, había quedado al cuidado y protección de «una buena gente extraña».⁴ Al encontrarse sola e independiente confesó, más tarde, que abandonó a su protector «para correr en pos del arte... escénico y del amor».⁵

El retrato que tenemos de ella, según Sitges, es el de una mujer «de facciones correctas y delicadas, rubia, fresca, blanca, bien formada, esbelta, elegante, agradable y simpática».⁶ Concha era veintiún años más joven que Galdós. En la Casa-Museo de Las Palmas de Gran Canaria se conserva su epistolario con el novelista y un mechón de pelo de color castaño que le envió como recuerdo. A pesar de cautivarle, los defectos del carácter de la joven ocasionaron posteriormente la ruptura.

Galdós, hombre ducho en la conquista de mujeres, debió de conectar con la Morell a través de una nota o carta enviada por ésta. El protector de Concha, a cuyo cuidado la había dejado su madre, era un hombre mucho mayor que ella, a quien ésta llamaba «papá». En una de sus cartas Concha cuenta así la historia: «Tengo parientes pero siempre he vivido alejada de ellos. Mi pobre madre por no dejarme sola en el mundo estaba dispuesta a buscarlos, aunque tenía seguridad de que me tratarían como inferior. Por eso yo acepté, preferí la protección de un extraño, que si no es completamente desinteresado, es honrado y leal».⁷ Este personaje tuvo celos de Galdós por haber fácilmente conquistado a su protegida, con lo que la situación se corresponde bastante con la que luego desarrollará el novelista en *Tristana*, en la historia de don Lope.

Respecto a Concha Morell, su vida no fue nada afortunada y debió de vivir como pudo, en manos de protectores del momento y, para mayor desgracia, con numerosos padecimientos psíquicos y físicos que hicieron de ella una mujer enferma. Sin familiares y sin amistades desinteresadas, sin trabajo ni un oficio o profesión concretos, Concha Morell no tenía más salidas en su época que el matrimonio, encontrar un trabajo decente o entregarse a los hombres que pudieran mantenerla. Para el matrimonio no estaba preparada ni se lo facilitaba su pasado, y, aunque pudo

4.- *Ibidem*, p. 34.

5.- *Ibidem*, p. 34.

6.- *Ibidem*, p. 34. Resulta curiosa la coincidencia del retrato con el que hace Galdós de Amparo en *Tormento*: «Ojos de una expresión acariciante, un poco tristes y luminosos, como el crepúsculo de la tarde; tez finísima y blanca; cabello castaño, abundante y rizado, con suaves ondas naturales; cuerpo esbelto y bien dotado de carnes; boca deliciosa e incomparables dientes, como pedacitos iguales de bien pulido mármol blanco».

7.- Citado por Gilbert Smith, *ob. cit.*, p. 96.

casarse con un judío adinerado, rehusó la proposición. En cuanto a desempeñar un oficio o trabajo, no conocía ninguno y tal vez estuvo en sus primeros años sobreprotegida por la madre y después despreocupada de las cosas prácticas. En el aspecto cultural había recibido, según demostró a Sitges, una educación muy superior a la de las mujeres de su condición, lo que se advertía en sus lecturas y conocimientos elementales del francés e italiano. Ella misma se daba cuenta de su falta de preparación y así lo reconoce en carta al novelista: «¿Qué entiendo yo de ciertas cosas, si nunca me he ocupado de ninguna?...».⁸ Y en otro momento le vuelve a decir: «Quiero tener una profesión y no sirvo para nada, bien claro está».⁹ En esta situación de conflicto radicaba la tragedia de Concha Morell, que intentó buscar un trabajo honrado; en una palabra, liberarse de la dependencia de otras personas. De aquí su petición constante y angustiada a Pérez Galdós para que le encuentre un trabajo, solicitud que se repite obsesivamente a lo largo de su vida: «Lo que yo quiero es resolver el problema de mi vida, que es más difícil de lo que parece».¹⁰ Y en otra carta vuelve a insistir: «Me he propuesto trabajar este invierno y es menester que lo consiga cueste lo que cueste». Pero ¿en qué y dónde podía trabajar? A raíz de su vinculación al teatro, el novelista pensó que aquella mujer tal vez encontrara trabajo como artista y así debió de prometérselo, ya que ella le dice en una carta: «(...) pero ahora tengo seguridad de que seré actriz por obra y gracia tuya, no por mérito mío...».¹¹ Y como prueba de su sano deseo le escribe en esa misma carta en 1891: «Para que yo viva a gusto es preciso que trabaje. Lo he deseado siempre pero se han burlado de mis pretensiones, que sólo a ti te han parecido buenas. No puedes figurarte cuánto me alegro de que tú no me llames tonta o loca como los demás. Créelo, todos me han dicho que mejor que trabajar es vivir como a mí no me gusta ni contigo».¹² Para lograr su independencia, quiso trabajar o aprender un oficio: ir a un taller, ser artista de teatro, maestra de escuela laica, regentar un estanco e, incluso, ser monja.¹³

En 1892 Concha lograba, por fin, su estreno como artista en el personaje de Clotilde, en *Realidad*, obra representada el 15 de marzo en el Teatro de la Comedia de Madrid. Era un papel discreto en la escena VI, posiblemente pensado para ella por el autor, donde se aludía a su tipito y aires distinguidos. También, en cierto modo, estaba retratado su carácter cuando uno de los personajes dice de ella: «Sí, muy inocente...; pero no te fies».¹⁴

8.- Ibídem, p. 105.

9.- Ibídem, p. 100.

10.- Ibídem, p. 95.

11.- Ibídem, p. 101.

12.- Ibídem, p. 101.

13.- «Si el tiempo que he empleado en aprender cuatro coplitas lo hubiera empleado en aprender otra cosa, a ribetear zapatos o cosa así, ahora sería una primera oficiala o quizá una maestra, y tal vez no hubiera pasado tantos berrinches». «Me gustaría hacer algo, tener un oficio, porque tengo un geniecito tan así que no me gusta que nadie me dé nada. ¿Pero si no soy del teatro, qué oficio puedo aprender para conquistar la independencia que deseo?» (Gilbert Smith, pp. 102 y 103). Ver también el diálogo entre Tristana y Saturna sobre las posibles salidas de la mujer en su época, entre las que se citan el matrimonio, el trabajo en el teatro o meterse monja, *Tristana*, pp. 29-30.

14.- *Realidad*, en t. IV de *Obras Completas. Cuento y teatro*, Madrid: Aguilar, 1986, p. 141.

En ese mismo año estuvo en abril y mayo por Galicia con la Compañía de Vico representando en varias ciudades piezas cortas, como los juguetes cómicos *Lagartijo*, de Carlos Sánchez; *La hija de León*, de este mismo autor; *Los corridos*, de Ramón Marsal; *La criatura*, de Ramos Carrión; *Los tocayos*, de Vital Aza, etc. En *El alcalde de Zalamea* hizo de Inés, y también tuvo el papelillo de tornera en *Don Juan Tenorio*. Con la Compañía anduvo por La Coruña, Vigo, Pontevedra y Santiago de Compostela. En una carta a Galdós le agradece el haber gestionado su empleo como actriz: «Yo no puedo negar que te conozco (,) que te admiro y que te agradezco mucho el papel que me has dado en *Realidad*, yo no puedo dejar de decir que si no hubiera hecho ese papel no pertenecería hoy a la Compañía de Vico». ¹⁵ Sin embargo, se quejaba de interpretar personajes menores, por lo que le dice al novelista: «Deseo trabajar con Vico y francamente naturalmente cumplo (,) pero no pitaré mientras tenga que hacer mamarrachadas...». ¹⁶

En ocasiones salió a escena sin saberse el guión, trabajando en otras con fiebre y haciendo disparates, tal como se lo cuenta en una carta. En Galicia en los medios que frecuentaba la llamaban «La Rusiña».

El poeta coruñés Emilio Fernández Vaamonde, ¹⁷ del que dice Concha que «es el propio retrato de Rubín», el personaje de *Fortunata y Jacinta*, le dedicó en un abanico estos versos que ella envió al escritor canario en una carta:

Sumiso el arte, bríndate halagüeño
un sonrosado porvenir de gloria;
si adverso el hado con adusto ceño
lo quisiera estorbar, sigue en tu empeño
que la lucha es hija de la victoria. ¹⁸

Sin embargo, pese al buen consejo del poeta admirador, Concha Morell no se siente actriz y le escribe al novelista: «Reconozco y declaro que no sirvo, decididamente no sirvo para el teatro». Para estas fechas la correspondencia epistolar entre los dos amantes era frecuente y Galdós, aparte de utilizarla como modelo más o menos exacto en algunas de sus obras, mantiene citas con ella e, incluso, emprenden viajes juntos haciéndola pasar por sobrina, si bien el novelista la exige la máxima discreción en sus encuentros amorosos.

Esta mujer inquieta será protagonista, en 1897, de una conversión al judaísmo motivada por la sospecha de que su madre fue criptojudía o, al menos, simpatizante de esta religión. A causa del cariño hacia su madre y obsesionada por esta idea, buscó en Madrid algún judío que pudiera orientarla en los primeros pasos de catecúmena. Acudió para ello al Rastro, donde le habían dicho podría encontrar

15.- Correspondencia existente en la Casa Museo de Pérez Galdós en Las Palmas (Caja 10, carpeta 38, sobre nº 6).

16.- *Ibidem*.

17.- Sobre este personaje, escritor y autor teatral, ver *Gran Enciclopedia Gallega*, t. XII, Santiago: ed. Silverio Cañada, 1974, p. 84. Concepción Morell tal vez le conoció por su afición al teatro, ya que estrenó la comedia *Adán* y realizó la versión del alemán de Pascual Cordera, representada en 1904.

18.- Casa Museo, Caja nº 10, carpeta 38, sobre nº 6.

entre los vendedores algún hebreo y allí halló a un pobre ciego que pedía limosna junto a la Plaza del Progreso. «Acuérdese Vd. -le dice Sitges a Narciso Oller- del Almudena de *Misericordia*».¹⁹ Los estudiosos de este personaje han creído ver en él una mezcla de moro, hebreo y sefardí, pero, a lo que parece, su origen fue judío, lo mismo que su religión aunque no practicara ninguna, salvo algunos rezos que no se sabe si eran arábigos o hebreos. Ignacio Elizalde analiza de la siguiente forma los datos que proporciona Galdós en la obra: «Otra vez nos dirá que rezaba 'oraciones más judías que mahometanas', y cuando Nina le pregunta a qué religión pertenece, afirma ser ebibrio. A esto podemos añadir -sigue diciendo Elizalde- que los padres del mendigo se llamaban Saúl y Rimna, que el comerciante amigo de la familia tiene por nombre Rubén Toledano, que Mordejái es Mardoqueo, que con frecuencia invoca a Adonai, y que su declaración amorosa está inspirada en *El cantar de los cantares*».²⁰

Como resultado de aquel primer contacto con el ciego, Concha conoció a la mujer de un rico banquero judío, quien, a petición de la interesada, la adoctrinó en la religión hebrea y la puso en contacto con la sinagoga de Bayona, ciudad donde vivió algunos meses. En marzo de 1897 se convirtió a la nueva religión con el nombre de Concha Ruth. Pero ya para entonces era una mujer enferma y alocada que pronto se olvidó de su judaísmo. Sus protectores y correligionarios se sintieron defraudados al comprobar la frivolidad de la conversa y sus relaciones con Pérez Galdós. Pensaron casarla con un judío para evitar escándalos, pero ella únicamente hubiera deseado casarse con el novelista, y hasta debió de pretenderlo.

Después de rupturas y reconciliaciones, Galdós estuvo con ella en París y realizaron otros viajes juntos por el País Vasco y Navarra, y en 1898 vino, incluso, a Santander, donde veraneaba el novelista, aunque se instaló, para no llamar la atención, en pueblos cercanos a la capital, como El Astillero. También se tiene conocimiento de su paso por Requejada, donde no le dieron alojamiento, por lo que se hospedó en una taberna en el pueblo de Miengo, ambos en la provincia de Santander. La indiscreción de esta mujer y su carácter conflictivo hicieron que rompiera con ella al comienzo del nuevo siglo. Después de una corta estancia en Madrid se afincó en Santander, donde aceptó la protección de órdenes religiosas, sin que les fuera posible convertirla de nuevo al catolicismo. Durante esta etapa se vinculó a los movimientos obreros de los republicanos federales de Santander.

La «Centaura», como se llamaba ella misma, comenzó a publicar artículos en el periódico *La voz montañesa*, de Santander. Era éste un semanario republicano, que se titulaba democrático y federal, en el que publicó cuatro trabajos (el 15 de mayo, el 26 de junio, el 24 de julio y el 14 de agosto de 1904). Se sabe que intervino en una velada federal celebrada el 22 de junio en la que actuaron con ella destacados representantes del mundo obrero de izquierdas, como Óscar de Leymis y Eduardo Pérez Iglesias. Sus colaboraciones se caracterizaron por contener manifestaciones progresistas y anticlericales, que en algún caso fueron censuradas. La «Virgen Roja de la Montaña» hace en una de ellas esta declaración de su pensamiento polí-

19.- Carta citada, reproducida por A. F. Lambert, p. 35.

20.- Ignacio Elizalde, ob. cit., p. 223.

tico: «Me considero anarquista por mi rebeldía, por mi aversión al principio de autoridad». Se define, asimismo, republicana, amante de la libertad de imprenta y de cultos. Y añade: «Pero yo, más que la libertad de cultos ansío la extinción de los templos, anhelo la extirpación de las creencias religiosas».²¹ Ya entonces estaba gravemente enferma y sus relaciones con el novelista habían concluido, como se lee en la carta del cónsul español José de Cubas (1879-1959) a Galdós en la que le cuenta en el verano de 1900, su papel de intermediario al entregar a Concha, de parte del escritor, unos libros y una cantidad de dinero, y cómo la hizo la recomendación de «que no molestese y se dejase de pensar que en eso, ni en nada» volvería el novelista a acordarse de ella.²² Pero, como veremos, Galdós no la olvidó y la introdujo, incluso después de muerta, en el catálogo del variado y complejo mundo de sus personajes novelescos. Los últimos años de esta mujer transcurren en Santander, concretamente en el barrio de San Miguel de Monte, donde como ha escrito Matilde Camus,²³ alquiló en la primavera de 1896 una pequeña vivienda por mediación de don Benito. En el invierno de 1905 tuvo ya que guardar cama al agravarse su enfermedad y, la que se llamaba «la pecadora impenitente», moría el 22 de abril de 1906, a los cuarenta y dos años, en esta casa y lugar de Monte, después de haber recibido los Sacramentos de la Penitencia y la Extremaunción.²⁴

2.- Una personalidad neurótica

Para comprender las relaciones de esta mujer con el escritor canario se precisa conocer el carácter de ambos, tan diferentes en muchos aspectos. Quizá en esto radicaba la atracción y la discordancia existente entre ellos.

La vida que ya conocemos de la amante de Galdós, nos muestra, tal como nos dictamina el médico psiquiatra Juan Francisco Díez Manrique, el caso de una familia viajera, la carencia de padre ya desde el nacimiento de la niña, lo que la obligaba a identificarse con su madre, mujer rechazada socialmente, lo que no impidió que la mimara y sobreprotegiera, con la consiguiente dificultad para que pudiera luego adaptarse a las necesidades prácticas de la vida. La misma Concha se lo confesaba así a J. B. Sitges al hablar de su madre: «Era tan buena como escasa de sentido práctico».

Cuando la madre vuelve sola a Córdoba en 1881 y deja a la hija al cuidado de unas amistades, Concha tenía 17 años. Como luego diremos, el personaje protector pudo ser un sacerdote, que si, como ella dice, no se comportó de una manera completamente desinteresada, fue al menos honrado y leal. En opinión del Dr. Díez Manrique, «ello hubo de provocar dificultades en la aceptación y dirección de sus esquemas afectivo-sexuales, igual que en la formación global de su personalidad,

21.- *La voz montañesa*, Santander, 26/6/1904.

22.- «Cartas sobre teatro (1893-1912). Benito Pérez Galdós-José de Cubas», *Anales Galdosianos*, anejo 1982, Edición de Carmen Zulueta, carta 33, p. 61.

23.- Matilde Camus, ob. cit. pp. 61-78.

24.- *Ibidem*, pp. 71 y 72.

con posturas muy ambivalentes frente a la dependencia, la sexualidad, la libertad, etc.» Sobre estas hipótesis y con el material de sus cartas -define nuestro comunicante a Concha Morell- «como una personalidad inestable, hiperactiva y desinhibida, con muy poca resistencia a las frustraciones. Su conducta está encaminada a evitar éstas con situaciones de franca dependencia en contraposición con otras de sobrecompensación». Todos estos rasgos no tienen, a juicio del Dr. Díez Manrique, entidad suficiente para incluirlos en un cuadro psiquiátrico con nombre propio. «Podrían englobarse, sin embargo, en un trastorno básico de personalidad neurótico-histérico, caracterizado por afectividad superficial e inestable, dependencia de otras personas, ansia de apreciación y atención, teatralidad y propensión a ser sugestionable. A menudo hay inmadurez sexual, v.g. frigidez o bien sobrerrespuesta a los estímulos. Sometidas a tensión emocional, este tipo de personas -termina diciendo- pueden desarrollar síntomas histéricos».²⁵

El dictamen grafológico de la Morell ofrece también una imagen de mujer inestable, irreflexiva y peligrosa con la palabra, así como un carácter dependiente y un tanto teatral, ansiosa de aprecio y atención, a la vez de mostrarse frágil y sensible.

Ella misma se denominaba «loquilla» y «chiflada». En una de sus cartas le dice a Galdós: «¿Por qué yo seré así, qué impaciente, qué nerviosa, qué desgraciada soy?». Y en otra le confiesa: «... pues yo no tengo la culpa de ser histérica... ni lo que sea».²⁶ Una mujer con estos defectos resultaba molesta a un hombre como el novelista, que era precisamente lo contrario de ella: discreto, tímido y callado. El carácter de Concha Ruth, muy poco comedido y reservado, ocasionó serias dificultades a Galdós, quien constantemente le pedía extremar toda clase de precauciones, a lo que ella le responde en una de sus cartas: «Pedirme que tenga prudencia y calma y discreción, es lo mismo que pedir fruto a las rosas».²⁷ El autor de *Tristana* temió las explosiones temperamentales de Concha y sus flechazos irreflexivos que la hacían ser, en esos momentos, una mujer agresiva y, sobre todo, peligrosa con la palabra. En *Amadeo I* la define como «de la piel del diablo, alocada fantasía y temperamento inflamable» (p. 70). Quizá fuera ésta la causa de que el novelista decidiera romper con ella y también el origen de la acusación pública que hizo a Galdós el escritor Luis Bonafoux en el periódico anarquista *El heraldo de París* (5 de abril de 1902) a raíz de la información recibida de «un grupo de obreros santanderinos».

Pero Baroja tuvo conocimiento también de estos amores a través del juicio personal de Bonafoux. En sus *Memorias*, el vasco censuró al novelista canario al que calificó como «un hombre un poco líoso y hasta trapacero». No tardaron los periódicos carlistas en reproducirlo y atacar, de esa manera, al escritor. Ella resumía el incidente en la carta a Sitges, quien se lo cuenta así, a su vez, a Narciso Oller: «Aquello se acabó me decía en una carta de principios de enero. Él estaba harto de mí, hacía todo lo posible para que yo lo comprendiese y lo dejara en paz. Yo lo comprendía; pero Él era para mí todo en el mundo. Él era para mí el único, le he entregado mi

25.- Comunicación escrita del Dr. Díez Manrique.

26.- Correspondencia de la Casa Museo, Caja 10, carpeta 38, sobre nº 6. Corregidos acentos y comas.

27.- G. Smith, p. 97.

alma y vida. Él me abandona y me desprecia; (¿) qué tengo que hacer en este atómico (sic) mundo?».²⁸

3.- La correlación entre modelo y personaje

Aparte del dato comprobado de que Pérez Galdós se inspiraba, igual que otros escritores, en personas reales para su creación novelística, interesa estudiar ahora la utilización y reaparición de Concepción Morell como modelo en obras como *Tristana*, *Electra*, *España trágica* y *Amadeo I*, en esta última bajo el nombre de Graziella. Quizá el escritor utilizó con frecuencia esta misma técnica en otros personajes. En este sentido, los estudiosos de Galdós han supuesto una correlación entre Gloria y Juanita Lund, Marianela y Sisita, un amor juvenil del escritor; Guillermina Pacheco y la piadosa dama Ernestina Manuel de Villena, etc. A juicio de Gregorio Marañón, Galdós se inspiraba siempre en seres reales para crear su inmenso censo de personajes que se presentan, en ocasiones, como miembros de una misma familia o del grupo social de la época: «... apenas hay criatura de las forjadas por el gran novelista que no sea retrato, disimulado o exacto, de un hombre o una mujer de carne y hueso», escribe en *Elogio y nostalgia de Toledo*.²⁹ En el caso de Concha Morell la descripción física y las circunstancias de su vida han permitido la identificación. Sin embargo, no conviene confundir la persona real, utilizada como modelo, con la de ficción, que siempre es diferente, aunque reciba algunos préstamos biográficos de la primera. Tampoco ello invalida en absoluto los estudios literarios de la obra donde los personajes tienen una configuración concreta que, incluso, se aparta, en la mayoría de las ocasiones, de la trayectoria vital de estos modelos reales. Joaquín Casaldueño³⁰ advertía acerca de la precaución que debe tomarse al pasar «una figura de la realidad a la zona de la imaginación». Únicamente interesa conocer esas fuentes y técnicas de inspiración, los fines o propósitos con que fueron concebidos los personajes y, sobre todo, la interpretación que puede sacarse de una nueva lectura de la obra. Aunque Concepción Morell sirviera de modelo para escribir *Tristana* y el inspirador de don Lope fuera en realidad una persona diferente a un hidalgo, en la novela hay que estudiarlos como son, siguiendo el proceso creativo buscado y deseado por el autor. Decía Azorín que el personaje no surge en tanto no tenga nombre «el personaje que desea salir de lo increado, el personaje que ya está definiéndose, y que, sin embargo, no tiene todavía nombre».³¹ En la obra de Pérez Galdós existen personajes más o menos sacados de la realidad y desfigurados en su identidad que, como en el teatro o el cine, desempeñan diferentes papeles y a los que se identifica por su reaparición con el mismo nombre en otra obra o por

28.- Lambert, p. 37.

29.- *Elogio y nostalgia de Toledo*, Madrid: Espasa-Calpe, 1941, p. 62. Para el conocimiento de Ernestina Manuel de Villena, ver Denah Lida: «Galdós y sus santas modernas», *Anales Galdosianos*, año X (1975), pp. 19-31.

30.- Prólogo al libro de Benito Madariaga, *Pérez Galdós. Biografía santanderina*, p. 15.

31.- Azorín. «Su nombre». *Obras selectas*, Madrid: Biblioteca Nueva, 1943, p. 818.

determinados rasgos físicos o de su carácter. Dice Ricardo Gullón que «el personaje es estudiado desde diferentes perspectivas, puesto en relación con muchos otros, y gracias a eso rinde un máximo de posibilidades, muestra múltiples facetas».³² En el caso que ahora estudiamos, aun cuando el nombre (*Tristana*, *Electra*, *Graziella*) y la situación del personaje es diferente en cada obra (*Tristana*, *Electra*, *Amadeo I*), resulta, sin embargo, el mismo modelo, que únicamente se reconoce por los rasgos físicos, de carácter o detalles de la vida, que no obstante hacen la identificación a veces difícil. Nos parece del mayor interés esta nueva forma de reaparición de los personajes en Galdós, no estudiada hasta ahora, diferente a la clásica empleada por primera vez por Balzac en *Le père Goriot*. Joaquín Casaldueiro³³ estima que esta última modalidad es aceptada plenamente por el escritor canario a partir de *El doctor Centeno*. Así vemos las sucesivas apariciones de personajes como Gonzalo Torres, Nazarín, la familia Torquemada, Ido del Sagrario y tantos otros, pero lo hacen, repetimos, con sus nombres en diferentes situaciones novelescas. Como dice Casaldueiro, «una novela no tiene principio ni desenlace, es un trozo de vida», ya que «la descripción de un individuo, de la vida en general, sólo pueden tener un límite arbitrario: comienzo y final, que no es lo mismo que principio y desenlace».³⁴

Gilbert Smith demostró la utilización por Galdós de «préstamos» de la vida y de las cartas de Concha Morell para el personaje de *Tristana*. Ella misma lo corrobora cuando le dice al escritor: «Tengo muchísimo deseo de conocer el libro que ahora estás escribiendo, ese que dices que te he inspirado yo».³⁵

En la primera parte del libro y en la correspondencia de la protagonista se reflejan tanto el carácter como una parte de la historia de Concha Morell. «Hay en él -le escribía a Sitges- cartas mías literalmente copiadas y otras fusiladas».³⁶ Al quedarse huérfana Tristana, cuando muere su madre, la viuda de Reluz, (obsérvese el parecido del nombre con el de los Redel, parientes de Concha) es asistida por un protector, con el que convive y que termina siendo su amante, sintiendo celos del nuevo amor de la joven. En el manuscrito de la obra, el autor tachó el nombre primitivo de la criada, Dorotea Leonarda, que fue sustituido por el de Saturna, con todo su simbolismo, de la que dice era viuda y vestía de luto riguroso.

María de los Ángeles Rodríguez nos informa que el barrio donde vivieron Concha y su madre en Córdoba, próximo a la catedral, estaba bajo la influencia del clero. No sería nada extraño que la madre con la hija fuera contratada en un principio como ama de algún sacerdote de aquella localidad.

La descripción que hace el narrador de la joven Tristana coincide con Concha en su cabello castaño recogido en la coronilla en un moño alto y en la blancura de su piel, así como de la forma delicada de sus manos, que llamó primero «intachable» para sustituir después por «perfecta».³⁷

32.- Galdós, *novelista moderno*, Madrid: Taurus, 1960, p. 44.

33.- J. Casaldueiro: *Vida y obra de Galdós*, Madrid: Ed. Gredos, 1974, p. 77.

34.- *Ibidem*, p. 77.

35.- Casa-Museo (Carpeta nº 38, Legajo 105, Caja 10, Sobre nº 5).

36.- Lambert, p. 34.

37.- Manuscrito de *Tristana* en Casa Museo, Caja 19-1.

Donde se aparta la ficción es en la enfermedad de la protagonista, a la que el autor hace perder una pierna. Concha se lo recuerda a Galdós en una carta: «¿Me quedaré en la estacada como Tristana? Tal vez, pero mi pata es el corazón [;] si vieras cómo me duele, qué peso, qué fatiga».³⁸ Concha fue una mujer enferma y se sabe que en una ocasión estuvo postrada en cama con altas temperaturas. Durante esa crisis febril la trató el Dr. Silva y estuvo al cuidado de María Artíguez, conocida de Galdós, quien le informaba de la marcha del proceso y de los gastos de la enfermedad, con los que corrió el novelista.³⁹ Tal vez para entonces estuviera Concha tuberculosa, ya que esta enfermedad fue la que le ocasionó, años más tarde, la muerte.⁴⁰

Más coincidentes son aún la porfía de la mujer real y de la literaria por independizarse en la vida mediante el trabajo. Hay un momento en el que dice Tristana «... Ya sé, ya sé que es difícil eso de ser libre... y honrada. ¿Y de qué vive una mujer no poseyendo rentas?» (p. 30).

Y añade como acusación a la discriminación cultural de la mujer de su época: «Si nos hicieran médicas, abogadas, siquiera boticarias o escribanas, ya sé que no ministras y senadoras, vamos, podríamos... Pero cosiendo, cosiendo... calcula las puntadas que hay que dar para mantener una casa... cuando pienso lo que será de mí, me dan ganas de llorar» (p. 30).

No menos interesante es el retrato de don Lope, al que presenta como un viejo hidalgo, seductor y mujeriego, del que dice que se pasaba los ratos de ocio «compartiendo el tiempo entre la botica de la plazuela de San Ildefonso y el café de San Mateo».⁴¹

En el Episodio *España trágica* reaparece esta mujer como amante del novio de Fernando y se la describe, «rubia, medio italiana, medio judía, medio religiosa, casi monja, casi diabla».⁴² Pero vamos a ver cómo sale de nuevo en *Amadeo I* cuando Tito, el protagonista, hace el recuento de sus conquistas amorosas. En este *Episodio* describe a Graziella (trasunto de Concha Morell), a la que conoció a través de una carta o billete, como «mujer neurótica, de superficial cultura» (p. 56). Más adelante en el capítulo IX, comenta que «debiera ser clasificada en el tipo vulgar de la escala femenina, si no le dieran valor estético las llamaradas de sus ojuelos negros, su graciosa movilidad de ardilla, y el libre chorro de su lenguaje atrevido y pintoresco...» (p. 59). Cuando la misma Graziella hace un resumen de su carácter, se define como «voluble, caprichosa y un demonio de travesura» (p. 60), y lo complementa al decir que era vengativa, importándole poco el qué dirán y el ser «larga en tomar dinero, y más larga todavía para darlo al que lo necesita...» (p. 60). Cuenta, además, que vivía en una casa con un ama o persona mayor, que bien pudiera ser

38.- Casa Museo de Galdós (Caja nº 10, carpeta 38, legajo 105, sobre nº 3). Corregidos acentos y comas.

39.- Casa Museo, caja 2, carp. 6, legajo 67. Ver también G. Smith, p. 92. En numerosas ocasiones don Benito ayudó económicamente a esta mujer a la que no abandonó nunca del todo.

40.- Matilde Camus ob. cit. p. 66.

41.- *Tristana*, Madrid: Alianza Editorial, 1969. Todas las citas se hacen por esta edición.

42.- *España trágica*, en *Episodios Nacionales*, t. X, Madrid: Ed. Urbión/Ed. Hernando, 1982, p. 4266. Debo la información al profesor Sebastián de la Nuez.

su criada, como en el caso de Concha. Al conocerse, Graziella le dijo a Tito que se echaría a reír si se hiciera pasar por honrada. El narrador apunta, a continuación, que decía ser hija de un cardenal y la madre de Concha parece ser que vivió en varias ciudades de Italia. Pero lo más interesante del relato de su vida es cuando le confía a Tito quién es el caballero que la protege: «Yo vivo amparada por un señor, por un caballero..., te lo diré claro, por un sacerdote que podría ser mi padre..., y por su comportamiento conmigo lo es» (p. 69). El personaje que la «recogió y la amparó» tenía, según dice, todas las virtudes cristianas, menos la de la castidad (p. 69). Este mismo personaje, con las oportunas modificaciones, recuerda a don Lope de *Tristana*. Al morir sus padres, ella «se fue a vivir con don Lope» y «éste... (hay que decirlo, por duro y lastimoso que sea), a los dos meses de llevársela aumentó con ella la lista ya larguísima de sus batallas ganadas a la inocencia» (p. 22).

Si analizamos la correlación entre los modelos de la realidad y los personajes ficticios, observamos que la personalidad de don Lope Garrido exige una nueva lectura de la novela, por su trasfondo en clave, aún contando con su aparición en ella como hidalgo. De él se dice que era «gran estratégico en lides de amor» (*Tristana*, p. 8) y añade que poseía un usufructo en la provincia de Toledo, lo que coincide con el sacerdote a que se refiere Graziella, también débil para el pecado de la carne y con fincas «allá por Toledo» (*Amadeo I*, p. 70). Esta misma coincidencia la encontramos en el sacerdote Pedro Polo y Cortés de *El doctor Centeno*, que residió en Toledo y que reaparece en *Tormento* también como seductor.

Y sigue refiriendo el novelista en *Tristana*, que don Lope vivía en su casa con dos mujeres: una criada y la otra «señorita en el nombre» (p. 69). Esta última, que se sentaba a la mesa del señor, «era joven, bonitilla, esbelta, de una blancura casi inverosímil de puro alabastrina» (p. 10), de ojos negros, «vivarachos y luminosos» (p. 10). También alaba la delicadeza y finura de sus manos, como ya hemos dicho. El narrador cuenta, igualmente, los rumores del vecindario que la hacían pasar unas veces por sobrina, otras por hija e incluso por señora de Garrido.

Las cualidades del hidalgo protector en *Tristana* coinciden con las del sacerdote protector de Graziella y, posiblemente, también de Concha Ruth Morell. Aquí se dice de don Lope que presumía de «practicar en toda su pureza dogmática la caballerosidad» (p. 13), que interpretaba las leyes de la religión con un criterio libre y que «de todo ello resultaba una moral compleja» (p. 13). Una vez más el escritor aplica a don Lope unas cualidades propias de cierto tipo de clérigos al decir «que opinaba y sentenciaba con énfasis sacerdotal» en los numerosos problemas de honor. También alude a su «desinterés» como virtud. En el aspecto religioso «la curia le repugnaba» (p. 14) y tenía a la Iglesia «por una broma pesada» (p. 14). Finalmente, pone en boca del don Lope anticlerical, aunque no irreligioso, estas palabras: «Los verdaderos sacerdotes somos nosotros, los que regulamos el honor y la moral, los que combatimos en pro del inocente, los enemigos de la maldad, de la hipocresía, de la injusticia... y del vil metal» (p. 15). En *Amadeo I*, el sacerdote se expresa en términos parecidos: «Por esta debilidad que es imperio de la carne, no se va al infierno. Se va por la crueldad, por no socorrer a nuestros semejantes cuando están necesitados, por levantar falsos testimonios, por la usura, la ira y la soberbia» (p. 69). En *La primera República*, Galdós indica el supuesto nombre del cura protector de Graziella, don Hilario de la Peña, del que nos describe su muerte y los bienes y

heredades que tenía en Toledo. A partir de *Amadeo I*, los restantes *Episodios* de la última serie se caracterizan por presentar un nuevo protagonista, Tito Liviano, que estará acompañado en sus aventuras por amantes y mujeres conocidas, aventuras en las que se mezcla lo fantástico con lo histórico y autobiográfico. Cuando escribe estos *Episodios*, de 1908 a 1912, Galdós está sufriendo los efectos de su ceguera producida por una queratitis parenquimatosa y los resultados desafortunados de la operación en los dos ojos (mayo de 1911 y mayo de 1912), experiencias que refleja en *Cánovas*, detallando la inflamación y la fotofobia hasta llegar a la ceguera más absoluta. Entonces dice que perdió el sentido de la realidad y todo se convirtió para él en noche oscura. «Debo añadir -escribe- que la imaginación endulzaba mis males, ora tiñendo de color rosa las paredes de mi caverna, ora dejándome ver con los ojos cerrados objetos y figuras enteramente arbitrarias y convencionales» (p. 4714). En este estado, en que su existencia era «una sombra encerrada en ancha caverna», realiza con la imaginación un largo viaje a través de una cueva, que recuerda el de Quevedo en *Los sueños*, acompañado de sus antiguas amigas convertidas en ninfas (Graziella, Mariclío, etc.) y de otros personajes del Olimpo. En los tres últimos *Episodios* sigue apareciendo Graziella como una pícara diabla («espíritu del sainete, de la farándula y de la picardía bufonesca»). Pero Tito conoce también a otros personajes como «Doña Gramática», «Doña Aritmética», «Doña Caligrafía» y «Doña Geografía». Una vez más, Galdós maneja y transforma a esos personajes que desfigura de su contenido real y biográfico para convertirlos, como dice, en fábulas de su intelecto.

En *Tristana* se retrata el carácter y disposición de la protagonista que coincide no poco con el de Graziella: «la chica era linda, despabiladilla, de graciosos ademanes, fresca tez y seductora charla» (p. 25).⁴³

Otra interesante coincidencia en *Tristana* es entre el propio Galdós y Horacio Díaz, que presenta las mismas características físicas del novelista: alto, moreno y con el pelo y la barba cortos. Parecido sucede con doña Trinidad, personaje inspirado en su cuñada doña Magdalena, natural de Trinidad, provincia de Cuba; de aquella destaca «una debilidad nerviosa», padecimiento sufrido también por doña Magdalena, que fue tratado por el Dr. Tolosa Latour. La huerta de la casa de Horacio en Villajoyosa, aunque situada en la novela en el Mediterráneo, es semejante a la que el escritor tenía con frutales y hortalizas en su finca «San Quintín». Incluso las cabras y las palomas de Horacio son réplica de las que junto a perros y gansos cuidaba don Benito en su finca santanderina.

Antes de escribir *Amadeo I*, Galdós había utilizado ya partes de la vida de la Morell en su obra teatral *Electra*, escrita en Santander. En otra publicación nuestra⁴⁴ nos hemos referido al paralelismo existente entre las dos mujeres. La joven Electra, que no conoce a su padre, estudia en un colegio de Francia y se dice que vivía en Hendaya con unos parientes de la madre. Concha, a su vez, vivió en San Sebastián, protegida de unos amigos de la suya; la madre de Electra, Eleuteria, da ciertos escándalos del 80 al 85, como la madre de Concha; con ambas rompe la familia y

43.- Resulta interesante comprobar las coincidencias que existen entre *Tristana*, Amparo y Graziella.

44.- Benito Madariaga, *Pérez Galdós...* cap. V, pp. 86-87.

mueren también de un modo semejante: Eleuteria en el convento de San José de la Penitencia y la madre de Concha en las Hermanitas de los Pobres. La niña Electra se cría con su madre, lo mismo que Concha, y ambas saben francés (a Electra la llevan, a partir de los cinco años, a las Ursulinas de Bayona), si bien el conocimiento del idioma aparece de una forma elemental en la obra, igual que le ocurre a Tristana (p. 31). Y, por último, las dos son aficionadas a la pintura. Pero, sobre todo, es en el retrato temperamental de Electra donde se ofrece la mayor coincidencia con la Morell: ésta es una chiquilla contradictoria, de ingenio agudo, con «exceso de imaginación» y cierto desequilibrio. Don Urbano la retrata así: «Tan viva como la misma electricidad, misteriosa, repentina, de mucho cuidado. Destruye, trastorna, ilumina». Máximo le recomienda la independencia, la emancipación y la insubordinación, las tres mismas aspiraciones y exigencias por las que luchó Concha-Ruth Morell.

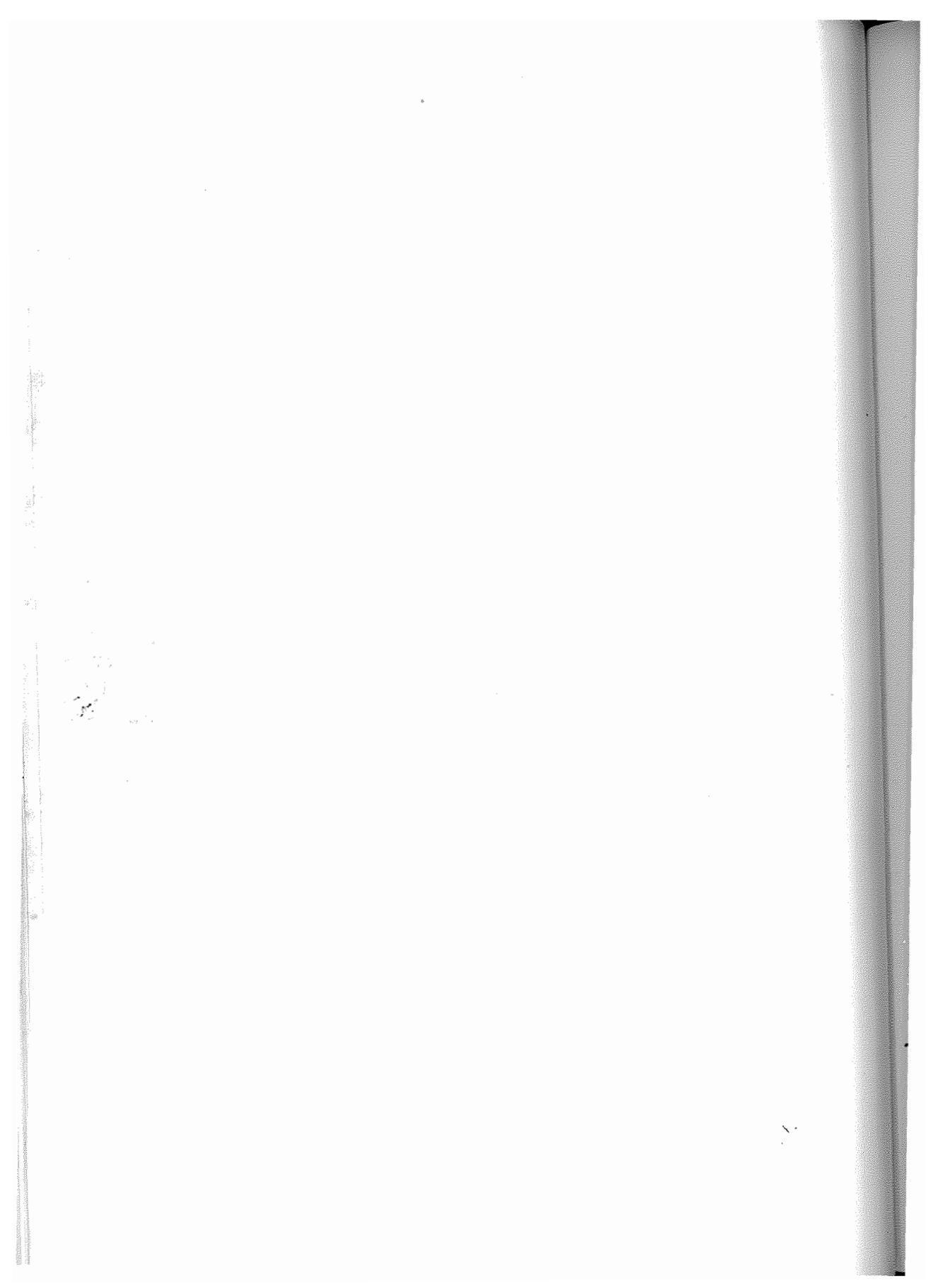


PÁGINA GALDOSIANA S



VII

RAFAEL PÉREZ DEL ÁLAMO: UN CAUDILLO POPULAR



Todavía permanecen oscuros muchos pormenores de la vida de Rafael Pérez del Álamo, cuyo esclarecimiento ofrecerá al estudioso de su biografía una personalidad fuerte y compleja, tan recia como su temperamento, al que no faltaron, como dice Bernaldo de Quirós,¹ «los caracteres ideales y generosos» que rodearon también al gladiador de Tracia, con el que, en cierto modo, le compara. El retrato que nos ha llegado del veterinario de Loja nos recuerda un personaje galdosiano, al que puede verse con su frac negro de solapas de terciopelo, bajas y separadas, chaleco blanco en el que asoma la cadena del reloj, camisa de cuello alto y corbata de lazo. Su rostro denota energía y confianza en sí mismo y en él se advierte, a la vez, una personalidad inquieta y tenaz que, como hemos de ver, le llevó a destacar en un campo bien ajeno al de sus ocupaciones profesionales.

Por la confesión que le hace en una de sus cartas a Pérez Galdós, nació en Loja, en 1827, y murió en Arcos de la Frontera, provincia de Cádiz el día 15 de enero de 1911. En el acta de defunción se consignan algunos datos biográficos, según noticias que pudieron adquirirse por los testigos, tales como su matrimonio con doña María Ortiz, natural también de Loja, a la que cita en varias ocasiones en su libro *Apuntes sobre dos revoluciones andaluzas* (1872). Por lo que allí dice, debió ser una mujer de salud delicada, de la que tuvo que ocuparse en 1862, cuando se encontraba «casi moribunda». Del matrimonio tuvo dos hijas, María y Concepción, que vivieron con él y a las que también menciona en su libro.² Siguiendo estas mismas pistas autobiográficas, que aparecen aisladamente en su obra, sabemos que un hermano suyo llamado José murió loco, a consecuencia, según él dice, del bárbaro trato que sufrió hacia 1857, cuando la represión en Loja de los miembros de la Milicia Nacional por los partidarios narvaístas. Allí nos dice también que vivía una hermana suya. Por los informes que nos ha facilitado el veterinario Pascual

1.- C. Bernaldo de Quirós, *El Espartaquismo agrario andaluz*, Edit. Reus, Bibl. de la Rev. Gral. de Legislación y Jurisprudencia, vol. 18, Madrid, 1919.

2.- R. Pérez del Álamo, *Apuntes de dos revoluciones andaluzas*. Introducción de Antonio María Calero. Algorta-Madrid, Editorial Zero, 1971, pp. 51, 67, 81 y 83.

Mi compañero José Pascual Cáceres, veterinario de Loja, dice que estuvo casado con Regina Ortiz y que del matrimonio tuvo cuatro hijos: Baldomero (médico en Sevilla), Rafael y dos hijas, que serían María y Concepción.

Cáceres, era hijo de Manuel Pérez Martínez, agrimensor y labrador acomodado de esta ciudad, y de doña Josefa del Álamo Castañeda, los cuales tuvieron una familia numerosa, en la que el protagonista de la revolución de 1861 hacía el número siete, seguido de cinco hermanos más.

De sus primeros años no tenemos noticias hasta que, ya bastante mayor, decide hacerse veterinario de primera clase en dos años (1869 y 1870) en la Escuela de Veterinaria de Madrid y más tarde crear, al amparo del Decreto de Ruiz Zorrilla, una Escuela libre de Veterinaria, empresa que intentó en dos ocasiones.

Su posición económica no fue del todo mala, ya que era dueño de dos casas, por lo que Calero (1971)³ le incluye dentro de la clase media-baja andaluza.

Políticamente está clara su vinculación al partido democrático republicano, al que en varias ocasiones se refiere en su obra. Así, respondiendo a unas preguntas que se formulaba el historiador Guichot acerca de su levantamiento, alega que enarboló la bandera de la democracia y que sus aspiraciones fueron de naturaleza republicana. En otro lugar, alude a sus correligionarios del partido democrático que asegura eran numerosos en Sevilla. Es precisamente en el último capítulo del libro, en el que trata de justificar su conducta, donde afirma ser republicano federal socialista. Pero Pérez del Álamo fue un socialista *sui generis*, con ideas de respeto a la propiedad, de un «socialismo indígena», como le llama Díaz del Moral, que nace ante la injusticia social y origina de una manera espontánea y autóctona, al decir de Ricardo de la Cierva,⁴ los primeros movimientos obreros españoles.

Otro detalle sumamente importante para comprender su actuación en Loja, radica en la enconada enemistad que profesó a la familia Narváez, que era del mismo pueblo, antipatía que debió de ser mutua, ya que existió una verdadera persecución o ajuste de cuentas entre ellos, como luego diremos, al socaire de los cambios políticos que favorecían unas veces a los republicanos y liberales y otras a los monárquicos y moderados. Esta enemistad se hizo patente, sobre todo, entre Pérez del Álamo y Carlos Marfori, sobrino de Narváez, que llegó a ser gobernador civil de Madrid e Intendente de Palacio, gozando de una gran influencia con Isabel II.

Se sabe también, que el veterinario se opuso a que Narváez derribara las casas contiguas de sus vecinos, para construir en la suya un palacio.⁵

Es posible que el odio que Narváez profesaba al díscolo veterinario de su pueblo influyera en algunas disposiciones que perjudicaron a la profesión veterinaria, como fue el Real Decreto del 5 de noviembre de 1864, firmado por Narváez, por el que los servicios de cría caballar pasaban al Departamento de Guerra, del que ha sido después prácticamente imposible desligarlos.

De la lectura de su obra se desprende que no era un hombre inculto, como se ha dicho erróneamente, ya que su libro está bien escrito y demuestra conocer con detalle los movimientos políticos de su época y las sublevaciones de aquel momento. En su obra aparecen frases en latín y menciona a Ovidio, Cervantes, Lutero, Cromwell, Madame Staël, etc. Está probado que mantuvo correspondencia con Pérez

3.- A. M. Calero, 1971, ob. cit. p. 25

4.- R. de la Cierva, *La historia perdida del socialismo español*, Madrid, Editora Nacional, 1972, p. 35.

5.- A. Revesz, *Un dictador liberal: Narváez*, Madrid, Aguilar, 1953, p. 255.

Galdós y con Castelar y que conoció a algunos de los personajes revolucionarios más destacados de la España de su tiempo. Así se confiesa amigo de Nicolás María Rivero, que había sido gobernador de Valladolid y formó parte como miembro, en 1868, de la Junta revolucionaria de Madrid. En su libro menciona también a Sixto Cámara, quien había desempeñado un papel destacado en los levantamientos de julio de 1856. Otro de los personajes con el que tuvo relación fue el célebre conspirador José Paul y Angulo, con el que dice que celebró una entrevista en la Fonda de Madrid (después Hotel Madrid, lugar donde se encuentran actualmente emplazadas las Galerías Preciados), ya que en la revolución de octubre de 1869 se recabó su colaboración para la insurrección republicana a la que se negó por desacuerdo. En este terreno de la conspiración tenía ganada Pérez del Álamo una merecida fama, que había demostrado, por sus cualidades de organizador, trato con las gentes, fácil oratoria y una probada experiencia en los levantamientos y en la acción armada. Su profesión de veterinario le capacitaba para orientarse en las sierras y era además un excelente jinete y un hombre con un sentido innato, como hemos de ver, de las guerrillas y de la estrategia militar, como lo prueba el que en la revolución de septiembre de 1868 el duque de la Torre le pusiera al frente de dos mil voluntarios y le encargara la ocupación de dos puntos estratégicos, como así lo hizo.

Pérez del Álamo fue, además, un hombre de una gran lealtad y honradez en sus ideas políticas y hacia sus amigos y seguidores. En política fue un hombre práctico, que buscaba la justicia social y cuyo levantamiento no tuvo un carácter, como a simple vista puede creerse, de amotinamiento, sino que se subleva dirigiéndose a los ciudadanos españoles en defensa de la libertad de su patria, con la misión de «defender los derechos del hombre». Pero lo raro del caso es la fidelidad con que cumple sus promesas de respeto a la propiedad, defiende las vidas de las autoridades y de las fuerzas armadas sometidas, y declina sus intereses y opiniones personales en los momentos decisivos por respetar la opinión general y no comprometer, como dice, a muchos padres de familia. Hay en su postura revolucionaria un gesto a la vez aventurero y soñador, un retrato de revolucionario romántico con un final, en sus últimos años, en que pone un contrapunto entrañable, pleno de emoción a su vida, cuando, ya siendo un anciano, organiza una Sociedad de socorros entre los obreros y se presta a sustituir a un compañero ciego entregando todos sus ingresos a la familia. Es entonces, al estudiar la trayectoria de la vida de Pérez del Álamo, cuando nos damos cuenta de que su alto contenido humano corre parejo con su interés histórico, como protagonista de dos revoluciones andaluzas de carácter republicano, con un contenido social autóctono y andaluz. Lo que no está ya tan claro es a las órdenes o bajo las directrices de quién trabajó y a qué se debió su espectacular indulto. Posiblemente estos datos consten en el sumario del consejo de guerra cuya documentación no ha sido, por el momento, suministrada a quienes lo han solicitado.⁶ Indudablemente, debió de gozar de buenas amistades y fueron frecuentes sus viajes a Madrid, donde le facilitaron la huida cuando se derrum-

6.- Calero, A.M., ob. cit. p. 7. Para un mayor conocimiento del personaje puede verse el Archivo Díaz de Escovar y su libro *De la vieja Málaga*, s. a.

bó la sublevación en la provincia de Granada. Al año siguiente de su frustrada tentativa, es denunciado al juez de Primera Instancia de Loja y, entre otros cargos contra él, se le formuló la acusación de «hacer frecuentes viajes a la capital de la monarquía» y divulgar sus ideas en los periódicos democráticos de los que recogía luego ejemplares y los repartía entre el vecindario.

Al fracasar sus tentativas de fundar una Escuela de Veterinaria, es cuando se establece como veterinario en Loja, su pueblo natal, donde se ocupó tanto más de los asuntos políticos que de los profesionales.

En esos momentos, la doctrina socialista comenzaba a tener sus adeptos en Andalucía y el campesinado soñaba con la esperanza de un reparto de tierras, con unas ideas reivindicatorias más sociales o económicas que propiamente políticas. Precisamente esa zona, donde tuvo lugar la insurrección, estaba bastante abonada con la propaganda republicana, que se hacía entonces sinónima de socialista, como dice Díaz del Moral.

Algunos años antes, Proudhon había publicado *Filosofía de la miseria* y en 1849, Marx, al que cita alguna vez Pérez del Álamo, había dado también a la imprenta sus charlas sobre *Trabajo asalariado y capital*.

En los años anteriores al levantamiento revolucionario, ocupan la atención española los acontecimientos de la Guerra de África y el mismo año de la insurrección muere el rey consorte de la reina Victoria y comienza la Guerra de Secesión americana.

En la tierra natal de Pérez del Álamo en la que existía, como escribe Calero, un régimen de carácter neo-feudal, una economía agrícola con escasos propietarios y numerosos jornaleros, abundante analfabetismo y dos bandos social y económicamente encontrados, se iba a originar, en ese año de 1861, «la primera manifestación de este socialismo indígena» que iba a dirigir el veterinario de Loja.

En los años precedentes al levantamiento, la situación en Málaga y su provincia era conflictiva por la carestía de vida, la declaración en huelga de las fábricas de M. A. Heredia, cuñado del marqués de Salamanca, y a causa de los levantamientos de Sixto Cámara.⁷

1.-El nacimiento de una sociedad secreta

En estos años y en los siguientes, a imitación de las que se habían formado en el extranjero por grupos de nacionalistas o conspiradores, se crean en nuestro país sociedades secretas que, como diremos, aparte de unos fines políticos buscaban conseguir una protección de los asociados.

La crónica más importante de cómo tuvo lugar la creación en 1856 de la Sociedad Secreta, en cuya nacimiento participó de una manera destacada, se la debemos al propio Pérez del Álamo, quien dedicó el capítulo tercero de su libro a tratar de sus

7.- A. Nadal, "Málaga en la revolución de Loja de 1861", Málaga, *Jábega*, septiembre de 1974, pp. 57-64.

fines y organización. En líneas generales, el relato coincide, como era de suponer, con el que posteriormente dio Pérez Galdós cuando, en 1906, publicó en la cuarta serie de los *Episodios Nacionales* su obra *La vuelta al mundo en la Numancia*. En este libro aparece una versión de los sucesos de Loja y de la sublevación, tal como se la comunicó Pérez del Álamo a Pérez Galdós. Por la correspondencia cruzada entre el veterinario y el escritor, sabemos que el 29 de marzo de 1906 Pérez Galdós hizo unos elogios de este personaje en el diario *El país*, lo que motivó que a los dos días le escribiera Pérez del Álamo desde Arcos de la Frontera, dándole las gracias. En esta carta es donde dice que tiene 79 años y se encuentra en perfecto estado de salud. En la postdata añade: «Tengo escrito en mis ratos de ocio, que son pocos, porque vivo de mi trabajo, doscientos sesenta pliegos de mi vida, los cuales me consideraré sumamente honrado con que haya ocasión de remitírselos a V. con una persona de su confianza».

Pérez Galdós le contestó el 1 de mayo de ese mismo año, aceptando las memorias que le ofrecía el destacado republicano. Por esos años es cuando Pérez Galdós tiene ya una vocación política liberal y de inclinación republicana que habría de ocasionarle la enemistad en ciertos medios.⁸

El anciano veterinario de Arcos de la Frontera le hace ver en una nueva carta del día 10, que en los pliegos que le remite no existe literatura, sino «un relato fiel de los hechos que en otros tiempos tuvieron lugar». Por la carta parece ser que don Benito tenía proyectado un viaje a Andalucía, que por supuesto no debió hacer, al menos en aquellas fechas.

Una vez utilizados los datos por Galdós, que tardó en acusarle recibo, pasaron a petición del veterinario, a don Miguel Aota, quien debió servirse de ellos para sus crónicas en el periódico *El país*.

El 7 de septiembre de 1906 es cuando vuelve a escribir Rafael Pérez, comunicándole su extrañeza por no haberle acusado recibo el escritor de haber llegado los pliegos que contenían sus memorias. Aprovecha entonces la ocasión para pedirle un favor: que escribiera en algún periódico una nota protestando contra el intrusismo en veterinaria, ejercido por personas no tituladas, que debieron aprovecharse de la edad avanzada del veterinario del que luego diremos en qué circunstancias, por cierto bien abnegadas, estaba ejerciendo en Arcos de la Frontera.

La cuarta carta de Rafael Pérez, del 14 de abril de 1907, es para darle el parabién y desear a su amigo un triunfo en las elecciones a diputados a Cortes, y el 28 de mayo le escribe para expresarle, por fin, la enhorabuena «por su triunfo en el asunto de las elecciones». Al leer el epistolario de Pérez del Álamo saca uno la conclusión de que debió dictar las cartas que le escribieron otras personas, nada raro si tenemos en cuenta sus 79 años. Pues bien, esta última carta fue escrita por una persona semianalfabeta, que le envió a don Benito una epístola en algunas partes ininteligible, ya que el pobre copista no puso todo el texto en el que el veterinario parece aludir, una vez más, a los intrusos que debieron impedirle ganarse la vida con su profesión.

8.- Años más tarde, en 1911, participaría personalmente con el Comité Ejecutivo de la conjunción Republicano-Socialista, a cuyos miembros recibió en su finca de «San Quintín», en Santander.

Ya no vuelve a escribirle hasta el 10 de diciembre de 1908 y es ésta la última carta que se conserva de las escritas por Pérez del Álamo. Su contenido debió, sin duda, de emocionar al escritor por la defensa que le hizo su amigo republicano. Parece ser que en el pueblo se formuló una denuncia por la representación de ciertas obras consideradas como avanzadas, entre las que se encontraba una de Galdós. El alcalde prohibió las representaciones y el director de la Compañía acudió a Pérez del Álamo, quien le aconsejó fuera a ver al jefe del partido liberal, que organizó una manifestación de réplica a la que primero habían hecho los elementos conservadores del pueblo. El resultado fue que los concejales pidieron cuentas al alcalde por su decisión en la que no habían sido consultados y al fin pudieron continuar las representaciones. En el texto de la carta anotó don Benito de su puño y letra: «Contestado y servido en 15 de diciembre 1908».

Al comentar esta correspondencia saltan a la vista varios detalles importantes: uno el carácter comprensivo y humano de Pérez Galdós hacia este hombre, ya anciano, que entregó su vida a una causa que consideraba justa y que, en sus últimos años, luchaba aún contra los caciques y los abusos de los intrusos en su profesión; pero también hay que subrayar que, pese a estas cartas, sumamente sencillas, Pérez del Álamo ostentaba una personalidad que adivinó Pérez Galdós y que se evidencia por las consultas que le hacían en el pueblo como elemento destacado del liberalismo.

Por otro lado, es una prueba más en favor de la información directa que tomaba Galdós para ilustrar y desarrollar los acontecimientos históricos de sus novelas.

Pero veamos, a continuación, el paralelismo en la descripción que hacen los dos de cómo se organizó la Sociedad secreta de la que fue Pérez del Álamo fundador y que constituyó un precedente de las que después proliferaron en el país, aunque esta Sociedad tenía más bien un carácter social y militar, que anarquista. Por aquellos años estaban de moda en Europa las doctrinas societarias de Saint Simon, Blanc, Proudhon, etc., y es precisamente en estas zonas de subdesarrollo y proletariado donde nacen estas sociedades que, aparte, como decimos, de unos fines políticos de cierto carácter socialista en torno al reparto de tierras, buscaban el darles un carácter de protección y socorro hacia los asociados.

En 1856, fecha de creación de la Sociedad, se advierte ya la existencia en el pueblo de dos bandos opuestos y encontrados, en cuyo enfrentamiento llevaban los liberales la peor parte. Es indudable que el veterinario de Loja fue, como dice Galdós, «inventor y artífice principal» de esta Sociedad o, al menos, uno de sus mantenedores, ya que él mismo confiesa su participación cuando dice: «... y los que no nos aveníamos bien con la servidumbre, pensamos que era necesario avanzar y prepararse a luchar, impulsando a este fin la propagación de una Sociedad Secreta».⁹ Su área de difusión comprendía a un núcleo de provincias próximas, en las que los obreros del campo sufrían unos mismos efectos de subdesarrollo. A ella pertenecían los obreros del campo, pero también miembros de profesionales liberales, concejales, etc.

9.- R. Pérez del Álamo, ob. cit., p. 53.

Entre los fines de protección estaba el «defender, a todo trance, a los asociados ante las autoridades, y aun por otros medios extralegales, procurando que ningún socio fuese atropellado en su persona y derechos».¹⁰ Con el importe de las cuotas de los asociados, que era de dos reales mensuales, se había creado un socorro para enfermos y parados. Entre los fines políticos figuraban la conspiración y la posesión de armas ante un posible conflicto con el poder gubernamental. Pero aparte, los afiliados debían estar suscritos a algún periódico democrático,¹¹ cuya lectura se hacía a veces en grupos, y se les recomendaba la abstención en el uso de bebidas alcohólicas.

Naturalmente, la Sociedad tenía un carácter secreto y se entraba en ella bajo «juramento imponente y solemne». Todos los cargos eran gratuitos y existía un capítulo de amonestaciones y castigos que llegaba incluso a la expulsión y el destierro.

La organización era la siguiente: Un presidente elegido por el Consejo que, a su vez, se componía de 16 miembros, uno de los cuales era Pérez del Álamo, todos ellos elegidos por los cabos. Existían después las llamadas secciones de 25 hombres, en las que se encontraban un cabo, un suplente, un tesorero y un citador. Todos los nombramientos eran por elección democrática. Como puede apreciarse, la Sociedad tenía una estructura muy sencilla, pero sumamente práctica y adaptada a un desarrollo militar.

Gracias a los asociados se pudieron conseguir algunos éxitos políticos, al obtener en las elecciones de diputados a Cortes de 1858 un representante liberal, así como el quedarse la Sociedad con una sierra que apetecían los narvaístas o el boicot hacia los propietarios injustos con los colonos.

2.-Preludio de la Revolución de 1861

Así estaban las cosas cuando, posiblemente debido a alguna confidencia, fuerzas del ejército y de la guardia civil se dedicaron a registrar domicilios «para la búsqueda de armas y municiones». De esta manera se descubrió la conjura. Por otro lado, se amenazó con juzgar a los que pertenecieran a sociedades secretas y se pusieron dificultades a la lectura y propagación entre los asociados de los periódicos de matiz liberal y democrático.

Ante los abusos, que Pérez del Álamo denomina de intolerancia político-social, se acordó reunir a los 40 afiliados más sobresalientes que pertenecían al Consejo de las provincias de Granada, Málaga y Jaén. En las deliberaciones, los pareceres se dividieron entre los que eran partidarios de un levantamiento y los que opinaban, caso en el que se encontraba el veterinario, que de momento debían permanecer tranquilos.

Las razones aducidas por estos últimos eran que el partido progresista estaba disperso, sin jefes, y, además, alejados de la Sociedad; pero, sobre todo, que el ejér-

10.- *Ibíd.*, p. 55.

11.- Según Galdós, los periódicos habitualmente manejados y leídos eran *La discusión* y *El pueblo*.

cito recientemente llegado de África estaba dispuesto. Parece ser que estas razones decidieron la votación en favor de los partidarios de permanecer como hasta el momento. Sin embargo, no pocos de los 54.000 afiliados, cifra nada despreciable, protestaron de esta resolución. Estaba visto que los ánimos se encontraban caldeados y se respiraba un deseo de contestar con la violencia. Por ello se reunió de nuevo al Consejo de la Sociedad en Loja, cuyas deliberaciones duraron tres días y una noche, y se acordó el levantamiento «designándome para jefe de ella -como escribe Rafael Pérez- y autorizándome para determinar el momento en que había de estallar».¹²

Advertidas las autoridades de estas reuniones se decretó la prisión de varios miembros, entre los que se encontraba el veterinario de Loja. Los acontecimientos fueron derivando hacia el estallido de los sucesos de esta localidad, de los que su protagonista dice que tuvieron «el honor de una revolución». Pero como revolucionario moderado intenta en su libro justificar la sublevación cuando se pregunta: «¿De quién era la responsabilidad de los acontecimientos lamentables que iban a ocurrir? ¿Era del pueblo?». Y responde: «No, en verdad, sino de los malos gobiernos, que en vez de atender a los derechos de todos sólo habían atendido a la conveniencia de unos pocos; era de las egoístas clases acomodadas, que, en vez de contentarse con lo superfluo que injustamente disfrutaban, querían también lo que era necesario para los pobres».¹³

3.-La revolución de Loja

Para poder comprender las operaciones que tuvieron lugar en un corto plazo de días, es preciso tener en cuenta los lugares de la sublevación, propicios a las escaramuzas y guerrillas que no debió abandonar Pérez del Álamo, si quería haber obtenido el éxito total de las operaciones, siempre contando con el levantamiento y adhesión del campesinado de las otras regiones andaluzas.

El conflicto partió de la villa de Mollina, perteneciente al partido judicial de Antequera, localidad situada al Este de la laguna salada de Fuente de Piedra. El día 21 de junio de 1861 tuvo lugar un encuentro entre algunos afiliados a la Sociedad y las autoridades locales, encuentro en el que hubo muertos y heridos.

Excitados los ánimos, se aguardaba por parte de los asociados la orden de levantamiento armado que no acababa de llegar. Tres días transcurrieron hasta que el 24, día de San Juan, cuando se encontraba el veterinario de Loja paseando con sus hijas fue detenido y conducido a la Casa Capitular, donde las autoridades civiles y militares le hicieron objeto de un interrogatorio. «Hubo allí muchas y vergonzosas ofertas y no escasearon las amenazas, hasta que, por fin, me comunicaron que al día siguiente partiría preso y bien custodiado a Granada».¹⁴ Al trascender la noti-

12.- Pérez del Álamo, ob. cit. p. 66.

13.- Ibídem, p. 66.

14.- Ibídem, pp. 67 y 68.

cia entre sus partidarios comenzaron a invadir la plaza del pueblo, por lo que se le permitió marcharse, temiendo el peligro de una insurrección popular, «quedándose el Jefe principal de la fuerza pública con mi carta de seguridad y señalándome mi casa por cárcel».¹⁵ Pero no muy seguras las autoridades con esta prisión provisional y dándose cuenta de que Pérez del Álamo era el cerebro y mano de aquella revolución latente, se acercaron tres días más tarde a su casa, donde fue detenido hallándose «en cama enfermo y sangrando». Una vez que se hubo incorporado, aprovechando que una acompañante de su mujer distrajo al jefe de la Guardia Civil, se escapó a caballo delante de sus mismas narices.

A partir de este momento, ya como fugitivo, se fragua propiamente el levantamiento desde aquel día en que el Consejo de la Sociedad le había designado como jefe. Ese mismo día, 27 de junio, unos mil hombres se concentran en la Campiña de las Salinas a primeras horas de la noche. Allí les arengó y como era corriente en su conducta, pidió que democráticamente eligieran un jefe a lo que respondieron ratificando su elección y aclamándolo. Esa noche, con sus hombres, se dirige a Iznájar, en la provincia de Córdoba, plaza sobre el Genil. Mientras la gente duerme, aquella fuerza avanza hacia el pueblo y dejando fuera a sus hombres, penetra con sólo 20 sublevados y en un golpe de sorpresa se apodera del Ayuntamiento, donde pide armas, alimento y tabaco para sus fuerzas. Acto seguido exige la rendición del cuartel de la Guardia Civil que le ofrece resistencia durante dos horas, combate en el que los sublevados tuvieron 5 heridos e incluso él mismo fue alcanzado en la cara.

Pero el cuartel no pudo resistir el ataque de los sublevados y sus fuerzas se rindieron. «No sin esfuerzos -escribe Pérez del Álamo- pude salvar a los guardias de que fueran víctimas del furor popular; pero merced a mis ruegos y exhortaciones, no tuvieron que sufrir más que el ser conducidos como prisioneros».¹⁶ Sus hombres ocupan la plaza. Aquel terreno montuoso y quebrado de Iznájar se prestaba fácilmente a las escaramuzas y guerrillas. Es aquí donde, el día 28, hace publicar el siguiente bando:

«Ciudadanos: todo el que sienta el sagrado amor a la libertad de su patria, empuñe un arma y únase a sus compañeros: el que no lo hiciere será un cobarde o un mal español. Tened presente que nuestra misión es defender los derechos del hombre, tales como los preconiza la prensa democrática, respetando la propiedad, el hogar doméstico y todas las opiniones.

En nombre del Centro Revolucionario

Rafael Pérez del Álamo»

15.- *Ibíd.*, p. 68.

16.- *Ibíd.*, p. 69.

La proclama del veterinario atrae la atención por su carácter de llamada nacional cuya misión, dice, es la defensa de los derechos del hombre. Por su contenido conservador, más bien parece el bando de una revolución de derechas, que de un militante socialista. Pero, como hemos dicho, los primeros socialistas españoles aceptaban en sus programas la defensa y respeto de la propiedad.

A las cuatro de la tarde del día 28, la facción sublevada pasa en barcas el río Genil y dos horas más tarde avistan a las fuerzas del Gobierno, que les hacen frente en la Campiña de Campo-Agro y Salinas. En la lucha se pasan 74 hombres a su bando. Este es el primer combate formal con los hombres del Gobierno, que le sirve para dar confianza a su improvisado ejército de campesinos y jornaleros. Pero su finalidad es ocupar su pueblo de Loja, que, aparte de ser la plaza más importante, por su situación entre las provincias de Málaga y Córdoba, es un valle entre sierras que puede permitir a sus hombres un terreno apto para el refugio y las refriegas con el ejército regular.

Cuando se decide a ocupar Loja cuenta ya con unas fuerzas nada despreciables, de seis mil hombres armados, a los que estructura militarmente. «Aquí fue donde organicé mi gente en batallones de 700 plazas, compañías de 100 y cuartas de 25, con sus respectivos jefes, oficiales, sargentos y cabos, cuya organización se prosiguió con los voluntarios que se fueron presentando después».¹⁷

El día 29 de junio es, posiblemente, el más decisivo y favorable a la causa de los revolucionarios. Siguiendo su táctica del movimiento de las fuerzas por la noche, para no llamar la atención, Pérez del Álamo emprende a las cuatro de la mañana la marcha sobre Loja. Igual que hizo en Iznájar, dejó a sus hombres acampados en la sierra y solicita por emisarios la evacuación de la ciudad. Al no obtener contestación al mediodía, da órdenes de tomar la villa, pero ante el despliegue de fuerzas, los resistentes evacúan Loja.

La ocupación de su pueblo natal, a las nueve de la mañana del día 30, es el punto culminante de las operaciones de los sublevados. En Loja permaneció hasta el día 4 de julio, tiempo que aprovecha para organizar las fuerzas que iban en aumento «hasta el punto de tener el día 3, treinta y un batallones, la mitad armados, y de repartir todos los días 28.000 raciones».¹⁸

La toma de Loja por los sublevados hizo que la revolución, a la que no se había dado mucha importancia, fuera tomada en consideración por el Gobierno y se viera como un serio peligro.

Al no existir un medio de difusión de noticias más rápido y eficaz en los pueblos, que la prensa y las comunicaciones escritas, el Gobernador Civil don Celestino Mas y Abad publicó el día 30 un bando en el que hacía constar que se concedía a los sublevados doce horas para que volvieran a sus casas y entregaran las armas. Pasado ese plazo, los que opusieran resistencia y de cualquier manera hubieran colaborado con los facciosos serían juzgados militarmente por un Consejo de Guerra.

Este mismo día el diario granadino *El Genil* lanzaba a las 11 de la noche un suplemento extraordinario a la edición del domingo 30 de junio haciendo un resumen

17.- *Ibidem*, p. 69.

18.- *Ibidem*, p. 70.

de los acontecimientos y notificando la toma de Loja y la interrupción de las comunicaciones. En la nota publicada se advierte el carácter partidista de la prensa y los calificativos peyorativos que atribuye al jefe de las fuerzas sublevadas al que llaman «un tal Pérez» y «Pérez, el herrador», así como otros parecidos para sus seguidores, de los que se dice que son «unos cuantos ilusos o soeces y malévolos perturbadores, que entregados a los tribunales sufrirán todo el rigor de la Ley Marcial».¹⁹

El día 2 de julio tiene lugar en Loja, a las siete y media de la mañana, una sesión extraordinaria en el Ayuntamiento, promovida por Pérez del Álamo, reunión a la que acudieron algunos de los principales contribuyentes. En el libro de actas del Ayuntamiento de Loja de 1861 figura el asentamiento de dicha sesión, que después fue reproducida íntegramente en su libro, como nota, por Pérez del Álamo.

En dicha sesión el veterinario de Loja comenzó diciendo «que aun cuando se le apellidara revolucionario, no había sido, era, ni sería para conducir a ningún habitante al crimen, ni a la expropiación, ni al vicio, y sí sólo le animaban y animarían sus sentimientos a defender la Patria y los derechos del hombre hasta derramar su última gota de sangre».²⁰ Era su deseo, como así lo hizo saber, que la ciudad y las autoridades continuaran tranquilas. Respecto a las necesidades que tenían sus fuerzas de alimentos, calzado y otros efectos, hizo publicar un bando para que se entregaran al Secretario recibos del material ocupado que no pensaba obtener a expensas del pueblo, sino de las Rentas Estancadas y de las Salinas.

Consta en el acta que había obtenido seis mil duros de diversos contribuyentes «los cuales serían reintegrados de los fondos que proporcionase la venta de sales que había dispuesto». Es decir, Pérez del Álamo dispone de este dinero en concepto de empréstito y nombra para ello una comisión, que firma con él el acta, manifestando «hallarse conformes con el antes referido anticipo».

Al día siguiente se vuelve a reunir el Ayuntamiento en sesión a la que asisten los mayores contribuyentes y se leyó un oficio del Jefe de las fuerzas armadas por el que solicitaban mil fanegas de trigo de las Paneras del Depósito, de las que se hizo también entrega, así como, por su parte, del correspondiente recibo acreditativo.

Los citados escritos son sumamente curiosos, debido a que la personalidad revolucionaria del veterinario de Loja se dibuja en un plano moderado y, en cierto modo, paradójico y utópico, ya que, si bien en su libro asegura que el levantamiento que acaudilló fue una revolución, luego intenta disculpar el apelativo de revolucionario debido, posiblemente, a que sus fines no eran la expropiación y el reparto de tierras entre sus seguidores, sino la consecución de unos logros más universales, filosóficos y sociales, que económicos: los derechos humanos. Y cuando necesita dinero lo pide como préstamo sin gravar, como dice, al pueblo, ya que lo saca de las rentas estancadas de los ingresos de las salinas. No es de extrañar que Garrido (1864) al escribir, poco después, la historia de las asociaciones obreras, al referirse a la que llama revolución socialista de Loja pusiera de relieve el carácter pacífico y respetuoso de aquella revolución, en la que no se robó ni se mató a nadie.

19.- *El Genil*, diario granadino de la tarde. Edición extraordinaria de las once de la noche, el nº 64 del domingo 30 de junio de 1861.

20.- R. Pérez del Álamo, Apéndice en p. 157 de su libro.

Ese mismo día 2 de julio, tuvo lugar una dura batalla de ocho horas de duración con el ejército, al que dice que hicieron retirarse dos leguas. Al día siguiente se publicaba, por parte del Gobernador de Granada, un boletín extraordinario que, a manera de bando, informaba en la provincia de la marcha de los acontecimientos.

Decía así:

«Las tropas que, procedentes de Andalucía, manda el Brigadier Riquelme, llegaron en la noche última a Archidona, a tres leguas de Loja.

El General Serrano del Castillo ha llegado al cuartel general de Venta Nueva a las 3 y 14 minutos de esta tarde.

Granada, a las 4 y 7 minutos del 3 de julio de 1861".

El Gobernador,
Celestino Mas y Abad

En efecto, tal y como informa otro boletín extraordinario publicado ese mismo día, en la madrugada del día 3 llegó a Granada el General Luis Serrano del Castillo, quien inmediatamente salió para Venta Nueva.

El Gobierno envió a Málaga tropas que desembarcaron de la «Concepción» y del «Vasco Núñez», aparte de las procedentes de las provincias de Córdoba, Ciudad Real, Toledo y Madrid.

El bando, firmado por el Gobernador, anunciaba igualmente que reinaba tranquilidad en el resto de España e incluso en la provincia de Granada, con excepción de Loja, lo cual ponía bien claro que muchos de los afiliados a la Sociedad Secreta de las tres provincias no se habían unido a la revolución.

Finalmente, el boletín extraordinario a que nos referíamos advertía a los sediciosos que el Gobierno «no puede ni quiere otorgar ningún género de garantía ni de consideraciones a los sublevados, para quienes el castigo será tan terrible como las leyes y la sociedad exigen».

El anuncio de la llegada de las tropas amedrentó a muchos de los seguidores de Pérez del Álamo, quienes le pidieron abandonara la ciudad y evitara muertes inútiles; «estos ruegos -escribe el veterinario-, los lamentos de las mujeres, el profundo e inextinguible amor que tengo a mi ciudad natal y la falta de cumplimiento a su palabra por parte de la mitad de los socios, moviéronme a salir de la ciudad».

Como opinaba Galdós, al comentar los sucesos de Loja, los revolucionarios no debieron refugiarse en las ciudades y practicar en todo momento la táctica de guerrillas. Pero, con todo, hay que tener en cuenta dos hechos importantes que hicieron fracasar el levantamiento contra el Gobierno: por un lado, la falta de colaboración de la mayoría de los afiliados, que ya hemos apuntado, y después, el que no existieran en las provincias limítrofes otros levantamientos acaudillados por jefes locales conocedores del terreno y de la psicología de los habitantes de aquellas zonas agrarias andaluzas subdesarrolladas. También hay que decir que a Pérez del Álamo le faltó empuje revolucionario para comprometer hasta el final a sus hombres. Pero prefirió una revolución pacífica, sin excesos, aunque bien organizada y en la que no faltaron las trompetas y los tambores.

¿Qué papel desempeñó el veterinario en la organización de este levantamiento armado? Indudablemente él fue el protagonista máximo y a su lado el resto de los dirigentes, Calvo, Narváez Ortiz, Antonio Martín («El Estudiante»), quedan desdibujados. El periódico *La España*²¹ recogía con estas palabras la intervención del veterinario en aquellos días: «Pérez del Álamo, con dos o tres herreros, eran los que manejaban todo y cuidaban de la conservación del orden... El traje de éste consistía en pantalón y chaqueta de lienzo blanco, chaleco negro de seda y un sombrero de paja, con sable de caballería».²²

Galdós le describe en estos términos: «Hombre extraordinario fue, realmente dotado de facultades preciosas para organizar a la plebe y llevarla por derecho a ocupar un puesto en la ciudadanía gobernante. Tosco y sin lo que llamamos ilustración, demostró natural agudeza y un sutil conocimiento del arte de las revoluciones; arte negativo si se quiere, pero que en realidad no va nunca sólo, pues tiene por la otra cara las cualidades del hombre de gobierno. Representó una idea que en su tiempo se tuvo por delirio. Otros tiempos traerían la razón de aquella sinrazón».²³

El día 4 de julio las fuerzas gubernamentales cortan las carreteras principales y rodean Loja. Con cautela, Pérez del Álamo hace «desplegarse en guerrillas a un batallón» engañando a Serrano como que le iba a atacar y, entre tanto ordena la retirada por las cañadas del Cofín y del Torilejo.

El Gobernador facilitaba el siguiente comunicado por medio del boletín extraordinario del Gobierno de la provincia de Granada, que decía:

«Ya se encuentran sobre Loja las tropas que al mando del Brigadier Riquelme, han venido de Andalucía. Al primer batallón de San Fernando, que había tomado posiciones al otro lado de la ciudad sublevada, se la han unido ya otro batallón del mismo Regimiento y el de Cazadores de Arapiles. Las fuerzas procedentes de Castilla, llegaron ayer a Alcalá la Real, debiendo encontrarse en estos momentos próximas, o unidas quizás, a las demás. Han desembarcado en Málaga la Artillería y tropas que se esperaban, y de un momento a otro se sabrá el arribo de otras. Baján más fuerzas de Castilla a la provincia de Jaén para acudir donde convenga».

«Cercados, pues, los sublevados y aumentándose por instantes la fuerza llamada a hacerles sentir con toda severidad el peso de la ley, se aproxima el momento de escarmentar ejemplarmente la rebelión.

La ley de 17 de abril de 1821 se ejecutará sin consideración de ningún género, contra los que han dado el grito de rebelión y contra los que intenten secundarle.

21.- *La España*, 8 de julio de 1861.

22.- Citado por Calero, p. 26.

23.- B. Pérez Galdós, *Obras completas. Episodios Nacionales. 3. La vuelta al mundo en la Numancia*. Madrid, Edit. Aguilar 1970, p. 455.

A las 8 y 48 minutos de la mañana se ha levantado el cuartel general de Venta Nueva, aproximándose con la estación telegráfica de campaña hasta la vista de Loja.

Granada 4 de julio de 1861

El Gobernador
Celestino Mas y Abad»

A las siete de la tarde de ese mismo día, el Gobernador recibía un telegrama anunciándole la entrada de las tropas en Loja.

Entre tanto, las fuerzas sublevadas pernoctan en Safarralla y Las Ventas. El día 5 entran en Alhama y en seguida parten para Las Pilas. Rafael Pérez habla de nuevo a sus hombres y les expone sus planes de tomar Granada, pero antes de iniciar la marcha les concede un descanso de dos horas.

A las cinco de la tarde se pone en camino la expedición y avista a las tropas del Gobierno con las que entablan combate que «a poco se convirtió en derrota y dispersión», pese a las ventajas iniciales. En su relato de los acontecimientos no da número de las fuerzas contendientes, aunque da a entender la superioridad del enemigo, ni ofrece pormenores de la batalla, heridos o muertos, etc. Sólo dice que con unos pocos comprometidos se retiró al lugar llamado, por triste ironía del destino, las Suertes de Alcántara.

4.- Etapa de fugitivo

A partir de este momento pasa a ser un fugitivo. La mayoría de sus hombres se dispersan o se entregan y se someten a los rigores de la justicia gubernativa que, al decir de Pérez del Álamo, les hizo objeto de una dura represión.

El Gobierno civil de la provincia de Granada publica el día 6 un Boletín Oficial extraordinario con instrucciones a los alcaldes para que, con los vecinos, combatan a los rebeldes divididos. Para ello debían establecer vigías en los pueblos y nada más se divisaran grupos de sublevados deberían tocar a rebato, agruparse en la plaza del pueblo con sus armas y ponerse a las órdenes del juez municipal. El día 7 se mandó a todos los alcaldes que convocaran a los vecinos e hicieran una relación de los que poseían armas para equiparles si no de alguna manera. Al divisar cualquier grupo enemigo avisarían a toque de campana y tan pronto alejaran o vencieran a los revolucionarios deberían regresar a sus respectivos pueblos.

Es interesante una de las normas del bando que dice: «Como este servicio no debe ser más que momentáneo y no deben prestarlo los jornaleros a menos que vayan por orden de sus amos, no puede temerse que pueda perjudicar intereses de ningún género». En realidad la supresión de los jornaleros se debía a que temían que se unieran o pudieran auxiliar a los rebeldes, por ser ellos quienes defendían su causa.

Los facciosos que fueran prendidos -seguía diciendo el bando- debían ser entregados a la fuerza militar para ser juzgados por una Comisión. Asimismo, se hacían responsables a los alcaldes del feliz cumplimiento de estas normas y deberían dia-

riamente dar parte al Gobierno de las incidencias, prisioneros y armas recogidas, etc.

Según los datos de Pirala (1876), se juzgaron cerca de 600 sublevados, de los cuales 116 fueron absueltos, 400 condenados a prisión, 6 condenados a muerte, de los que fueron ejecutados dos, y el resto juzgados en rebeldía. Uno de los ejecutados, cuya muerte fue sentida y produjo honda impresión, fue Narváez Ortiz. Otros dos se suicidaron en la cárcel: un profesor de música y pintura de Antequera y uno de los jefes socialistas. De los encausados, 272 fueron deportados (Nadal, p. 60).

Los días 6 y 7, Rafael Pérez dice que los pasó entre las brañas, hambriento y ocultándose. Aprovechando la oscuridad de la noche penetra el día 8 clandestinamente en Loja y se refugia primero en casa de un amigo y luego de una hermana, pero, para no comprometerla, se marcha en seguida a las sierras de Fornes y Agrón. A partir de ahora comienza para él una etapa de peripecias, huyendo de sus perseguidores y además indocumentado. En el monte de Pera permaneció 19 días entre las matas alimentándose con lo que le proporcionaban un pastor llamado el tío Fraile y su yerno, que era guarda de una dehesa. Pero la llegada de la estación de las tormentas le obliga a refugiarse en una cortijada de Pereda, en casa de un amigo suyo, antiguo comandante de húsares. Debió de haber algún indicio de su presencia, ya que sometieron la vivienda a un minucioso registro, del que pudo pasar desapercibido gracias a que se escondió en un agujero tapado con leña, de donde le sacaron medio asfixiado. De aquí huye a Gabia la Chica y retorna a Pera y, el 28 de julio, se traslada a Madrid disfrazado, según se cree, de cura. Durante su estancia en Madrid no sabemos nada, ni él tampoco aclara quiénes fueron sus amigos y protectores en esta ocasión. Pérez Galdós escribe que desapareció y se habló de su huída a Portugal. Tanto Bernaldo de Quirós como Del Moral dicen que fue apresado e indultado, pero el veterinario no aclara en sus apuntes revolucionarios que así fuera.

Reunido el Ayuntamiento de Loja, acordó enviar el testimonio de adhesión del municipio a la Reina, que firmaron el alcalde y concejales.

El día 5 de septiembre se promulga un indulto y él es uno de los favorecidos, quizás debido, en parte, a su comportamiento caballeresco durante la revolución. Una semana más tarde regresa a Loja.

No acabarían aquí las desgracias y peripecias del díscolo veterinario. Había salvado la vida, pero comenzaría ahora contra él una campaña de difamación y de peticiones de responsabilidades que sería tan amarga o más que la vida de fugitivo en la sierra.

Al año siguiente de ocurridos los sucesos, es cuando Marfori presionó al veterinario de su pueblo para que desmintiera públicamente, con una carta, los hechos del levantamiento de Loja, que había relatado hacía poco Tubino²⁴ en el diario *La Andalucía*, propuesta a la que se negó el fallido revolucionario. Por otra parte, como consecuencia de su levantamiento armado y de los gastos ocasionados y material pedido en calidad de préstamo, el juez de Loja le exigió, a petición y por denuncia de dos de los llamados moderados, «el pago de los intereses gastados en el alza-

24.- *La Andalucía*, 18 de octubre de 1862.

miento». La situación se hizo para el vencido y procesado verdaderamente insostenible, a causa de esta reclamación, de la salud de su mujer, gravemente enferma, de sus hijos abandonados «y de mi profesión, que a tantas burlas ha dado lugar, como si estuviéramos en tiempos de oficios infames o viles».²⁵

En ese año de 1862, la reina Isabel II que había pasado el verano en Santander, hizo un viaje a Granada el 14 de octubre. El pueblo andaluz la hizo objeto de un gran recibimiento y Pérez del Álamo se avistó con el ministro de Fomento, a quien agradeció el indulto, sin que por ello cambiara «de bandera». La única versión que tenemos de su indulto es la que nos ofrece Bernaldo de Quirós, quien asegura que fue salvado gracias a «la generosidad del Marqués de la Vega de Armijo, Ministro de la Gobernación con la Unión Liberal de O'Donnell».²⁶

Marfori, sobrino de Narváez y uno de los hombres influyentes de la Corte de Isabel II, a la que siguió años más tarde en su destierro, utilizó toda su influencia para aniquilar a su enemigo personal en el pueblo. Tal fue la persecución, que Pérez del Álamo le desafió por calumnia, pero Marfori no aceptó el duelo, según decía «por respeto a la ley y por respeto a su decoro». La polémica entre los dos hombres se publicó en *La discusión* y es aquí donde el veterinario hizo una valiente y emotiva defensa de su profesión, de la que dice estar orgulloso y satisfecho.

En el diario *La discusión*, nº 2.125, insertó una carta de contestación en la que decía: «El señor Marfori se negó a darme explicaciones porque soy albéitar. Yo creo que no hay profesión que deshonre. Yo estoy muy contento, muy satisfecho, muy orgulloso con la mía. Yo creo que el trabajar honradamente en un oficio honrado por muy humilde que sea, es más meritorio que obtener alto puestos debidos a vergonzosos favores. Todos somos iguales ante la ley, todos iguales ante la sociedad; todos somos hombres, todos somos ciudadanos» (*Apuntes...*, p. 82).

Uno de los republicanos de Loja, don Ramón Calvo Giménez, en cuya casa se decidió el levantamiento, con otros también de su facción intentaron asesinarle por lo que hubo un proceso que le costó sus pesetas. El tal Calvo fue premiado por su traición con un puesto de policía en Madrid, estando Narváez en el poder. Pero no quedarían aquí las cosas: el alcalde de Loja le denuncia al Gobierno el 16 de diciembre de 1862, según escrito que reproduce el mismo Pérez del Álamo. Por si fuera poco, le recayó sentencia acusatoria en el pleito con Marfori. En fin, le arruinaron con los pleitos, le desterraron y fue sentenciado al pago de una fuerte multa que en total ascendía a 14.064 reales. Para pagar las fianzas y multas dice que tuvo que malvender algunos bienes y fincas y aún así tuvo que suplir el resto con cárcel. Hubo personas que, aún no siendo de sus ideas, quisieron ayudarle, y cita incluso sus nombres, pero con la honradez y dignidad que le caracterizaba les dio las gracias y les dijo que sólo aceptaría la ayuda de sus correligionarios. Algunos amigos aportaron la cantidad necesaria para sacarle de la prisión. Entre ellos estaba Federico Rubio, a quien, en agradecimiento, dedicó su libro.

Los levantamientos de 1866 hicieron que preventivamente el gobernador Auñón le detuviera durante 38 días. Dos años más tarde tiene lugar la revolución de sep-

25.- R. Pérez del Álamo, ob. cit. p. 81.

26.- C. Bernaldo de Quirós, ob. cit.

tiembre de 1868, en la que participa activamente y cuyas incidencias relata con detalles en su libro.

Conociendo sus aptitudes de mando, el duque de la Torre le dio el cometido, al frente de dos mil hombres, de ocupar el puente de Córdoba y el Campo de la Verdad, cuando las acciones en Andalucía. Su comportamiento hizo que el general Izquierdo, por orden de Prim, le propusiera el destino de coronel que rechazó, como él dice, por ser consecuente con sus opiniones. No ha sido este el único caso de civiles que por hechos de guerra fueron recompensados con grados militares. Recuérdese, por ejemplo, en este sentido, la hoja de servicios del cura Merino, que se conserva en el archivo del Servicio Histórico-Militar.²⁷

Al declararse la Revolución, Pérez del Álamo se sacó la espina e hizo a la familia de Narváez y Marfori la reclamación de sus bienes. Temiendo éstos mayores males le indemnizaron «amistosa y extrajudicialmente» mediante el pago de 20.000 escudos, según documento que publicó en su libro con fecha 17 de diciembre de 1868.

Al año siguiente no quiso participar, por desacuerdo, en los sucesos de octubre de 1869 y cuyos motivos expone en su libro e intenta confirmar con una carta de Castelar (*Apuntes...*, p. 146).

5.- Sus últimos años en Arcos de la Frontera

No tenemos ya más datos de su vida en los años que transcurren hasta su asentamiento como veterinario en Arcos de la Frontera. Hemos de sospechar que la vida se le hizo imposible en Loja y creyó oportuno abandonar el feudo de la familia Narváez, que volvería a perseguirle llegado el momento de la revancha.

Por la fecha en que publicó su libro *Apuntes sobre dos revoluciones andaluzas*, debió de vivir algún tiempo en Sevilla. Después se sabe que pasó a la localidad de Arcos de la Frontera, donde regentó un potro de curas y herraje que había pertenecido a un colega fallecido llamado Revuelta. Por los datos que aparecen en la partida de defunción,²⁸ no vivió con su familia, ya que su mujer debió de haber muerto y los hijos estarían ya casados. Con los ingresos producidos por el ejercicio de la clínica y el sueldo de inspector municipal de carnes del Ayuntamiento, Pérez del Álamo mantuvo la familia de su colega Revuelta, con la que vivió, y a la que protegió en una situación difícil, ya que la pobre viuda y otro miembro de la familia eran ciegos. La inquietud político-social que siempre le acompañó, se mostró una vez más en estos años difíciles en que además era ya avanzada su edad. En Arcos de la Frontera organizó entre los obreros un seguro para socorrer a los enfermos y parados. Cobraba treinta céntimos semanales, que todos pagaban de buen grado, sa-

27.- Durante la guerra por la Independencia es cuando aparece la modalidad de ejército voluntario y alcanzan máximo prestigio los grados obtenidos por méritos de guerra.

28.- Debo la certificación literal del acta de defunción de Pérez del Álamo y la reproducción fotográfica de su nicho, a la cortesía del veterinario de Arcos de la Frontera, don Dativo M. Ronco González.

biendo el destino social de aquel dinero y sabiendo también que contaban con el abnegado ejemplo de su fundador, cuyo sueldo pasaba íntegro a la familia que protegía.

Durante estos años de principio de siglo fue cuando mantuvo la citada correspondencia con Pérez Galdós, que tanto ha servido para popularizar su nombre.²⁹

Así transcurrió el período más gris y difícil de su vida, olvidado de muchos, atacado por los más, y en lucha constante contra una situación económica apurada, que se vio agravada por la triste competencia de curanderos e intrusos, así hasta el día 15 de enero de 1911 en que, tal como dice el certificado de defunción, murió a consecuencia de una pulmonía gripal en su casa de la calle Sagasta nº 7, donde vivió en Arcos de la Frontera.

Su muerte no debió de pasar, sin embargo, desapercibida, ya que el *Heraldo de Madrid* le dedicó el día 18 de ese mismo mes una semblanza que cae en los anteriores tópicos al definirle como un hombre «inculto, tosco, caótico», al que se le reconoce, sin embargo, unas cualidades organizadoras que le llevaron a ser caudillo de la revolución de Loja de 1861. El periódico reproducía un retrato suyo con un aspecto apostólico, acentuado por la edad y la actitud de la cabeza, levantada hacia el cielo». ³⁰ Después de su muerte se colocaron carteles con su retrato en los lugares más frecuentados, allí en su tierra, por los obreros.

Parece ser que el día de su entierro asistió toda la Corporación Municipal de Arcos de la Frontera y se le donó el nicho donde sería enterrado por diez años. Al cumplirse el período de caducidad los obreros lo adquirieron por suscripción popular. Allí, en el cementerio de San Miguel, extramuros de la población, en el nicho nº 83, fila 3, existe una sencilla lápida que recuerda el nombre de este veterinario romántico y aventurero.

D. E. P.

RAFAEL PÉREZ DEL ÁLAMO

Caudillo del Primer Movimiento
Obrero Andaluz

La Sociedad Arcobricense «Fraternidad Obrera»

15 enero 1911

29.- Archivo epistolar en la Casa-Museo Pérez Galdós de Las Palmas.

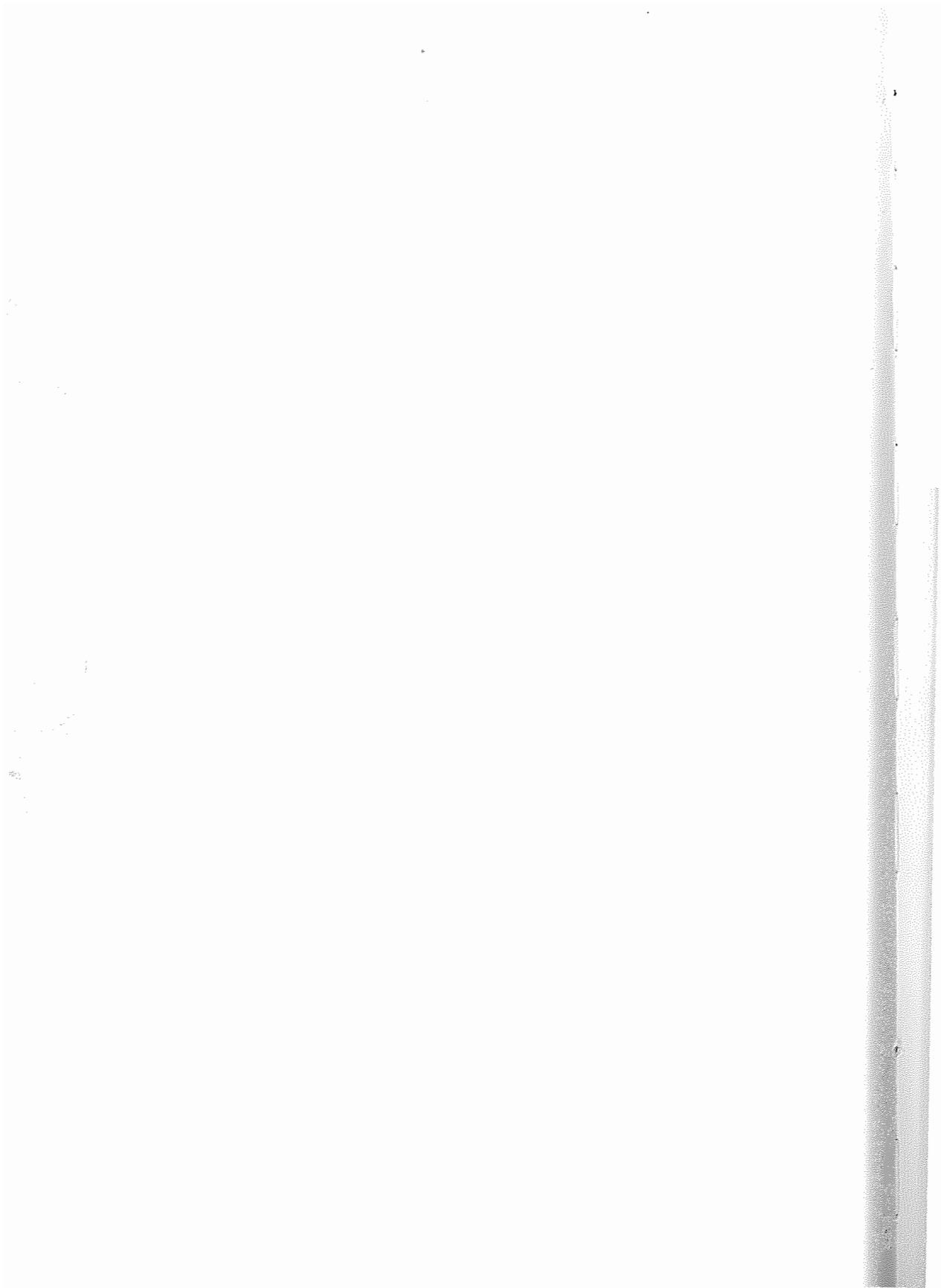
30.- C. Bernaldo de Quirós, ob. cit., p. 14.

PÁGINA
GALDOSIANA S



VIII

TEODOSIA GANDARIAS,
EL ÚLTIMO GRAN AMOR DE BENITO PÉREZ GALDÓS



No fue tan anodina la biografía de Galdós como supone Torrente Ballester,¹ cuando opina que no tuvo una vida agitada y tormentosa al estilo, como él dice, de lo que algunas mujeres llaman «un hombre interesante». Por el contrario no le faltaron a don Benito en su larga y ajetreada vida aventuras y episodios de los que fue protagonista en los movimientos socio-políticos e intelectuales de su siglo. Hombre pacífico y tímido, fue, al decir de Marañón, un gran apasionado que supo controlar esas pasiones entre las que no fueron las amorosas las menos intensas, dado su carácter «superviril y mujeriego». A lo que parece, el amor gozó de sus preferencias, tal como lo expresaba su amigo Navarro Ledesma cuando escribía: «Le gustan las mujeres... lo que nadie puede imaginarse, pero todo se lo calla y de estas cosas, ni Dios le saca una palabra».²

En efecto, en su vida figuraron numerosas mujeres de las que nunca se olvidó del todo y a las que utilizó en diferentes argumentos como personajes de sus libros. Buen conocedor de la psicología femenina se sirvió de los recuerdos y experiencias de su vida para retratar unos tipos de mujeres que vienen a constituir modelos de diferentes caracteres. En sus obras aparecen los amores imposibles, como le sucedió con su prima Dolores Macías, que se fue a un convento, o Sisita Galdós Tate, de la que fue separado por su propia familia. En otros casos, ese amor se frustró, como le ocurrió con Juanita Lund. Pero en su dilatada vida, Galdós tuvo ocasión de conocer a otras muchas mujeres de todos los estratos sociales e, incluso, algunas compartieron su vida, aunque fueron los suyos amores ocultos de experimentado solterón.

La publicación en 1975 por Carmen Bravo-Villasante de parte del epistolario amoroso de doña Emilia Pardo Bazán con el autor de *Fortunata y Jacinta*,³ aportó datos interesantes que pueden explicar una influencia mutua entre ambos escritores. En sus numerosos encuentros valoraron y discutieron la producción literaria de su tiempo, española y europea, donde figuras como Valera, «Clarín», Pereda, Zola, Tolstoi o Dostoievsky gozaban de enorme prestigio. En este caso la seductora

1.- *Panorama de la Literatura española contemporánea*, 3ª edic., Madrid, Guadarrama, 1965, p. 113.

2.- Carmen de Zulueta, *Navarro Ledesma*, Madrid, 1968, p. 324.

3.- Carmen Bravo-Villasante, *Cartas a Galdós*, Madrid, Turner, 1975.

fue la escritora gallega que le reclamaba durante las ausencias: «Vente pronto a Madrid, te quiero ahora como nunca, y sin ti ya no me encuentro, sin tus caricias, sin tu charla y la miel hiblea-suiza de tus bromas y de tus agudezas que tienen la sal del mundo».⁴ Pero luego fueron apareciendo otras mujeres, como Concha Ruth Morell, la conversa al judaísmo, elegida de modelo para su novela *Tristana*, o Lorenza Cobián, la madre de su hija María, nacida en el número 24 de la Cuesta del Hospital de Santander. Mujeres que pasaron por su vida y quedaron convertidas en figuras literarias de muy distinta personalidad y condición, como Eloísa, María Juana y Camila, en *Lo prohibido*; la compleja e intolerante Gloria o la ingenua y sufrida Marianela. Doña Emilia Pardo Bazán se vio retratada en Augusta, el personaje femenino de la novela *La incógnita* y algunos críticos han creído ver en Leré, de Ángel Guerra, a Lorenza Cobián, la madre de la hija de Galdós, que murió trágicamente al suicidarse en 1906. María, nacida en 1890, tenía entonces 16 años y a los pocos días de la muerte de su madre la escribe el novelista con sus impresiones del caso pidiéndola le obedeciese a partir de ese momento: «Si me hubieras dicho que tu mamá quedaba en Madrid, yo le habría escrito tratando de sosegarla de sus desvaríos. Ya sabes que tu pobre mamá venía hace tiempo atacada de delirio persecutorio; ya le dije que esto era una enfermedad. A los que la padecen no se les debe dejar nunca solos. Hiciste mal en largarte a las Arriondas dejando a tu madre sola en Madrid. No me extraña que la soledad separada de ti haya acabado de trastornarla, llevándola a un fin tan desgraciado. ¡Pobre Lorenza! El sentimiento que me ha causado su muerte no se me disipará en mucho tiempo».⁵

Nada más morir, al año siguiente, traba conocimiento el escritor con Teodosia Gandarias, una viuda vizcaína de 44 años. El novelista tenía entonces 64. Rodeado y atendido por sus hermanas, precisaba, sin embargo, suplir su soltería y conocer a otras mujeres. Se puede decir que las tuvo y las necesitó durante toda su vida de una forma afectiva y sexual. Con ellas desaparecía su timidez y ponía en evidencia su gran ternura y su capacidad de relación, a la vez que constituían para él un elemento necesario en su creación. Ese conocimiento de la mujer físico y psicológico y la dulzura de trato con ellas le permitió profundizar en el espíritu femenino y crear todo un catálogo de personajes de diferente condición. Por ello es tan completa la tipología en su novelística, donde reproduce con gran exactitud sus sentimientos y conversaciones, los defectos y también las virtudes y la enorme capacidad de amar de la mujer.

Teodosia Gandarias Landete significó para Galdós lo mismo que Mariana von Willemer o la joven Ulrica von Levetzov para Goethe.⁶ Fue, sin duda, su último y apasionado amor. Los datos que tenemos de ella no son muy numerosos. De lo que se desprende del numeroso epistolario existente en la Casa-Museo del novelista

4.- *Ibidem*, p. 17.

5.- W. T. Pattison, «Two women in the Life of Galdós», *Anales Galdosianos*, 1973, pp. 29-30. Suponemos que Lorenza Cobián debió suicidarse a causa de una depresión.

6.- Benito Madariaga, «Teodosia Gandarias, el último gran amor de Benito Pérez Galdós», *Alerta*, Santander, 20/3/1983. Una selección de las cartas de Teodosia Gandarias fueron publicadas por primera vez en nuestro libro Pérez Galdós. *Biografía santanderina*, Santander, 1979, pp. 342-363.

grancanario y de la biografía publicada por Pedro Ortiz Armengol⁷ sabemos que había nacido en Guernica en 1863 y cuando la conoció el escritor no carecía de cierto atractivo. Mujer dotada de grandes inquietudes y con buena preparación, se dedicó en sus ratos libres a enseñar al hijo de la portera de su casa: «La lección que das al chiquillo ese tiene un mérito extraordinario. ¡Qué mujer eres! Otra andaría de callejeo, compuesta y emperejilada, sin pensar más que en sí misma» (Nuez, 1993:24). El novelista se inspiró en ella y la convirtió simbólicamente en la educadora Atenaida en *La razón de la sinrazón*. Teodosia fue la musa y colaboradora de la llamada serie final galdosiana. El anciano novelista encontró en ella la última ilusión femenina de su vida, tal como se lo hace saber por carta cuando le escribe: «Eres la mujer única. No existe ninguna que pueda igualarse a ti, por la dulzura del afecto, por la seguridad del razonamiento, por la firmeza de la voluntad, por el rigor de la conducta, por el orden y la sencillez con que vives, y por las infinitas gracias que a todas estas prendas acompañan. El encontrarte en el camino de mi vida ha sido mi mayor acierto, o el mejor golpe de la suerte, o el premio mayor y más gordo de la humana lotería» (Ibidem, p. 19). Con frecuencia a ella y a su hermano les ayudó económicamente enviándoles pequeñas cantidades de dinero para que salieran de sus apuros.

En su largo epistolario, escrito en gran parte desde Santander,⁸ al separarse durante la época estival, le va transmitiendo Galdós sus estados de ánimo y de salud, los proyectos literarios y sus compromisos con el mundo político. Así, le hace la confidencia de estar preparando el plan de una comedia dramática que se titulará *Los bandidos* o le cuenta su programa de trabajo diario: «Me levanto a las cinco en punto. Las primeras horas del día son deliciosas. Parece que toda la naturaleza es nueva, y acabadita de hacer. Desde que me levanto hasta que se oyen los primeros ruidos de la casa pasan dos horas» (p. 112). Algunas de estas cartas tienen el encanto del espíritu franciscano de Galdós, amante de la naturaleza, como cuando le dice desde su finca de «San Quintín»: «Asimismo, darás a tus rosas, claveles y jazmines recuerdos y recaditos muy expresivos de mis magnolias, clavellinas, crisantemos, begonias y rosas. Las flores de acá amigas son de las de allá y todas se conceptúan como una sola familia» (p. 172). En otra carta de 1912 le cuenta que ha enterrado al pie de un laurel a un perrito suyo, muerto recientemente, «un poco más abajo del pino que figura en la fotografía, árbol más que centenario, que ya sombreaba el suelo con su hermoso follaje cuando compré el terreno de esta finca».

Su cariño hacia los animales se lo expresa en una carta sin fecha también escrita desde su finca de «San Quintín»: «Esta casa mía tiene este año cuatro nidos de golondrinas, uno más que el año pasado. En mayo, los malditos pintores que estaban pintando la casa, derribaron dos de los antiguos nidos. Las pobres avecillas tan buenas, leales y consecuentes, no huyeron de este lugar». Además le cuenta candorosamente la actitud de los pájaros, que le comen vorazmente sus guisantes, ante el espantapájaros de la huerta.

7.- Pedro Ortiz Armengol, *Vida de Galdós*, Madrid, Crítica 1996. Contiene una abundante información sobre Teodosia Gandarias y la relación con Galdós, su muerte y enterramiento.

8.- Sebastián de la Nuez Caballero, *El último gran amor de Galdós. Cartas a Teodosia Gandarias desde Santander (1907-1915)*, Santander, Colec. Pronillo, 1993.

En otras ocasiones le informa de las obras que tiene entre manos y lo que se propone hacer. De aquí el valor enorme de este epistolario para los críticos de la obra galdosiana. Así le dice en agosto de 1909: «Corregiremos tú y yo muy pronto las pruebas del *Caballero encantado*, historia tan verdadera como inverosímil. La publicaré en *El liberal*, ahí, a principios de octubre. Aparecerá el libro a mediados o final del mismo mes. Lo que me falta no podré acabarlo aquí: lo acabaré en Madrid» (p. 170)

Esta maestra vocacional, exaltada e imaginativa, al decir de Galdós, fue la mentora del escritor, quien le prestaba sus manuscritos y atendía a sus opiniones. «Tú eres mi público y tus dictámenes -le dice en una carta- aun siendo siempre lisonjeros, y gracias por eso mismo me deleitan y me hacen feliz. Tu inteligencia es grande, y a ella se une un tacto y una ciencia natural del mundo y de las pasiones que a mí me dejan pasmado».

El lenguaje amoroso de este epistolario, igual para todas las edades, le lleva a decir a su adoradísima y soberana Teo: «Alma mía, todo mi ser es tuyo. Corazón y cerebro te pertenecen. Te quiero con pasión sosegada y segura, con incommovible asiento».

La correspondencia entre ambos amantes debió de durar bastantes años, al menos desde 1907 hasta 1915 y continuó la relación hasta la muerte de don Benito con un romántico desenlace. Muerto ya el escritor, el diario *Hoy*, del 9 de enero de 1920, reprodujo una carta dirigida por una señora, antigua conocida de Galdós, a José Ortega y Munilla, que bajo el pseudónimo de «Doña Paz», decía así:

«Siempre me interesó usted, por ser vos quien sois y por haber heredado el afecto documentado que le guardó mi padre y maestro; así que viendo J. Ortega Munilla, me leo todos los renglones.

Su generoso artículo «Galdós ha muerto», termina recordando que Balzac tuvo la suerte de encontrar una opulenta dama rusa que le amó en sus últimos días, y yo quiero contarle un pequeño chisme poético que es bien interesante. No es ningún elucidario, pero bien están todos los datos que reconstruyen vidas íntimas de grandes hombres.

La última vez que hablé a don Benito fue en el despacho de su abogado, D. José Alcaín, quien tanto ha contribuido a la tranquilidad económica del gran Galdós.

El ciego ilustre tardó en reconocerme -yo vivo hace años en un valle con sol sin acercarme al resto del mundo- y cuando me reconoció, me besó las manos muchas, muchas veces, con ternura de abuelo. Allí dimos un paseo por la vida de antes; la vida de cuando yo era hija en vez de madre. ¡Cuánta gratitud despertó nuestra parleta cordial! Parecía animarse el maestro y, como un adolescente, me habló de que no se envejece más que de cuerpo...

A momentos perdía un poco el hilo del discurso y discurría a golpes, de un modo que daba ganas de llorar. Era un asalto cruel

de la decrepitud contra el genio. ¿Y sabe usted cual fue su confianza eje? Fue, D. José, contarme «que él siempre había sido bueno»; que ahora y gracias al buen consejo de D. José Alcaín había reconocido legalmente a su hija que estaba a punto de ser abuelo, y que «lo que más amaba en el mundo era una novia, casi de su edad, a la que tendría enorme complacencia en que yo reconociese para que viera cuan digna era de todos los amores». Claro que no accedí; pero admiré aquella llama de amor joven, lleno, fuerte; y confieso mi pecado de curiosidad, seguí un poco ese episodio de amor, el último episodio del maestro.

Vi cómo Galdós -muy discreto para sus licencias en otro tiempo- se negaba a viajar sin ella o yendo ella en otro coche. Era una necesidad de su espíritu verla y oirla a toda hora; su angustia nacía de ahí, de tener que «sujetarse a vivir sin oirla constantemente» ¿Que quién es ella?

Ella fue su amor de fuego, un amor-manía. Y digo fue, porque tres días antes de morir el glorioso autor de *Realidad*, cuando ella supo la gravedad de su cantor ¡murió también!

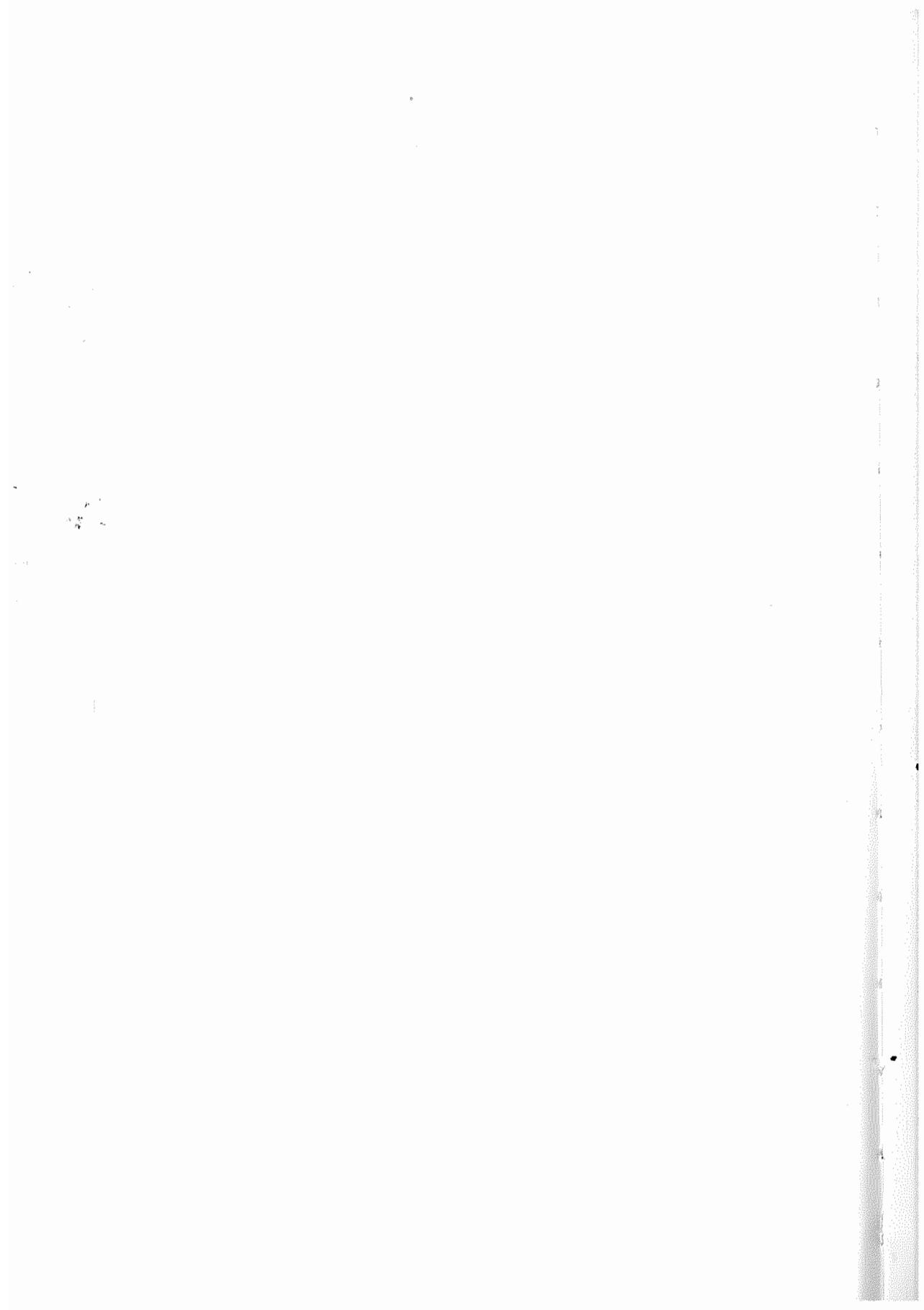
No precisa este hecho de cronistas discantes y filateros. Todo corazón sabe glosar: el enunciado baste.

La muerte de esa novia de setenta años⁹ muerta de un amor más hondo y más romántico que el de la joven Chateau Rouge por el rey Sol, es una elegía, una corona de flor rosa, que la vida ofrenda a su muerte...

Doña Paz»

Al morir Teodosia sin testamento, el juzgado se hizo cargo de sus bienes y pertenencias, incluidos los muebles de la finada. En una gaveta se encontró un paquete atado con una cinta de seda que contenía toda la colección de cartas del epistolario amoroso de su amantísimo caballero, cartas que, curiosamente, se depositaron en la Casa de Canónigos y que hoy se guardan en la Casa-museo de su ciudad natal. Los restos de ambos fueron a parar en el espacio de pocas horas al mismo cementerio de la Almudena. Entre las personas que acudieron a la casa a testimoniar el pésame estaba doña Emilia Pardo Bazán, que quiso despedirse por última vez de su amigo y compañero, y, también, uno de sus amores.

9.- Teodosia Gandarias no falleció a los setenta años, sino a los 57 años, según la fecha de nacimiento que ofrece Ortiz Armengol.



PÁGINA GALDOSIANA S



BIBLIOGRAFÍA Y HEMEROGRAFÍA GALDOSIANAS
DE BENITO MADARIAGA



1) LIBROS Y OPÚSCULOS:

Benito Pérez Galdós. *Biografía santanderina*, Institución Cultural de Cantabria, Santander, 1979.

Menéndez Pelayo, Pereda y Galdós: ejemplo de una amistad, Librería Estvdio, Santander, 1984. Reproducido parcialmente en *El diario montañés*, Santander: 19/5/1987.

«El cine en Pérez Galdós», en *Galdós en la pantalla*, Las Palmas de Gran Canaria, Filmoteca Canaria, 1989, pp. 19-29.

Galdós en la hoguera, Biblioteca San Quintín, nº 1, Ediciones Tantín, Santander, 1994.

2) EDICIONES

B. Pérez Galdós: *Cuarenta leguas por Cantabria*, edición prólogo y notas de B. Madariaga, Ayuntamiento de Santander/ONCE, 1989.

B. Pérez Galdós: *Cuarenta leguas por Cantabria y otras páginas*, edición, prólogo y notas de B. Madariaga, Santander, Biblioteca San Quintín, nº 4, Ediciones Tantín 1996.

3) COMUNICACIONES

«Concha Ruth Morell, la Tristana modelo de Galdós», presentada al *Segundo Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas de Gran Canaria, Edic. del Excmo. Cabildo, 1978. Reseña de su asistencia en tomo I, p. 298. La comunicación se publicó en *Libredón*, Santander, 1984.

«Resonancias santanderinas en *Doña Perfecta*, de Galdós». *Primer Coloquio Internacional de Literatura y Pensamiento Hispánicos*, Santander 1981. Publicado en *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, Santander 1985, pp. 217-236.

«*Amadeo I, un Episodio de ruptura*», en t. II de las *Actas del Tercer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas de Gran Canaria, Edic. del Excmo. Cabildo Insular, 1989, pp. 371-380.

«La crítica de *Electra* en la prensa de Cantabria», « (Actas del Congreso Internacional de Fortunata y Jacinta 1887-1987), Madrid, Facultad de Ciencias de la Información, 1989, pp. 325-335.

«Biotipología y lenguaje gestual en *Doña Perfecta*, Actas del Cuarto Congreso Internacional de Estudios Galdosianos, Las Palmas de Gran Canaria, Edic. Cabildo Insular, 1990, pp. 201-214.

«Una gloria nacional. Episodio dramático inspirado en la vida de Galdós», en Actas del Quinto Congreso Internacional de Estudios Galdosianos, Las Palmas de Gran Canaria, Edic. del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1995, pp. 345-349.

«Galdós entre dos siglos. Notas sobre un cambio de mentalidad», Actas del Sexto Congreso Internacional de Estudios Galdosianos (en prensa).

«Anticlericalismo y compromiso político en los textos galdosianos del siglo XX», en 7º Congreso Internacional Galdosiano del 19 al 23 de marzo de 2001.

«Galdós y Santander», en Exposición *Galdós y Santander. Cien años desde «San Quintín»*, Casa-Museo Pérez Galdós, 1993.

«Rafael Pérez del Álamo (1827-1911)», *Semblanzas Veterinarias*, Codirectores Miguel Cordero, Carlos Ruiz Martínez y Benito Madariaga, vol. I, León, Laboratorios SYVA, 1973, pp. 53-77.

“Los hidalgos en la obra de Pereda, Galdós y Manuel Llano”, comunicación presentada al Encuentro Internacional y XIX Asamblea General de ALDEEU, Santander, 2-4 junio 1999, Santander, Consejería de Educación (en prensa).

“José Estrañi y Benito Pérez Galdós: dos caracteres complementarios”, *Homenaje a Alfonso Armas Ayala*, Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 2000, pp. 439-450.

4) ARTÍCULOS PUBLICADOS EN:

a) Revistas:

«Concha-Ruth Morell la Tristana modelo de Galdós», en *Libredón*, Santander, Centro Gallego, 1984, pp. 18-21.

“Augusto González de Linares y el grupo institucionista de Santander”, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, nº 6, Madrid, noviembre, 1988, pp. 83-103.

«El cine en Pérez Galdós», en *Historias de Cantabria*, nº 4, Santander 1992, pp. 40-56. Ampliación del artículo del mismo título publicado en 1989 por la Filmoteca Canaria.

b) Periódicos:

«Teodosia Gandarias, el último gran amor de Benito Pérez Galdós», en *Alerta*, Santander 20/3/1983.

«Los veraneos de Galdós en Santander», en *Alerta*, Santander, 15/5/1983.

«San Quintín», el museo galdosiano que perdió Santander», en *Alerta*, Santander 29/10/1983.

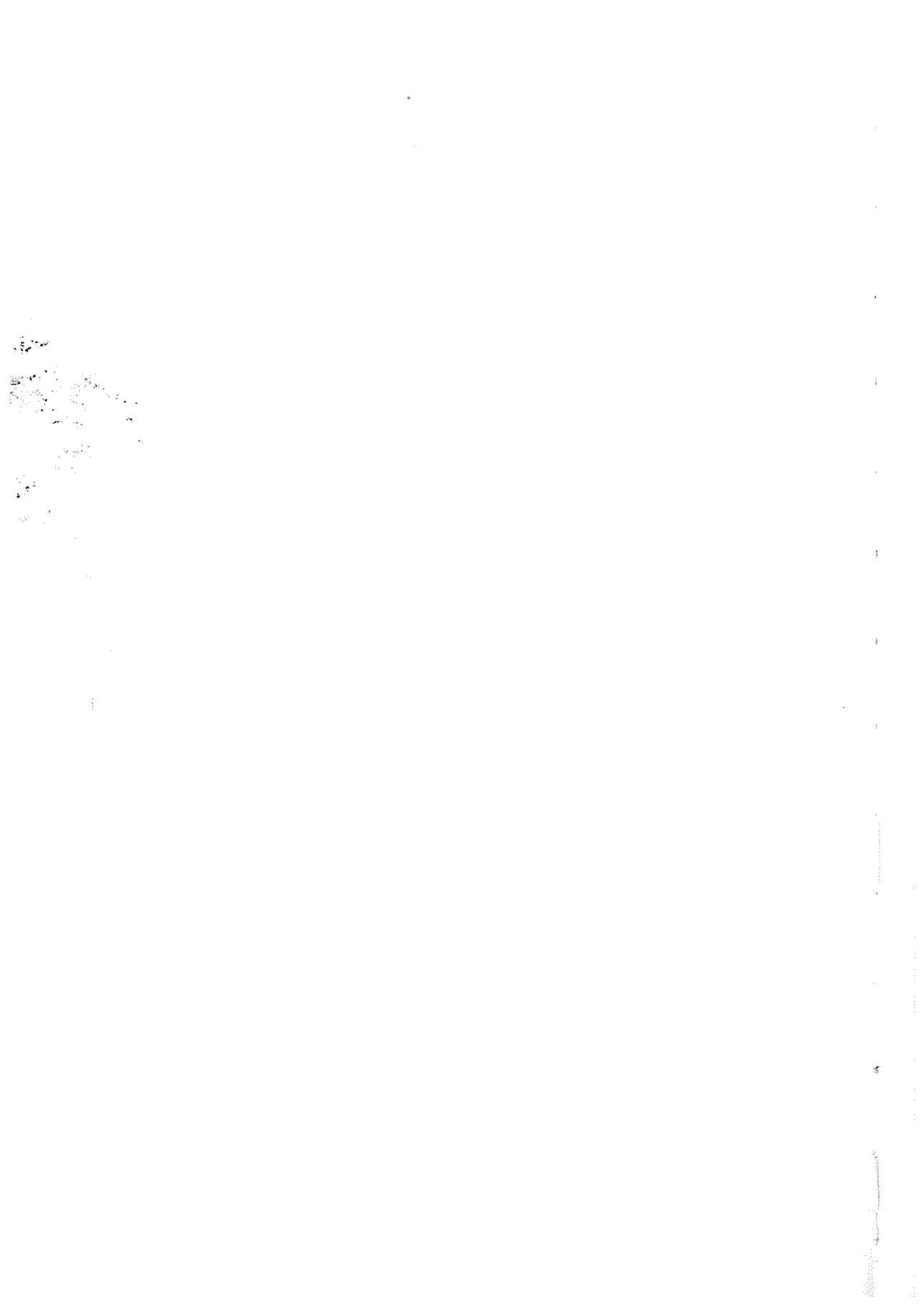
- «*Rosalía*, una novela de búsqueda», en *Alerta*, Santander 17/12/1983, p. 23.
- «Galdós ayer y hoy», en *Alerta*, Santander 7/1/1984, p. 19.
- «Aniversario del viaje a Portugal de Pereda y Galdós», en *Alerta*, Santander 17/6/1985, p. 6.
- «El Sardinero de Pereda y Galdós», en *El diario montañés*, Santander 28/6/1991.
- «Menéndez Pelayo, Pereda y Galdós, un ejemplo de amistad y tolerancia», en *El diario montañés*, Santander 1995.
- «*El abuelo*, de Benito Pérez Galdós», *El diario montañés*, Santander 24/11/1998, p. 130.
- «Los dibujos de Galdós», *El diario montañés*, 26/10/2001, p. 57.

5) RECENSIONES:

- Ignacio Elizalde: *Pérez Galdós y su novelística*, Bilbao, Publ. de la Universidad de Deusto, 1981. en *Bol. de la Bibl. Menéndez Pelayo*, LVIII (1982), pp. 390-392.
- Theodore Alan Sackett: *Galdós y las máscaras. Historia teatral y bibliografía anotada*, Verona, Ist. di Lingue e Letterature straniere di Verona, 1982, en *Bol. de la Bibl. Menéndez Pelayo*, LIX (1983), pp. 378-379.
- B. Pérez Galdós: *Trafalgar. La corte de Carlos IV*, edición de Dolores Troncoso, Barcelona, Crítica, 1995, en *Bol. de la Bibl. Menéndez Pelayo*, LXXII (1996), pp. 441-442.

6) ANTOLOGÍAS, CATÁLOGOS Y EXPOSICIONES:

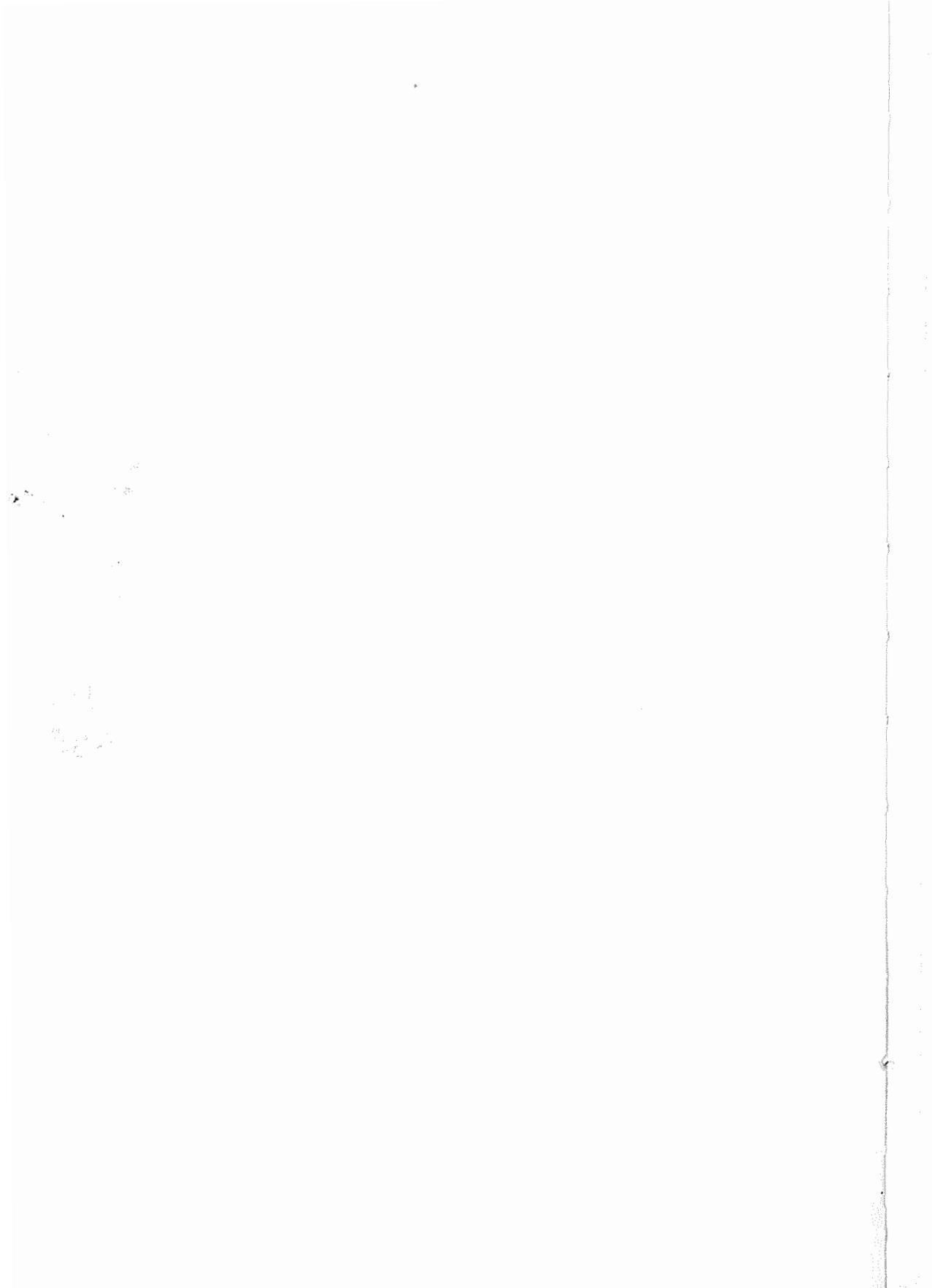
- «Benito Pérez Galdós (1843-1920)», en *Antología del Regionalismo en Cantabria*, edición de B. Madariaga, Santander, 1989, pp. 45-47.
- «Tres ciudades galdosianas: Santander», en *Galdós y su tiempo*, Las Palmas de Gran Canaria, marzo-mayo 1989, pp. 21-23.
- «Galdós y Santander», en *Galdós y Santander. Cien años desde "San Quintín"*, Exposición. Las Palmas de Gran Canaria, Casa Museo Pérez Galdós, 1993, pp. 15-18.
- «*Electra*, un drama polémico en un cambio de siglo», en *Electra de Pérez Galdós. Cien años de un estreno*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria, 2001, pp. 113-119.



PÁGINA
GALDOSIANA S



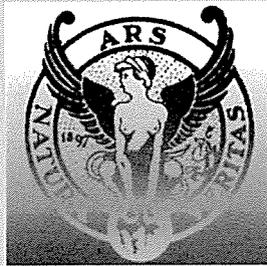
ÍNDICE



DIVAGACIONES A MANERA DE PRÓLOGO por Rodolfo Cardona	7
I.- MENÉNDEZ PELAYO, PEREDA Y GALDÓS: EJEMPLO DE UNA AMISTAD	11
II.- ROSALÍA, UNA NOVELA DE BÚSQUEDA	29
III.- AMBIENTACIÓN, BIOTIPOLOGÍA Y LENGUAJE GESTUAL EN DOÑA PERFECTA (1876)	37
<i>Resonancias santanderinas en la novela</i>	39
1.- El mundo de Orbajosa	40
2.- Los personajes	45
<i>Biotipología y lenguaje gestual</i>	53
<i>Tipología de los personajes</i>	57
1.- Pepe Rey	57
2.- Doña Perfecta	58
3.- Don Inocencio Tinieblas	59
4.- Jacinto	61
5.- Rosario Polentinos y Rey	62
6.- Cristóbal Ramos, alias "Caballuco"	63
7.- María de los Remedios Tinieblas, alias "Suspiritos"	64
8.- Don Cayetano Polentinos	64
9.- Pedro Lucas, alias "Licurgo"	65
10.- Otros personajes	65

IV.- LA CRÍTICA DE <i>ELECTRA</i> EN LA PRENSA DE CANTABRIA	67
1.- Fuentes y metodología	70
2.- <i>La atalaya</i>	70
3.- <i>El Cantábrico</i>	74
4.- <i>Páginas dominicales</i>	76
5.- Semanarios políticos	77
6.- Conclusiones	78
V.- <i>AMADEO I</i>, UN EPISODIO DE RUPTURA	81
1.- Elaboración de la obra	83
2.- Información oral y bibliográfica	85
3.- El panorama político y religioso de la obra	87
4.- Técnica novelística	88
5.- Personajes	91
VI.- CONCEPCIÓN MORELL EN LA VIDA Y OBRA DE GALDÓS	95
1.- Bosquejo biográfico	97
2.- Una personalidad neurótica	102
3.- La correlación entre modelo y personaje	104
VII.- RAFAEL PÉREZ DEL ÁLAMO, UN CAUDILLO POPULAR	111
1.- El nacimiento de una Sociedad secreta	116
2.- Preludio de la revolución de 1861	119
3.- La revolución de Loja	120
4.- Etapa de fugitivo	126
5.- Sus últimos años en Arcos de la Frontera	129
VIII.- TEODOSIA GANDARIAS, EL ÚLTIMO GRAN AMOR DE BENITO PÉREZ GALDÓS	131
BIBLIOGRAFÍA Y HEMEROGRAFÍA GALDOSIANAS DE BENITO MADARIAGA	139

Este libro fue terminado
en los talleres de América
Grafiprint el día 30 de no-
viembre de 2001.



Biblioteca *San Quintín*



FUNDACIÓN
*Gerardo
Diego*